

HARLEQUIN™

Jazmin™

LA MAYOR ALEGRÍA
JUDY CHRISTENBERRY



Jazmin

LA MAYOR ALEGRÍA
Judy Christenberry





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2006 Judy Russell Christenberry
© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
La mayor alegría, n.º 2088 - noviembre 2017
Título original: The Rancher Takes a Family
Publicada originalmente por Silhouette® Books.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Jazmín y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-9170-481-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo

Capítulo 1

SABES QUE tenemos que hacer algo, ¿verdad, John?

John Richey miró a su hombre de confianza, Bill Hobbs, y suspiró.

–Ya lo sé, Bill. Pero he estado dándole vueltas y no saco otra conclusión que intentar hacer las cosas lo mejor que pueda y ya está, dadas las circunstancias.

A pesar de sus preocupaciones, sonrió a su pequeña hija mientras le quitaba el biberón de la boca. Ella le devolvió una sonrisa de satisfacción que valoraba más que todo el oro del mundo.

–Estamos arriesgando mucho quedándonos sólo tú, Mikey, Jess y yo trabajando en el rancho. Sobre todo, ahora que tú y yo sólo trabajamos a tiempo parcial para poder cuidar de ella –insistió Bill–. No te estás centrando, John. Y yo tengo la solución al problema.

Levantó la vista. No era la primera vez que tenían esa discusión, pero era la primera vez que Bill aseguraba haber dado con la solución.

–¿Qué quieres decir con que tienes la solución? ¿De qué se trata?

–No te va a gustar.

–No eres muy positivo –repuso John levantando las cejas.

–Es que sé que no te va a gustar, pero es la única solución. Ayudará a alguien más y acabará con tus problemas.

–¿Y has estado reservándote esa milagrosa solución toda para ti hasta verme completamente desesperado? Estoy empezando a mosquearme, Bill.

–Te diré lo que es si prometes escucharme con atención.

–Vale, lo prometo –dijo colocando el bebé en su hombro.

Dio golpecitos en la espalda de su hija de nueve meses hasta que ésta eructó.

–Buena chica –le dijo.

–Recuerda que has prometido escuchar mis razones.

–Prometido –repitió John con aprensión.

Algo le decía que no le iba a gustar la idea de Bill.

–Tienes que casarte de nuevo.

John se giró para mirarlo.

–¡Estás loco! ¡Ni hablar!

Se puso en pie, con Betsy en sus brazos, y se dispuso a salir de la habitación.

–Has prometido que me escucharías –le recordó Bill.

–¿Qué tipo de trabajo es, tío Bill? –le preguntó Debra Williams antes de subir al camión.

Había tenido un día de lo más agitado. Andy había subido a un avión por primera vez, de hecho también había sido el primer vuelo para ella. El viaje en tierra firme hacia Westlake, en Wyoming, estaba siendo también bastante movido por culpa del mal estado de la carretera.

Pero eso no la preocupaba. Su vida había sido difícil y ella era una superviviente, siempre lo había sido. Pero quería algo más, quería empezar una nueva vida. Llevaba demasiado tiempo esperando su oportunidad.

Había tenido que dejar pasar su sueño de ser profesora cuando descubrió, durante su último curso en el instituto, que estaba embarazada. El padre murió antes de que naciera el niño y ella tuvo que enfrentarse sola a toda la situación. Había sido muy duro.

Así que cuando su tío Bill la había llamado para decirle que tenía un buen trabajo para ella, en el que podía tener a su hijo a su lado, no se lo pensó mucho y aceptó. No había visto a su tío desde que tenía seis años. No tenía ni idea de cuánto sabía de su vida. Su madre y él se escribían de vez en cuando, pero eso era todo.

A Debra le había sorprendido gratamente ver que su madre le suplicaba que no se fuera con Andy, pero no dejó que esa conducta, tan poco común en su progenitora, la hiciera cambiar de opinión. Necesitaba estar segura de que estaba tomando la decisión adecuada y saber que lo que hacía era lo mejor para ella y su hijo.

Le había hecho un par de preguntas, pero su tío Bill no quiso contestarle. Esperó hasta que el pequeño de tres años se quedara dormido para interrogarlo de nuevo.

–Sabes que no estoy preparada para muchos trabajos. Iba a volver a estudiar este otoño, pero como me aseguraste que este puesto era estupendo... –le dijo.

–Lo es, cariño, y te permitirá estar en casa con Andy. Eso es lo que quieres, ¿no?

–Sabes que sí, tío Bill, pero no hay muchos trabajos que lo permitan. ¿Qué tengo que hacer?

–Cosas que sabes hacer. Como cocinar, limpiar, cuidar de los niños...

–Entonces, ¿es un trabajo de asistenta?

–Sí, eso es. El caso es que no puedo seguir enviándote dinero, Debra.

–¿Enviándome dinero? ¿Qué dices?

Él se volvió para mirarla.

–He estado mandándole dinero a tu madre cada mes. Ella me prometió que te lo estaba dando.

Debra apartó la mirada. Era demasiado doloroso saber que su madre la había traicionado.

Nunca se habían llevado bien. Su padre había muerto cuando tenía nueve años y, desde entonces, su madre se había encerrado en sí misma, así que Debra casi se había criado sola. Pero, aun así, no podía creerse que se hubiera quedado con dinero que le pertenecía a ella.

–Supongo que se le olvidó –respondió después de un momento.

–¡Maldición! –exclamó él golpeando el volante–. Debería habérmelo imaginado. Eileen siempre fue... Bueno, no importa. Las cosas irán mejor ahora.

–Eso espero –repuso ella–. Trabajaré duro. Y será genial tener a Andy conmigo todo el día.

Ahora entendía por qué su madre no quería que se fuese. La avaricia era el motivo de su fingida preocupación. Nada había cambiado. Le dolía darse cuenta de la verdad. Había albergado un rayo de esperanza de pensar que quizá, después de todo, hubiera juzgado mal a su madre.

–Así que haré de asistente –dijo intentando reponerse–. ¿Cuántas personas forman la familia para la que voy a trabajar? ¿Tienen niños con los que Andy pueda jugar?

–Se trata de un viudo y de su pequeña –murmuró Bill.

–¿Hay algo raro en este trabajo, tío Bill?

Había algo en la voz de su tío que le extrañaba. Y, había aprendido por la fuerza que en la vida no todo era color de rosa. Miró a su hijo, dormido en el asiento de atrás. Estaba dispuesta a defenderlo de todo mal.

–Cariño, tienes que saber que quiero lo mejor para ti.

Tenía una sensación enfermiza en el estómago. Había puesto todas sus esperanzas en ese trabajo y en su tío. Estaba segura de que podía confiar en él, al menos eso esperaba. No podía volver a Kansas City, no quería tener que volver a vivir con su madre y trabajar de cocinera en un restaurante, trabajo para el que se tenía que levantar a las cuatro y media cada día. Se sentía una vieja con sólo veintidós años.

–No me importa trabajar duro, tío Bill.

–Me alegro, porque tendrás que hacerlo –dijo con una sonrisa que hizo que se relajara un poco.

Su tío era aún un hombre guapo, alto y fuerte. No tenía ni una cana en su castaña cabellera. Estaba tal y como lo recordaba.

Llevaban decenas de kilómetros sin pasar más que ranchos cuando de pronto vio un pueblo frente a ellos. Vislumbró una cuantas tiendas, una cafetería y un pequeño banco.

–¿Es esto Westlake?

Sin contestarle, su tío se detuvo frente al único otro edificio del pueblo que era fácilmente identificable, la iglesia.

–Verás, Debbie... Hay algo que no te he dicho sobre el trabajo...

John oyó cómo se abría la puerta trasera de la iglesia. Estaba sentado en el primer banco, con Betsy sobre su regazo y esperando. Miró sobre su hombro, iba a recordar siempre ese día. Era dos de marzo. Su segunda boda. Un fracaso garantizado.

Bill estaba discutiendo con su sobrina, quizá esperara un arreglo mejor. Su primera mujer le había enseñado bien. Si ésta no quería lo que le estaba ofreciendo, se apañaría sin ella.

De hecho, estaba convencido de que era una idea estúpida. Se puso en pie, listo para salir de la iglesia. Sólo un loco habría sucumbido a los planes de Bill y él no estaba loco. El problema era que, para salir de allí, tenía que pasar al lado de Bill y su sobrina y no quería tener que hacerlo.

De repente se dio cuenta de que la mujer llevaba en brazos a su hijo. El niño era lo único que le había gustado del acuerdo. No hubiera cambiado a Betsy por nada del mundo. Y, aunque en principio había querido tener un niño, su hija lo había enamorado en dos segundos. Pero le hubiera gustado tener un niño en el rancho porque nunca iba a tener uno propio.

Oyó más ruido al fondo de la iglesia y miró de nuevo. Bill y su sobrina caminaban hacia el altar. Parecía que la había convencido, después de todo. Era demasiado tarde para escapar.

–John... –comenzó Bill con voz nerviosa–. Ésta es Debra Williams, mi sobrina, y su hijo Andy.

–Hola –saludó John. Sabía que debería sonreír pero no podía.

«Es una locura, es una locura», repetía en su cabeza.

Se abrió la puerta de la iglesia de nuevo y apareció el amable rostro del

reverendo Tony Jackson. Se acercó a ellos por el pasillo con la gran sonrisa del pastor que pensaba que estaba a punto de casar a dos enamorados, de unirlos en santo matrimonio.

–¡Vaya, vaya! Aquí está la feliz pareja. John, preséntame a tu preciosa novia –le dijo.

–Reverendo Jackson, ésta es Debra Williams, la sobrina de Bill –contestó John carraspeando.

–Encantado de conocerte –le dijo él–. Y ahora, si me acompañáis al altar, por favor –añadió mirando a los niños–. Bill, ¿podrías encargarte de los pequeños?

–Por supuesto, reverendo. Me sentaré aquí, en el primer banco. Después de todo, también hago las funciones de testigo –dijo tomando a Betsy de los brazos de su padre y dándole la mano al niño en cuanto su madre lo dejó en el suelo.

John frunció el ceño. Odiaba todo eso. Después de su primer matrimonio, había jurado no volver a casarse y no permitir que ninguna mujer volviera a tener poder sobre él. No iba a dejar que esa vulnerabilidad fuera parte de ese matrimonio. Ya se lo había dicho a Bill.

Miró a la que iba a ser su esposa. Tenía el pelo castaño, la piel muy blanca y los ojos grises y vulnerables... Pero interrumpió sus pensamientos antes de que siguieran por ese camino, se convenció de que no le importaba cómo fuera, aquello sólo era un contrato. La necesitaba para que trabajara en el rancho. Eso era todo. No quería una esposa.

–Queridos todos, nos reunimos aquí hoy para unir a este hombre y a esta mujer en santo matrimonio –comenzó el reverendo Jackson.

John apretó los labios, intentando ignorar todas las mentiras incluidas en las palabras que acababa de enunciar el clérigo. Se sentía deshonesto y no le resultaba fácil. Antes de que se diera cuenta, el reverendo había pronunciado las sentenciosas palabras.

–Os declaro marido y mujer.

Por fortuna, John reaccionó a tiempo y dijo lo que le pareció más apropiado.

–Gracias, reverendo. Nos encantaría que viniese a cenar un día, después de que pase la época de los alumbramientos del ganado –le dijo mientras dejaba un sobre en su mano y se volvía hacia Bill para recoger a su pequeña.

Mientras tomaba a Betsy, el niño lo miró.

–¿Eres un vaquero? –le preguntó tímidamente.

Le sorprendió la pregunta. Miró el traje azul que llevaba ese día. Lo había

comprado tres años atrás, para el funeral de su padre. No le traía buenos recuerdos. Era mejor no pensar en ello.

–Sí –le contestó–. Soy un vaquero.

–Ahora no, por favor, Andy –susurró la mujer.

–¿Vas a llevarlos tú al rancho? –le preguntó a Bill–. Os veo allí.

Salió de la iglesia con su hija en brazos sin esperar a que Bill contestara.

Debra lo observó mientras salía del templo. Era un hombre atractivo de casi treinta años, alto y musculoso. Tenía los ojos azules como el mar. El tipo de hombre con el que toda mujer soñaría casarse. Claro que ella sabía que las apariencias no importaban. Su primer marido también había sido guapo y de nada le había servido. Y John Richey tampoco parecía dispuesto a ser un buen marido.

–Me dijiste que él estaba de acuerdo con el arreglo, que sería un padre para Andy, ¡que agradecía mucho lo que estaba haciendo! –exclamó mirando a su tío.

–Debra, no te disgustes. Al menos no enfrente del niño –le dijo él.

–Me has mentado, tío Bill –susurró ella con furia–. Me has engañado para que viniera.

–No es así, Debra. Lo juro. Lo que pasa es que John está enfadado por la idea de tener que casarse de nuevo. Después de todo, es un viudo. Necesita tiempo y no lo tiene. En esta época es cuando nacen los terneros y necesitamos a alguien que cuide de Betsy, cocine y limpie. Estamos en el campo con el ganado casi quince horas al día. Por eso te necesitamos.

–Entonces, ¿por qué no me contrató simplemente como asistente? –preguntó ella suspirando.

–Porque no tiene dinero. Se imaginó que nadie trabajaría a menos que pudiera prometerle algo.

–¡Tío Bill, me has engañado! Si pudiera me volvería a casa ahora mismo.

–¿Regresarías con Andy a ese pequeño piso cuando puedes tener un fabuloso hogar aquí? ¿Donde puede tener un sitio donde jugar y tenerte alrededor todo el día? ¡Vamos, Debra! Eres una buena madre. Y piensa en la pequeña, criada por dos vaqueros. No sabemos nada de bebés.

–¡Déjalo ya, tío Bill! Ya está hecho. Llévame a mi nueva casa y a mi gran oportunidad de futuro –repuso ella con ironía mientras dejaba escapar un gran suspiro.

Bill los llevó hasta el camión. Se alejaron de allí, dejando atrás el pueblo.

–Pensé que John y tú os podíais echar una mano. Lo que pasa es que lleva mal lo de casarse, pero se hará a la idea si le das un poco de tiempo.

–¿Qué remedio me queda?

Continuaron su camino en silencio hasta que Bill detuvo el camión frente a una preciosa casa. Debra la miró atónita. Después de que le dijera que el hombre no tenía dinero para pagarla, esperaba encontrarse con una pequeña cabaña de madera.

Pero lo que tenía delante era una gran casa de dos plantas, con amplios ventanales y un acogedor porche. Estaba rodeada de árboles y de un agradable jardín. No podía creerse que aquél fuera a ser su hogar. Se giró para mirar a su tío.

–¿En serio vive aquí?

–Así es. Rodeado de los lujos que le exigía su primera esposa –agregó misteriosamente.

–¿Cómo la conoció?

–En un rodeo en Cheyenne. El padre de John acababa de morir y estaba perdido, necesitaba tener a alguien a su lado. Tras su boda, ella insistió en comprarse una nueva casa, un nuevo coche, joyas, lo quería todo. Él estaba enamorado e intentaba darle todo lo que podía. Sobre todo tras enterarse de que estaba embarazada.

–Y después murió... –añadió Debra en un susurro.

–Sí, pero antes se había largado con un hombre que prometió convertirla en una estrella de Hollywood. Dejó a su bebé de dos meses detrás sin pensárselo ni un momento –le dijo Bill sin poder ocultar su rabia–. Cuando volvimos esa tarde, oímos a Betsy llorar desconsoladamente. Estaba mojada y muerta de hambre. No sabíamos lo que había ocurrido. John casi se vuelve loco, hasta que llamó la policía para informar de un accidente en la autopista...

Debra lo miró atónita.

–John se quedó destrozado. Y se habría vuelto loco de no ser por la niña. Ella lo necesitaba.

–Ahora lo entiendo –dijo Debra despacio–. John y yo tenemos más en común de lo que pensaba.

Su marido, que se había casado con ella sólo porque se había quedado embarazada, renunció a su matrimonio y a su trabajo antes de que ella terminara el instituto. Decidió cambiar de carrera profesional y dedicarse al mercadeo de drogas. Lo encontraron muerto dos semanas después.

–Lo sé, vamos dentro –le dijo su tío dándole la mano.

La casa era tan bonita por dentro como por fuera. Casi. El interior no tenía nada de malo, nada que algo de limpieza no consiguiera mejorar. Debra miró el salón. Había tres sofás de piel colocados alrededor de una gran chimenea. Esa única habitación era más grande que todo el apartamento de su madre.

John entró con un papel en la mano.

–Éste es el horario de Betsy. Elige un dormitorio de los de arriba, el que prefieras. Pero no te metas en el que hay en esta planta, es el mío. La cena debe estar lista entre las siete y las ocho. Habrá cuatro personas a la mesa además de los niños y tú –le dijo con voz calmada pero retadora–. El cuarto de la plancha con la lavadora y la secadora está ahí –añadió señalando la parte trasera de la casa–. Esperamos que te puedas encargar de todo eso.

–John... –interrumpió Bill.

–Te veo luego en el establo, Bill –le dijo él sin escucharlo y saliendo de allí.

Debra esperó a que se fuera para mirar a su tío.

–No pasa nada, tío Bill. Ya te dije que iba a trabajar duro. Y me doy cuenta de que los dos estamos metidos en una situación que no podemos cambiar –le aseguró levantando la barbilla y mirando a su alrededor–. ¿Es éste un rancho muy grande?

–No, no mucho. Seis mil hectáreas –dijo su tío tocándose el sombrero y agachando la mirada–. Necesitábamos ayuda, cariño. Lo juro, si le das un poco de tiempo...

–Tiene todo el tiempo del mundo. Hasta que consiga la manera de hacerme con el suficiente dinero como para que mi hijo y yo volvamos a casa.

Debra ojeó la casa y escogió dos dormitorios para ella y su hijo. La habitación al lado de la suya estaba ocupada por un bebé dormido. Se acercó a la cuna y miró a Betsy. Era una preciosa niña de dorados cabellos. Pensó que todos los bebés eran preciosos.

Sonrió, recordando a Andy cuando era así de pequeño. Pero entonces oyó a su hijo llamándola y salió deprisa del cuarto para que el niño no despertara a la pequeña.

–¿Te gusta tu habitación, Andy?

–Es muy grande, mamá. Creo que preferiría estar contigo.

–Ya verás que pronto te acostumbras. ¿Vamos a la cocina y te preparo algo

para comer?

Bajaron y Debra descubrió una preciosa cocina, equipada con los electrodomésticos más modernos. Eran cosas que valoraba mucho, sobre todo después de haber trabajado unos años como cocinera. Lo único bueno que tenía ese trabajo había sido que le permitía pasar las tardes con su hijo, aunque tenía que levantarse cada día a las cuatro y media de la mañana y darle a su madre todo su salario. Eileen le pedía dinero por dejarla vivir con ella, dinero por cuidar de su hijo, dinero por todo.

El único dinero que Debra había ido ahorrando a escondidas había sido el de las propinas que Joe, el propietario, le daba al final de cada mes. No era mucho, pero le daba la oportunidad de comprar ropa y algún capricho para Andy de vez en cuando. Ahora se arrepentía de no haberlo reservado para poder volver a Kansas.

Por otro lado, no tenía nada claro que en realidad quisiera volver, que quisiera reanudar su vida anterior. Lo cierto era que no. Se imaginaba que no permanecería siendo la esposa de ese hombre durante mucho tiempo, pero al menos no tendría que abandonar a su hijo cada mañana para ir a trabajar. Y, lo mejor de todo, no tendría que vivir con su madre, ahora que sabía lo que sabía.

–Mamá.

–Sí, cariño, lo siento. Vamos a buscarte algo de comer.

Se imaginó que la despensa y los armarios estarían vacíos, pero vio que el estado económico de ese hombre no había afectado a la cocina. El frigorífico estaba lleno y un congelador cercano estaba hasta arriba de carne. Miró el reloj y sacó un poco de ternera para la cena que iba a tener que preparar. Después preparó unas tostadas con mantequilla de cacahuete para Andy.

–Me gusta la mantequilla de cacahuete –dijo el niño sonriendo por primera vez desde que bajaran del avión esa mañana.

–Lo sé, cariño.

–A Eileen no lo gustaba darme mantequilla de cacahuete –murmuró Andy.

Su madre había insistido en que el niño la llamara por su nombre de pila para que la gente no supiera que ya era abuela.

–Ya lo sé, mi amor. Eso es una de las mejores cosas de vivir aquí, que no está Eileen. Y te puedes quedar en casa conmigo y con tu nueva hermanita, Betsy.

–Pero es una niña –repuso frunciendo el ceño.

–Y yo también –dijo ella sin poder reprimir una sonrisa–. Ya verás como

acaba gustándote mucho. Se despertará pronto y entonces la conocerás de verdad. Va a ser genial, ya verás.

Debra siguió examinando la cocina mientras su hijo merendaba. La despensa estaba bien organizada. Pensó que si la mujer de John había hecho eso debía de haber sido una buena cocinera. Sobre la mesa había un transmisor portátil, de los que se usan para oír a los bebés. Por él, oyó a la niña comenzando a lloriquear débilmente.

—Betsy está despierta —le dijo a su hijo—. Espera aquí, voy a por ella.

Cuando entró en la habitación del bebé, Betsy estaba de pie, agarrada a los barrotes de la cuna y empezando a desesperarse. Debra se acercó a ella.

—Hola, cariño. Hola, Betsy. Soy tu nueva mamá. Vamos a ver... Sí. Necesitas que te cambie el pañal, ¿verdad?

Acostó al bebé en la cuna y tomó un pañal limpio de la caja que había en la mesa de al lado.

—Tu padre tiene todo muy organizado, ¿a que sí? Debe de ser un papá muy bueno, Betsy.

Y eso fue lo primero que le gustó de John Richey.

John secó deprisa a su caballo.

—Lo siento, Belleza, pero tengo mucha prisa —le susurró.

—¿Ha dicho algo, jefe? —le preguntó Mikey mirando desde el otro lado del caballo en el que John trabajaba.

—¿Eh? No, Mikey, nada.

Mikey era joven, pero trabajaba duro.

—¿Está seguro de que a la señora no le importará que vayamos a cenar a la casa esta noche? —le preguntó su otro ayudante.

—Estoy seguro —dijo John a Jess mientras ignoraba la cara preocupada de Bill—. Le dije que seríamos cuatro a cenar. Pero no sé qué tal cocina, así que culpado a Bill si es horrible.

—Estoy seguro de que Debra nos habrá preparado algo bueno —dijo Bill—. Solía trabajar de cocinera, así que no puede ser muy mala, ¿no?

—Tengo tanta hambre que me comería un caballo, así que, venga, vayamos ya —dijo Mikey.

Los cuatro caminaron juntos hasta la casa. John comenzaba a arrepentirse de haberlos invitado a cenar, temía que la mujer no hubiera hecho nada más que pagarle por la grosería con la que la había tratado ese día. Podía humillarlo

por completo.

Betsy.

De pronto recapacitó en que se había ido y dejado a Betsy con una extraña. No había pensado en eso hasta entonces y no podía creer que hubiera sido tan inconsciente. Aceleró el paso y se adelantó al resto de sus hombres. Entró en la casa, ignorando el acogedor fuego que ardía en la chimenea, el delicioso aroma que inundaba la casa, la mesa preparada para la cena. Sólo podía pensar en su hija.

Vio a Debra saliendo de la cocina.

—¿Dónde está Betsy? —fue todo lo que pudo decir.

Capítulo 2

YA ESTÁ acostada. ¿Pasa algo? –repuso Debra mirando la cara aterrorizada de John.

Se preguntaba si habría hecho algo malo.

–Iré a verla –le dijo.

Ella se interpuso en su camino.

–Pensé que quizá querríais ducharos y cambiaros antes de cenar.

–¿Qué pasa? ¿No olemos suficientemente bien para ti? –le preguntó él con ironía.

Sus palabras le dolieron, pero no lo mostró.

–Sólo pensaba en vuestra comodidad.

–Bueno, yo tengo ropa aquí, pero ellos no –replicó él.

Ella ya sabía lo que le iba a contestar, pero abrió los ojos con inocencia.

–¿Quieres decir que toda la ropa que había para lavar era tuya?

Él abrió la boca para hablar, pero la cerró y la miró.

–¿Has hecho hoy toda la colada que había pendiente? –le preguntó finalmente con sorpresa.

–Sí –respondió ella yendo hacia el vestíbulo.

Allí estaban ya los otros tres hombres.

–He dividido la ropa en montones por talla, ya que no sabía de quién era cada cosa –les dijo mientras señalaba hacia la ducha–. Pensé que estaríais más cómodos si os duchabais y poníais ropa limpia que podéis usar mañana otra vez para trabajar. ¿Os parece buena idea? –añadió sin esperar una respuesta–. Y mientras lo hacéis, comenzaré a servir la cena.

Todos los hombres asintieron y tomaron su ropa de inmediato. Debra cerró la puerta tras ella. John era el único que permanecía al otro lado de la puerta, apoyado en la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho y sus azules ojos entrecerrados.

–Has sido muy lista, poniéndolos de tu lado –le dijo.

Se contuvo para no decirle lo que pensaba y fue hasta la cocina. Cuando llegó, respiró profundamente. Había trabajado muy duro todo el día, pero había sido un trabajo agradable. Y lo mejor de todo había sido tener a Andy y a Betsy como compañía. Había sido mejor que su vida en Kansas, así que

decidió que intentaría seguir haciéndolo lo mejor posible.

Aunque parecía que John no se lo iba a poner fácil.

Empezó a servir la cena. El plato fuerte era un asado que le había quedado muy tierno. Lo acompañaba con puré de patatas, salsa, pan casero, brécol y judías pintas.

Acababa de colocarlo todo cuando se abrió la puerta del vestíbulo y entraron cuatro hombres. Se acercó hasta allí y saludó a los dos hombres a los que no había sido presentada formalmente. Los dos eran jóvenes, de veintipocos años, pero parecían fuertes.

–Hola, soy Debra. Bienvenidos a mi cocina –les dijo con una sonrisa.

Ella les señaló la mesa y los cuatro se sentaron rápidamente y comenzaron a comer sin más preámbulos, dejando claro lo hambrientos que estaban después de un largo día de trabajo.

–¡Vaya! Ésta es la mejor comida que he probado en mi vida, señora Richey.

–Gracias, Mikey. Pero, por favor, llámame Debra.

–Y gracias también por la ropa limpia –añadió Jess entre bocados.

Debra pensó que se los había ganado. Pero parecía que su marido no pensaba lo mismo. Tenía el ceño fruncido y parecía disgustado, como si hubiera albergado la esperanza de que ella no hubiera hecho bien su trabajo. Había ido a ver a la niña antes de ducharse. Debra pensó que quizá temía que le hubiera hecho algo al bebé.

Cuando terminaron, les preguntó si querían que les preparase un bocadillo de asado para comer al día siguiente en el trabajo. Todos estuvieron entusiasmados con la idea. Todos menos John.

–Quizá no te des cuenta de que tienes que tener el desayuno listo a las seis.

–Ya me imaginaba que comenzarías a trabajar temprano, John –le dijo ella con calma.

–Sí, pero mi idea de temprano no son las nueve de la mañana –repuso él.

–Estoy acostumbrada a levantarme a las cuatro y media de la mañana para ir a trabajar –replicó ella ignorando su sarcasmo–. Así que levantarme a las seis será como dormir la mañana.

Se quedó callado mientras ella ponía una tarta casera de chocolate en medio de la mesa.

–¿A alguien le apetece un postre?

Ni siquiera John pudo resistirse. Lo que no hizo, sin embargo, fue unirse a los otros en los halagos dedicados a sus buenas artes culinarias.

Cuando empezó a recoger, los hombres la ayudaron a llevar los platos al

fregadero, algo que no esperaba. Ella se lo agradeció y los invitó a que fueran al salón a relajarse. Gracias al lavavajillas, no tardó mucho en limpiarlo todo. Barrió, limpió la mesa y hasta que no se aseguró de que la cocina estaba imaculada no fue al vestíbulo a por la ropa sucia de los hombres. Estaba preparando la colada cuando sintió que la miraban. Se giró y vio a John en la puerta.

—No tienes por qué hacerlo esta noche. Ya has trabajado bastante duro —dijo sin mirarla a la cara.

—Bueno, es la lavadora la que hace todo el trabajo, a no ser que el ruido te moleste.

—No, pero... —comenzó mirándose las botas—. Mira, fui bastante grosero esta mañana y tú has hecho todo el trabajo de todas formas. Te debo una disculpa.

Intentó no sonreír al darse cuenta, por fin, de que había un ser humano detrás de todas las fanfarronadas. Quizá su tío tuviera razón y sólo necesitara algo de tiempo para acostumbrarse a la idea de estar de nuevo casado. Tenía que admitir que le gustaba que le agradecieran lo que hacía. Nadie la había hecho sentirse así. Y menos que nadie, su madre.

—Creo que mi tío nos ha engañado a los dos —le dijo—. Pero ahora sabes que trabajo duro y la verdad es que agradezco los beneficios.

Algo de lo que le dijo le disgustó. Porque John levantó la vista de golpe y, antes de que ella pudiera preguntarle nada, se volvió y salió de allí disparado.

Debra se quedó inmóvil, con la cesta de la ropa sucia en la mano y sin entender qué era lo que lo podía haber molestado tanto. Lo que fuera, había impedido que hiciera las paces con su nuevo marido y aquello la molestaba. No sabía cuándo tendría una nueva oportunidad.

John había agradecido la buena comida y la ropa limpia, pero eso no hacía más fácil la idea de estar casado de nuevo. Sobre todo desde que su nueva mujer le había dicho claramente que estaba esperando cosechar beneficios. Se imaginaba que querría conseguir de él un montón de lujos como lo había hecho Elizabeth. Se dijo que estaba muy equivocada.

Betsy parecía contenta. Estaba limpia, olía bien y dormía plácidamente. Aun así, se despertó a las cuatro, como siempre. Y él, como siempre, le dio el biberón de las cuatro. Le encantaba sentir su cálido cuerpecito contra el suyo y saber que dependía totalmente de él. Ella lo había sacado de su ataque de amargura cuando Elizabeth se fue. Sabía que ella siempre iba a ser la que lo

mantuviera cuerdo y le marcara el norte, por ella luchaba para que el rancho saliera adelante. Porque ella se merecía lo mejor.

Si ese año las vacas tenían buenas crías, podría deshacerse de parte de la deuda en la que Elizabeth le había metido. Había estado tan enamorado de ella que le había dado más de lo que debía, pero quería hacerla feliz. Ella, en cambio, para devolverle el favor, lo había hecho desdichado y lo había arruinado. Nunca iba a dejar que otra mujer le hiciera lo mismo.

–¿John?

Levantó la cabeza de golpe. Debra estaba de pie, mirándolo, al otro extremo del sofá.

–¿Qué?

–¿Puedo hablar contigo un momento?

Los otros tres hombres los miraban, no le quedaba más remedio que consentir. La siguió hasta la cocina, que por cierto estaba imaculada, y se preparó para recibir una lista de peticiones.

–¿Qué quieres?

–Necesito algunas cosas. ¿Hay un coche que pueda usar? Y, ¿tienes cuenta en alguna tienda o me darás dinero?

–Debería habérmelo imaginado. ¡La cocina está llena de comida! ¡No llevas aquí ni veinticuatro horas y ya estás pidiéndome dinero!

Esperaba que intentara convencerlo para conseguir lo que quería o que se pusiera a llorar. Eso era lo que siempre hacía su mujer. Pero ella lo miró durante unos segundos y salió de allí.

Al rato la siguió, pensando que habría ido a hablar con su tío, pero no estaba en el salón.

–¿Ha pasado Debra por aquí? –le preguntó.

–Sí, dio las buenas noches y subió a su habitación –le dijo Bill sorprendido.

John no entendía nada. No comprendía que ella no hubiera insistido. Lo pensó mejor y se dio cuenta de que Elizabeth nunca le había pedido dinero para comprar en el supermercado, siempre eran cosas para ella. Se preguntó si faltaría algo importante en la cocina.

Dio vueltas por la habitación durante unos minutos y decidió subir a hablar con ella. Vio luz bajo una de las puertas y llamó con los nudillos.

–¿Quién es?

–Soy John.

–Ya estaba preparándome para acostarme, John. ¿Qué quieres?

–¿Qué querías comprar en el supermercado?

–Cereales infantiles y trocitos de chocolate para hacer galletas –respondió ella suspirando.

–¿Cereales infantiles? ¿Por qué?

–Supongo que Betsy tiene unos nueve meses, ¿no? Ya debería estar tomando papilla de cereales por las mañanas y purés de verduras a mediodía. Así aguantaría toda la noche sin despertarse.

–¿En serio? ¿Estás segura?

–Sí. ¿No la has llevado al pediatra para que le haga las revisiones pertinentes?

–Fue cuando Elizabeth... Fue al principio, pero no me pareció necesario. ¡Está sana!

–Sí, lo sé. Pero el pediatra te habría aconsejado sobre su alimentación, si hubieras ido.

–¿Hablas de comida para bebés? ¿De esos tarritos de verduras?

–Bueno, los puedo hacer yo. No quería pedir demasiado de una vez. Quería el chocolate para hacer galletas para Andy y para vosotros, para vuestros almuerzos.

–Vale, vale –la interrumpió él–. El coche está en el garaje. La llave está colgada en uno de los ganchos al lado de la puerta. Firma el recibo en el supermercado, es el único que hay, y Charlie lo pondrá en mi cuenta –dijo volviéndose y comenzando a bajar las escaleras.

«Así que es verdad, sólo quería comprar comida...», pensó.

Aunque se convenció de que quizá sólo quisiera crearle un falso sentimiento de seguridad, para después intentar conseguir otro tipo de cosas. Esa mujer no era como Elizabeth, pero tenía claro que no podía confiar en ninguna mujer. En ninguna.

Nadie llegó tarde a desayunar a la mañana siguiente. Seguramente alentados por visiones de esponjosos huevos revueltos, beicon, salchichas, tortitas y tostadas con mermelada que había encontrado en la despensa, junto con café recién hecho.

Se había levantado a las cinco y cuarto para poder preparar también sus almuerzos. Las bolsas estaban preparadas, ya sobre el mostrador de la cocina, para cuando terminaran su desayuno.

En Wyoming, el mes de marzo era frío, y su comida no estaría caliente cuando la tomaran, pero al menos les llenaría el estómago. Estaba orgullosa de

lo que había preparado. No podía imaginarse estar todo el día trabajando, como lo hacían esos hombres, con el estómago vacío.

–Esto es genial, Debra –dijo Bill con una gran sonrisa–. Sobre todo las tortitas.

–Me alegro de que te guste todo, tío Bill.

Jess y Mikey se detuvieron entre mordiscos.

–¿De verdad es tu tío? –preguntó Mikey con sorpresa.

–Sí, por supuesto –repuso ella–. ¿Por qué no lo creáis?

–Bueno, porque eres mucho más bonita que él y cocinas mucho mejor –dijo Jess con un guiño.

Todos rieron. Todos menos John.

–Gracias por los halagos, pero todos tenemos nuestros talentos.

Debra le dio a cada uno de ellos una bolsa mientras salían de la cocina. John fue el último en salir y él ni siquiera se detuvo.

–No, gracias.

–Tómala de todas formas. Ya la he hecho para ti –le dijo alargando el brazo.

La miró con el ceño fruncido y vaciló. Ella dejó de respirar. Sin saber por qué, que él aceptara ese almuerzo le pareció un gesto importante, como una señal de aprobación.

–No tengo tiempo para comer –murmuró él saliendo de allí.

Debra se quedó inmóvil y lágrimas se formaron en sus ojos. No había albergado la esperanza de que su nueva vida fuera a ser fácil. Lo mejor era que se concentrara en su trabajo, que limpiara la casa, cocinara y cuidara de los niños. No debía esperar nada más. Y sobre todo no un marido.

Sacó la ropa de la lavadora y la metió en la secadora. Después subió a despertar a Andy.

–Cariño, levántate y baja a desayunar.

–No, quiero quedarme en la cama –protestó Andy–. Eileen me dejaba.

Ahora entendía por qué le costaba a ella tanto acostarlo por las noches. Su madre siempre elegía el camino más fácil.

–Aquí no está Eileen. Voy a sacar la ropa que tienes que ponerte mientras vas a lavarte la cara. Vístete y baja a la cocina. Ya te he preparado el desayuno.

Llevó a su hijo al baño, le preparó la ropa y entró en el dormitorio de la niña, que estaba comenzando a bostezar y moverse.

–Buenos días, preciosa. ¿Has dormido bien? Primero te cambio el pañal, desayunamos y luego te baño. Si no eres vergonzosa, dejaré que me ayude

Andy, ¿vale? Después nos vamos todos a comprar. ¿Qué te parece?

Betsy le sonrió. Sus ojos tenían el mismo color de los de su padre, azul como el mar. Pero los de su progenitor nunca brillaban ni sonreían.

Debra se encogió de hombros y se dispuso a cambiar el pañal. Era el momento de ponerse manos a la obra y dejar de pensar en John.

–¿Qué tal Betsy esta mañana? –le preguntó Bill a John mientras cabalgaban algo más tarde.

John tiró de las riendas, sorprendiendo al caballo. Miró fijamente a Bill y pensó rápidamente.

–Ella... ¡No me despertó esta noche! ¡Maldita sea! ¡Debe de estar enferma o algo así! Tengo que volver. ¡Luego os veo! –le gritó mientras se alejaba trotando hacia el establo.

Mientras lo hacía, se repetía que era el peor padre del mundo, al dejar a su bebé sin estar seguro de que estaba bien. Cabalgó hasta la puerta de atrás de la casa. Ató el caballo a la rama de un árbol cercano.

Abrió la puerta y corrió a la cocina, donde oía voces. Allí encontró a su hija, sentada en la trona, balbuceando y golpeando la bandeja con el puño.

–Un minuto, cariño –le dijo Debra mientras dejaba un plato de huevos revueltos frente a Andy y le daba a Betsy el biberón.

Andy se inclinó hacia delante y susurró algo que John no pudo oír, pero se imaginó que se refería a él porque Debra se giró hacia la puerta y lo vio.

–¡John! ¿Pasa algo?

Betsy, al oír el nombre de su padre, comenzó a hacer gorgoritos y a agitar los brazos.

–Creo que tu hija está intentando decir hola.

–Hola, Betsy, ¿has echado de menos a papá? –dijo él tomándola en sus brazos y besándola.

–Aún no la he bañado. Pensé que sería mejor hacerlo después del desayuno.

–No pasa nada. Pero no me despertó a las cuatro y pensé que a lo mejor estaba mala.

–Vaya, lo siento. Pensé que te lo había dicho. La comida sólida se digiere más lentamente y ayuda a que duerma toda la noche, sin que le despierte el hambre.

–¿Así de fácil? ¿Tan rápido? No puedo creerlo. ¿Qué le diste?

–Anoche le di un puré de patatas.

–¡Podía haberse atragantado!

–Los bocados eran muy pequeños, John. Ya he alimentado a un bebé antes.

–Sí, pero...

–Si quieres que espere hasta que la lleve al pediatra, lo haré. Tú decides.

–No. Supongo que está bien. ¿Cuándo vas al supermercado?

–Después del desayuno y el baño. No pensé que fuera a estar abierto antes de las ocho...

–Su asiento está en el coche. Asegúrate de que está bien atada –dijo colocando a su hija de nuevo en la trona–. Ten cuidado y no vayas muy deprisa.

–Muy bien...

–¿Estoy actuando como un imbécil? –preguntó mirándola.

–Sólo un poco –repuso ella con una sonrisa.

Lo cierto era que su amor por su hija resultaba muy atractivo y le hacía perdonar la falta de confianza que tenía en ella.

–Bueno. Sólo... Asegúrate de que vuelva a casa de una pieza.

–Lo haré, lo prometo.

John volvió al caballo y se unió a sus ayudantes, pero seguía preocupado. Era la primera vez que alguien llevaba a Betsy a algún sitio.

Debra estaba más nerviosa de lo normal al conducir el coche hasta el supermercado de Westlake. Nunca había estado en un coche tan lujoso. Un Cadillac nada menos. Le parecía una tontería pagar tanto por un camión tan caro sólo para asegurarse de que Betsy iba a estar segura. El propietario de la tienda estaba de acuerdo con ella.

–Me pareció increíble que John le comprara ese coche a su mujer. Esas máquinas cuestan una fortuna –le dijo Charlie.

–Eso he oído. Pero bueno, eso son cosas pasadas.

–No sé yo... Porque podría venderlo y pagar algunas de sus deudas.

–¿Conseguiría mucho por él?

–Claro. Apenas lo ha conducido desde que su mujer murió.

–A lo mejor cambia de opinión y lo vende. Gracias por su ayuda con la compra.

–No hay de qué. Usted tiene las manos llenas con los pequeños. ¿Ha comprado todo lo que necesitaba?

–Creo que sí. La verdad es que la señora Richey dejó la despensa bien

surtida.

–¿Qué dice? Eso no lo hizo la señora Richey. John tenía una ama de llaves cuando se casó, la señora insistió. Pero se fue justo antes de que la señora muriera. Por lo visto no estaba contenta con su trabajo y la despidió. A John no le importó mucho, porque ya tenía tantas deudas que no podía permitirse tenerla.

–Espero que encontrara otro trabajo.

–Sí, lo hizo. Una buena cocinera siempre lo hace.

–Me alegro. Gracias de nuevo por su ayuda.

Debra tuvo mucho en lo que pensar en su viaje de vuelta a casa. No entendía por qué John no había vendido el coche. Su mujer ya no lo iba a usar y ella no lo necesitaba, podía usar la furgoneta de John o la de Bill cuando tuviera que ir al pueblo.

Pensó, mientras miraba la gran caja en la parte trasera del coche, en que el viaje había sido muy productivo. Se imaginaba que a John no le importaría que le hubiera comprado a Betsy un parque para jugar. Al fin y al cabo, la niña ya podía ponerse en pie y aprendería pronto a andar si tenía un lugar seguro donde intentarlo.

Podía gatear en la alfombra del salón si alguien estaba allí con ella, pero necesitaba un parquecito como ése para dejarla mientras hacía sus tareas, no podía vigilarla a cada minuto. Y tampoco podía dejarla al cuidado de Andy, era demasiada responsabilidad para él.

En cuanto llegó a casa, montó el parque y dejó al niño entretenido con la televisión mientras limpiaba la gran casa.

Después decidió hacer galletas. A Andy le encantaba participar en la preparación y a ella tanto como a él. Hasta Betsy se divirtió, riéndose como nunca. Mientras las galletas se cocían en el horno, Debra se sentó a hablar con la niña, ayudándola a hacer sonidos y repetir palabras.

La más fácil era «papá». Debra no estaba segura de si el bebé sabía que estaba llamando a su padre, pero se imaginó que sería divertido para John.

–¿Por qué no puede Betsy comer galletas, mamá? –le preguntó Andy sacándola de sus pensamientos.

–Porque el chocolate no es bueno para los bebés, Andy. Además, aún no tiene dientes. ¡Vaya! ¡Mira qué hora es! Será mejor que os dé la cena, para que pueda bañaros y acostaros antes de que vengan los hombres.

–¿Por qué no puedo quedarme a ver a los vaqueros?

–Ya los verás otro día, cariño. Pero es que estas semanas llegan muy tarde,

porque es la temporada de partos.

–¿Qué es la temporada de partos?

–Es cuando las vacas que van a ser mamás tienen sus bebés –dijo viendo como su hijo abría la boca–. Pero no, no sigas con el interrogatorio. Tengo mucho que hacer ahora mismo.

En cuanto acostó a los niños, se dispuso a preparar la cena, intentando preparar platos que pensó que a John le gustarían. Lo que era bastante complicado, ya que no tenía ni idea de sus preferencias gastronómicas. Por otro lado, no sabía por qué seguía pensando en él. La estaba volviendo loca.

No era posible que se sintiera atraída por él. Intentó convencerse de que no podía ser así. Lo más seguro era que simplemente lo compadeciera por la situación en la que estaba. Entendía que estuviera enfadado con su primera mujer, a ella le pasaba lo mismo con su marido. Pero estaba decidida a que nadie volviera a hacerle daño. Iba a concentrarse en su trabajo y en los niños.

Y en un hombre con mucho temperamento.

Capítulo 3

ESTÁ DORMIDA ya Betsy? –le preguntó John enfadado cuando llegó a la casa—. ¿Otra vez?

–Sí –repuso Debra siguiéndolo fuera de la cocina—. John, pensé que un horario regular sería beneficioso, tanto para Andy como para...

–¡No hablo de Andy! La que me importa es Betsy. ¡Quiero verla cuando vuelvo a casa!

–¡Supongo que eso es otra mentira más! –dijo ella dándose la vuelta y volviendo a la cocina.

–¿De qué estás hablando?

–Mi tío Bill me dijo que tú serías como un padre para Andy.

Sus palabras lo sacudieron con fuerza. Por muy enfadado que estuviese no podía ser cruel con un niño. Esperaba que ella supiera eso al menos de él. Lo que pasaba era que estaba algo inquieto y nervioso con la nueva situación, pero sobre todo con Debra. Por otro lado, el trabajo en el rancho avanzaba bien y rápidamente, pero cada vez veía menos a su hija. Miró a la mujer que tenía delante y supo que la había herido, sabía que tenía que disculparse y era algo que se le daba fatal. Estaba a punto de intentarlo cuando Debra lo miró con frialdad y se alejó de allí.

Decidió que lo dejaría para más tarde. Antes iba a ver a su hija.

Encontró a la niña durmiendo plácidamente en su cuna. La besó en la mejilla, bajó las escaleras y se duchó. Todo el mundo estaba ya comiendo.

–Lo siento, John –se disculpó Bill—. Debra nos dijo que empezáramos a comer.

–No pasa nada. Es que quería ver a Betsy –explicó él.

Se sentó y comenzó a comer. Debra ni siquiera lo miró cuando le pasó la comida. Se imaginó que se le iría el enfado cuando se disculpara con ella. Lo que tenía claro era que no lo iba a hacer enfrente de sus hombres.

–¿Necesita algo más, señor Richey? –le preguntó Debra.

Su formalidad lo pilló por sorpresa.

–¿Por qué me llamas así?

–¿No se llama así? –le preguntó con frialdad.

–Iba a disculparme... –comenzó él ignorando su pregunta.

–No es necesario, todo está muy claro –lo interrumpió ella mientras llenaba el lavavajillas.

Se preguntó por qué las mujeres hacían que fuera tan difícil disculparse.

–¡Debra, deja eso! Quiero disculparme contigo –insistió.

–Lo siento, pero tengo un montón de tareas pendientes y estoy cansada.

–No eres una maldita Cenicienta, Debra.

–No, claro que no. Soy tu asistenta.

–¡Eres mi esposa!

–Los dos sabemos que eso no es verdad. Y ahora, si me disculpas, he de hacer la colada –dijo dejando los platos y saliendo de la habitación.

Él la siguió.

–Podré contratar a una asistenta en otoño.

Ella se giró y lo miró indignada. Cuando se volvió hacia el cuarto de la plancha, él no la siguió.

No sabía qué era lo que había dicho para herirla. Había intentado disculparse, darle un respiro, pero sólo había conseguido que se pudiera aún más furiosa. No entendía por qué la molestaba que contratara a una asistenta, cuando Elizabeth había insistido tanto en ello desde el principio.

Por otro lado, no comprendía que de pronto lo hubiera comenzado a llamar señor Richey, cuando estaban casados. A lo mejor le había costado hacerse a la idea, pero, aun así, los dos habían estado frente al reverendo en aquella iglesia, eso tenía que contar para algo.

John fue a la cocina a por otra taza de café. Ella lo había incomodado tanto que se imaginaba que no iba a poder dormir de todas formas. Lo que tenía claro era que, por muy loco que lo estuviera volviendo esa mujer, ni ella ni su estricto horario iban a impedir que viera a su hija.

Decidió que al día siguiente volvería a casa más temprano.

Debra detuvo a su tío antes de que se fuera.

–¿Podemos hablar un minuto?

–Mira, cariño. Ya sé que no está siendo un buen marido ahora mismo, pero mejorará.

Ella levantó la mano para detenerlo.

–No quiero hablar contigo de John, tío. Al menos no de él como marido. Hoy conduje el Cadillac hasta el supermercado y Charlie me dijo que John podría conseguir mucho dinero por él si lo vendiera. Me pregunté por qué no

lo habría hecho. Seguro que el dinero le vendría genial para el rancho, podría contratar a otro vaquero que eche una mano con el trabajo.

–¿Lo dices en serio? –le preguntó Bill mirándola atónito.

–¿El qué?

–¿No pides nada para ti? ¿Lo entenderías si se lo gastara en el rancho?

–No es mi coche. Me da igual conducir tu camión al pueblo si tengo que ir, porque puedo, ¿no?

–Por supuesto. Esto es fabuloso, Debra. Me muerdo de ganas de decirle lo que me has contado.

–¡No! No le puedes decir que ha sido idea mía. Díselo como algo que se te ha ocurrido a ti.

–Pero Debra...

–No, tío Bill. Me lo debes.

No quería que John contratara entonces a una asistenta en vez de esperar hasta el otoño. Sabía que ella y Andy podrían encontrar otro sitio donde ir. Tal y como había dicho Charlie, una buena cocinera siempre encontraba trabajo, pero el estómago se le encogió ante la idea de irse de allí ya. Le parecía imposible que se pudiera sentir en tan poco tiempo unida a un lugar, a un bebé, a un hombre... ¿Sería posible?

Bill parecía sentirse culpable y la rodeó con un brazo.

–Sí, cariño. Te lo debo. No le diré nada de ti, pero creo que debería saber que ha sido idea tuya y que no has querido beneficiarte de ella.

–No, no importa.

Bill abrió la boca para llevarle la contraria pero ella se adelantó.

–Estoy cansada, tío. Me voy a la cama.

–Muy bien, cariño. Gracias de nuevo.

Cuando ella salió del vestíbulo, Bill se quedó pensando en qué hacer. Decidió decírselo a John a la mañana siguiente. Si iba a contárselo ahora, John sospecharía de la procedencia de tal idea.

Se sentía estúpido por no haber sido él mismo el que sugiriera a John que vendiera el coche. La verdad era que los dos hombres habían estado tan aturridos tras la traición y la muerte de Elizabeth que no habían podido pensar con claridad. Sólo esperaba que John estuviera de acuerdo con el plan.

Cuando John bajó a desayunar al día siguiente, se sorprendió al encontrar a su hija en la trona.

–Buenos días, cariñito –le dijo nada más verla.

Mikey y Jess ya estaban a la mesa.

–No tienes por qué hablarle así a Debra, ya ha hecho el desayuno –le dijo Mikey.

Debra, que estaba de espaldas a los hombres, no dijo nada.

–Estaba hablando con Betsy –respondió John deprisa–. No ha desayunado con nosotros desde... Desde que llegó Debra.

Ésta se giró y dejó un plato de huevos revueltos en la mesa.

–Deberías darle la papilla de cereales a Betsy. Asegúrate de que sean cucharadas pequeñas –le dijo a John antes de volverse de nuevo hacia el mostrador de la cocina.

–¿Has pasado una mala noche, Debra? –le preguntó Mikey bromeando–. O quizá debería preguntárselo a John –añadió con una carcajada.

Debra abrió el grifo del agua en el fregadero e ignoró la pregunta.

Bill entró en ese momento en la cocina.

–Siento llegar tarde, ¿qué ocurre?

–Nada –dijo Mikey acercándose a Bill y susurrándole al oído–: Creo que han tenido una pelea.

Bill miró a John y se aproximó a él.

–¿Habéis discutido tú y Debra?

–No. ¿Por qué...?

Pero Betsy eligió ese momento para agarrar la cuchara y volcar el contenido del plato en la bandeja de la trona y sobre sí misma.

–¡Betsy! ¡No! –exclamó su padre.

–Quizá debería darle yo de comer mientras tú desayunas –le dijo Debra con calma.

–No. Yo daré de comer a mi hija.

Sin decir nada. Debra se apartó.

Las bolsas con los almuerzos estaban sobre la mesa y ella se los dio a los otros hombres cuando salieron de la cocina, recibiendo de ellos calurosas palabras de agradecimiento.

Se quedó allí mirando cómo John intentaba que su hija se tomara la papilla, pero sin suerte. No le ofreció su ayuda de nuevo. Después de unos minutos, él levantó la vista.

–Parece que no consigo que la mantenga en la boca.

–Puedo terminar de dársela, si quieres.

–Gracias.

Agarró el sombrero y salió de allí sin decir nada más, sin contarle que quería ver a su hija a la hora de la cena. Durante esa noche, que había pasado en vela, se había dado cuenta de que podía ser difícil para la niña permanecer despierta tanto tiempo. Pero se alegraba de que Debra se hubiera dado cuenta de lo que quería, y ver a su hija a la hora del desayuno parecía la solución perfecta. Pensó que quizá las cosas fueran a funcionar, después de todo.

Betsy lloriqueó un poco al ver a su padre salir de la cocina. Debra corrió a consolarla y ayudarla a tomar la leche.

—No pasa nada, Betsy. Mejorará cuando adquiera un poco de práctica. Ahora, deja que te dé un poco de papilla antes de que se enfríe demasiado.

Cuando terminó de darle de comer, le cambió el pañal, despertó a Andy y le dio el desayuno a su hijo. Después puso una lavadora. Se sorprendió cuando el teléfono sonó.

—Diga —saludó tras descolgar algo indecisa el receptor.

—¡Hola! ¿Es la asistente?

—Eh... Sí.

—Muy bien. No estaba segura de si aún trabajaba ahí. Soy Adele, de la Sociedad Westlake. Estamos preparando nuestra feria anual. Es una oportunidad para vender cosas que no quiera o cosas que haya hecho para la venta, como mermelada, colchas y artículos similares. Espero que pueda traer algo. El diez por ciento de lo que venda va para la sociedad.

—Y, ¿cuándo va a ser, Adele?

—Dentro de un mes, el doce de abril. No debería pedirlo, pero espero que su jefe le deje traer algunas de las cosas de Elizabeth. Ella no me gustaba demasiado, pero tenía un gusto fabuloso.

—Muy bien. Se lo preguntaré. Adiós.

Esa conversación dejó a Debra con un montón de preguntas y muy pocos planes. Lo primero que hizo fue ir al dormitorio principal. Allí encontró el armario que había sido de la primera esposa. No entendía por qué John se había quedado con toda la ropa de ella. A lo mejor estaba demasiado deprimido u ocupado para hacer cambios. O quizá aún tenía sentimientos hacia ella, a pesar de cómo lo había tratado.

Debra sabía lo suficiente como para reconocer los nombres de algunos diseñadores entre los trajes y vestidos que llenaban el armario. Se imaginó que John podría ganar bastante dinero vendiendo esa ropa. Pero supuso que no lo haría, era un hombre demasiado orgulloso.

Después pensó en qué podría hacer ella para vender en la feria. Las colchas

eran su mejor opción. Su abuela le había enseñado a hacerlas cuando ella era sólo una niña. Después de su muerte, su madre no le había dejado seguir dedicándose a esa labor.

Encontró una máquina de coser en una cómoda del vestíbulo. Estaba casi nueva. También había una bolsa de retales y telas. Era casi como si alguien hubiera hecho colchas antes en la casa. Estaba encantada con su hallazgo. Llevó la máquina y la tela hasta la cocina.

Se sintió mucho más contenta, algo que necesitaba, porque había estado bastante desanimada.

–¿Qué es eso, mamá? –le preguntó Andy siguiéndola.

–Una máquina de coser. Sirve para hacer cosas y reparar agujeros en la ropa.

–¿Puedo yo hacer algo con ella?

–Aún no. Cuando seas mayor, sí –le dijo ella–. Oye, creo que han empezado los dibujos animados. ¿Quieres verlos?

–¡Sí!

Le preparó un plato de galletas, un vaso de leche y lo sentó frente al televisor. Pero entonces oyó a Betsy en el piso de arriba. Había esperado que el bebé durmiera un poco más para así poder coser. Tendría que sacar tiempo más tarde.

Al final del día, tenía ya hecho un boceto de cómo iba a ser la colcha de retales. Vendería todo lo que pudiera terminar antes de la feria. El dinero que consiguiera lo ahorraría. Así tendría algo con lo que vivir cuando John contratara a una asistente en otoño.

Dejó que Betsy durmiera un poco más esa tarde. Después la despertó y vistió para que cenara con su padre. Andy, que había estado despierto casi toda la tarde, cenó pronto y lo bañó a continuación. Luego lo metió en la cama, le leyó uno de sus cuentos favoritos y le dio las buenas noches con un beso.

A la niña le puso un prendedor en el pelo para que sus rizos rubios no le taparan la cara.

–Muy bien, muñeca. Estás muy guapa para que te vea papá. Ahora voy a dejarte en tu parquecito mientras termino la cena.

Betsy alzó los brazos y la llamó.

–Ma... ma.

Debra intentó ignorarla, pero no pudo.

–Bueno, ¿qué te parece si te siento ya en la trona para cuando venga tu papá? Inmediatamente, el bebé cambió de soniquete.

–Pa... pa –repitió mirando a la puerta.

Debra estaba terminando de dejar la comida en la mesa cuando oyó a los hombres entrando. Todos se cambiaban ahora en la ducha del barracón, porque ya siempre tenían ropa limpia que ponerse. Y aparecían ya aseados en la casa. Pero John no estaba esa noche con ellos.

–¿Dónde está John? –le preguntó a su tío cuando entró en la cocina.

–¿No se ha pasado por aquí? Dijo que vendría a avisarte de que iba a llegar tarde a cenar.

Los tres hombres la miraban expectantes.

–¡Ah, sí! Se me olvidó.

–¿Queréis algo más? –les preguntó a los hombres mientras cenaban.

–¿Y tú? ¿No vas a comer, cariño? –le preguntó su tío.

Debra, sorprendida, levantó la vista y lo miró.

–Ya comeré más tarde. Ahora tengo que darle la cena a Betsy.

Lo hizo mientras la niña no paraba de balbucear, y varias veces dijo papá.

–¿Ha dicho papá? –preguntó Jess.

–Creo que sí. Espero que le guste.

–Espero que no te importe cocinar para otro vaquero –le dijo Mikey con el ceño fruncido.

–¿Otro vaquero? –repitió Debra.

–Sí, el jefe va a contratar a otro –dijo Jess mirándola–. Pero podemos volver a hacernos la comida si es necesario.

–No digas tonterías, Jess. Me da igual cocinar para cinco que para cuatro. No será un problema.

Todos oyeron el sonido de un potente motor. Debra levantó la mirada y vio el Cadillac por la ventana. Antes de que pudiera decir nada, oyeron la puerta del coche cerrarse y al vehículo desaparecer de nuevo.

John entró entonces en la cocina.

–Siento llegar tarde –dijo disculpándose y mirándola durante un segundo.

Debra le recalentó la comida y se la sirvió. Después se acercó a la niña.

–Betsy, ¿le has dicho hola a papá? –le dijo poniendo énfasis en la última palabra.

La niña empezó a mover los brazos de inmediato.

–Pa... pa –balbuceó.

John, que acababa de tomar el tenedor, se detuvo a medio camino y miró a su hija.

–¿Ha... Ha dicho papá?

–Sí, creo que sí –repuso Debra sin darle mucha importancia.

Todos los hombres empezaron a hablarle a la niña, halagándola e intentando que dijera más cosas. Pero ella dejó de hablar de repente, mirándolos a todos con detenimiento.

Debra se acercó a consolarla.

–Creo que vuestro entusiasmo la ha asustado –les explicó.

Ellos se callaron.

–Betsy, ¿le has dicho hola a papá? –le repitió ella con el mismo tono calmado.

Y la niña comenzó a balbucear de nuevo.

Debra acercó una silla al lado de la trona de la niña.

–Le daré de comer mientras cenas, si no te importa –le dijo a John.

No sabía cómo iba a reaccionar él.

–¿No vas a comer tú? –le preguntó John.

–Ya he cenado –mintió ella mientras continuaba dándole la cena a la niña.

–¿Dónde está Andy? –preguntó él de repente.

Debra levantó la cara sorprendida.

–Está acostado.

–No lo hemos visto desde que llegaste aquí –dijo Jess algo extrañado.

–No es bueno para él esperar hasta tan tarde para cenar –explicó ella.

–Así que ¿preparas dos cenas cada día? –preguntó Bill con admiración.

–No es para tanto –dijo ella intentando evitar los ojos de todos.

–¿No debería Andy estar cenando con todos nosotros?

–No, creo que no.

No iba a dejar que su hijo se enamorase de ese hogar. No ahora que sabía que iba a ser sólo algo temporal. Eso sólo haría que el niño sufriese más después.

–Creo que debería tener la oportunidad de conocer al niño –insistió John con cabezonería.

–Lo discutiremos luego, John –dijo ella.

–¡Eh, chicos! Los tortolitos discuten de nuevo –proclamó Mikey con entusiasmo.

–¿Te apetecen más patatas, Mikey? –le sugirió ella de inmediato.

Sabía que sólo la comida podría distraer al joven.

–Claro, si tienes más... Esta noche tengo más hambre que nunca.

–Tú siempre tienes hambre –repuso Jess dándole una palmada a la espalda a su amigo.

–Es que aún estoy creciendo.

–Si comes más, John tendrá que cobrarte un recargo por comida –bromeó Jess.

Debra suspiró aliviada al ver que se había librado de las preguntas. Hasta que miró a John y vio sus ojos azules clavados en ella. Sintió un escalofrío. Trató de ignorarlo, pero no era fácil. Parecía dominar cada habitación en la que entraba. No sabía cómo distraerlo.

–Así que ¿vas a contratar a otro vaquero? –le preguntó para cambiar de tema.

–¿Cómo lo sabes?

–Lo comentaron los otros –repuso ella mirándolo desafiante–. ¿No ibas a decirme nada y simplemente dejar que apareciera una mañana y sorprenderme?

–No, iba a decírtelo. Quería hablar de los cambios en la casa cuando estuviéramos a solas.

–Creo que ya está todo resuelto, excepto por la fecha, ¿cuándo va a venir?

–Va a mudarse al barracón esta noche. Vendrá a desayunar por la mañana.

–Muy bien. Aumentaré la cantidad de lo que hago.

–La verdad es que no creo que sea necesario, Debra –dijo Jess–. A todos nos vendría bien un desayuno un poco más ligero ahora que nos preparas también los almuerzos.

–¡Eh! –protestó Mikey–. ¡Habla por ti!

–¡Esto no es tema de discusión! –gritó John.

Debra ni siquiera pestañeó, pero los hombres se quedaron sorprendidos.

–Sí, jefe –dijo Jess–. Gracias por la cena, Debra –añadió levantándose deprisa y saliendo.

–John, ¿por qué estás gritando a todo el mundo? –le preguntó Bill.

–Estoy intentando tener una conversación con mi esposa, pero todo el mundo parece pensar que tiene derecho a entrometerse –repuso él mirando a su compañero.

–¿Hablas de mí? –preguntó Bill fuera de sí–. Soy el encargado del rancho, se supone que tengo que saber lo que pasa.

John resopló, sacando todo el aire y la ira que parecía estar acumulándose dentro.

–No quería decir... Lo que pasa es que pensé que debería decirle a Debra en privado que había vendido el coche que se suponía que estaba a su disposición.

–¿Pero hombre! ¡Si fue idea de ella! –exclamó Bill.

Debra vio cómo su tío se daba cuenta nada más decirlo que acababa de faltar a su promesa con ella. Pero siguió dándole la comida a la niña, como si no hubiera oído nada.

–¿Qué quieres decir? ¿Cómo que fue idea suya? –preguntó John.

–Te mentí porque ella me lo pidió. Ella no pensaba que fueras a aceptar una idea tan buena si procedía de ella. Pero creo que ella se merece que se lo reconozcas.

John la miró.

–¿Fue idea tuya?

–Sí.

–¿Por qué?

–Pensé que te vendría bien un poco de ayuda extra para esta temporada de tanto trabajo.

–¡No necesito que te compadezcas de mí!

–¿Así que ahora vas a tirar piedras contra tu propio tejado? –le preguntó ella con calma.

–No. ¡Maldita sea! No. El nuevo vaquero estará aquí mañana a la hora del desayuno, así que estate preparada –dijo yendo hacia la puerta.

Pero la niña hizo que se detuviera.

–Pa... pa.

Debra observó cómo Betsy conseguía que su padre se deshiciera por completo y cambiara de actitud.

–Lo siento, cariño. Papá se olvidó –dijo tomándola en brazos.

–Creo que... –lo avisó Debra acordándose de lo que hacía la niña justo después de cada comida.

–¡No! Es mi hija. Puedo cuidar de ella.

–Por supuesto –repuso Debra.

Pero vio de reojo cómo John arrugaba la nariz cuando un incuestionable olor le llegó desde el pañal de la niña.

Capítulo 4

DEBRA LO miró pero no dijo nada.

–Yo me encargo de ella –repitió John sacando a su hija de la cocina y llevándola arriba hasta su dormitorio.

El marido de Debra había muerto antes de que Andy naciera, pero había oído a las otras camareras del restaurante donde había trabajado quejándose de que sus maridos nunca se ocupaban de cambiar los pañales a sus hijos. John parecía no ser como ellos y eso le gustaba.

Como hacía siempre, limpió la cocina, no le gustaba dejarlo para el día siguiente. Sobre todo no ahora que sabía que tenía una boca más que alimentar. Pensó en la colada y en que debería organizar a los hombres. Quizá cada día uno de ellos debería traerle su ropa sucia, así podría controlar mejor lo que tenía que lavar a diario. Pensaba empezar una colcha al día siguiente, así que debía organizar su tiempo lo mejor posible.

Todos los hombres, menos John, estaban en el salón viendo la televisión. Esperó a que llegaran los anuncios para explicarles su plan, asignando a cada uno de ellos un día para hacer la colada. Cuando terminó, se giró y vio a John, que estaba en la puerta mirándola, claramente enfadado por algo. Aunque eso ya no la sorprendía demasiado. Siempre parecía estar irritado.

–¿Pasa algo, John? ¿Ha hecho algo Betsy que...?

–¡Betsy está muy bien! –exclamó mientras le señalaba la cocina.

Fuera lo que fuera, estaba claro que no quería discutirlo frente a los otros hombres. Lo siguió hasta la otra habitación.

–¿Qué pasa?

–¡Has limpiado mi dormitorio! ¡Te dije que no entraras allí!

–Puedo asegurarte que no lo haré cuando tú estés dentro, si eso es de lo que tienes miedo.

–¡No tengo miedo! ¡Sólo quiero mantener mi privacidad!

–Soy la asistente. No voy a dejar que arruines mi reputación sólo porque quieres vivir en medio de la suciedad. ¡Hacía meses que nadie limpiaba tu baño!

–No creo que tu reputación como asistente vaya a sufrir. Y ya tienes bastante trabajo con los niños, la colada y la comida.

–¡Muy bien!

–¡Muy bien! –repitió él saliendo de la cocina.

Debra sacó la máquina de coser y comenzó a trabajar en la colcha, intentando concentrar toda su frustración en algo positivo. No tardó mucho en calmarse y conseguir empezar a pensar de forma racional. Pensó que si seguía limpiando su dormitorio, no volvería a notar el cambio. Lo único que tenía que evitar era hacerle la cama. Ese día le había cambiado las sábanas, algo por lo que no esperaba agradecimiento.

Bill entró a darle las buenas noches y, al verla cosiendo, le preguntó qué estaba haciendo.

–Hago una colcha, tío Bill. Solía hacerlo con la abuela.

–Es verdad. Yo tengo una que me mando mi madre. He olvidado dónde la tengo. ¿Para quién es ésta?

–Para la feria de la Sociedad Westlake. Así puedo hacer algo de dinero para el futuro.

–Cariño, John te dará dinero. Estás trabajando muy duro para él.

–No quiero su dinero. Me ganaré mis propios ahorros. Buenas noches, tío Bill.

Pensó en pedirle que no le dijera nada a John de sus planes, pero de nada le había servido su promesa la última vez. Así que decidió no poner énfasis en el hecho de que quería que fuese un secreto. No dijo nada más y con un poco de suerte su tío lo olvidaría.

Cuando John volvió a la cocina unos minutos más tarde, Debra suspiró. Los niños le daban menos problemas que los adultos.

–¿Qué estás haciendo?

–Una colcha.

–No necesitamos ninguna colcha.

–John, he cocinado, he hecho la colada, la casa está limpia y los niños dormidos. Si hay algo más que quieres que haga, lo haré. Si no, haré lo que quiero hacer, que ahora mismo es coser, ¿de acuerdo? –le dijo con dureza.

–No estaba criticándote, Debra.

–Me alegro –repuso ella poniendo de nuevo la máquina de coser en marcha.

Se quedó allí un momento mirándola y Debra pudo sentir sus ojos clavados en ella mientras trabajaba. Cuando por fin salió de la cocina, sin decir ni una palabra, suspiró aliviada.

A la mañana siguiente, todos conocieron a Darrel, el nuevo vaquero, durante el desayuno. Después, como cada día, se fueron a trabajar y John y Bill cabalgaron juntos hacia el establo.

–Buen desayuno esta mañana, ¿verdad? –le comentó Bill–. Me encantan las tortitas.

–Sí, pero ¿no crees que Debra parecía algo pálida? –le preguntó John.

Bill lo miró con extrañeza.

–¿Te estás quejando del desayuno?

–¡No! ¡Ha sido genial! Pero Debra no parecía tan... Tan animada como siempre.

–A lo mejor se quedó hasta tarde trabajando en esa colcha.

–Sí, a lo mejor –asintió John pensativo–. He visto que traías una gran bolsa con ropa sucia esta mañana para lavar, ¿estás intentando que trabaje más de la cuenta? –añadió después de un rato.

–No, ¿es que no lo oíste? Supongo que estabas arriba con Betsy. Debra nos ha asignado a cada uno un día para que traigamos nuestra ropa sucia. Así no tiene que perder el tiempo clasificándola y se reparte la cantidad de colada de cada día. Me pareció una idea muy buena.

–Sí, supongo. ¿Cuándo me toca a mí?

–John, tú eres su marido y el jefe. A ti te puede lavar lo que quieras cuando quieras.

–Ayer limpió mi dormitorio y le dije que no volviera a hacerlo –repuso él sin venir a cuento.

–¿Estás loco? Se supone que tiene que hacerlo. ¡Es una de las ventajas de estar casado!

–Puedo cuidar de mí mismo.

–¿No te parece que ya haces suficiente aquí fuera en el campo todo el día?

–Sí, pero...

–¡Estás tirando piedras contra tu propio tejado! –exclamó Bill.

–Eso es lo mismo que me dijo Debra.

–¿Y qué? Tiene razón. Mi madre usaba mucho esa expresión y también tenía razón. No le estás dando una oportunidad. Está haciendo todo lo que le pediste que hiciera y sigues quejándote.

John agachó la cabeza; sabía que Bill estaba en lo cierto. Debra era mucho mejor de lo que había esperado. Trabajaba muy duro y cocinaba de maravilla. Era muy buena con Betsy. No le había pedido nada. Elizabeth, en cambio, había exigido tanto que casi lo había llevado a la ruina.

No entendía por qué seguía quejándose. Quizá porque le daba miedo sentirse cerca de otra mujer, temía sentirse vulnerable.

No le gustaba admitirlo. Quería pensar que podía enfrentarse a todo y a todos, pero no era así.

Después de sólo cuatro días viviendo en el rancho, Debra tenía ya una rutina fija. Eso hacía todo mucho más fácil. Y estaba contenta de tener un día entero para hacer su trabajo. Tenía que admitir que su vida era mucho mejor allí en Wyoming de lo que había sido en Kansas City.

Así que cuando John contratara a una asistente y no la quisiera ya en su casa, buscaría trabajo de lo mismo en otra casa de Wyoming. Con suerte lo bastante cerca como para poder visitar a Betsy de vez en cuando.

Le iba a ser difícil despedirse de la niña. ¿Y de John? Tenía que admitir una atracción que hubiera preferido no sentir. Era obvio que era un hombre atractivo, alto, fuerte, con facciones interesantes. Pero más que todo eso, le gustaba cómo sus ojos se arrugaban cuando sonreía. Si pudieran empezar de nuevo, tener un matrimonio normal, pensaba que podía ser más feliz de lo que nunca había sido.

Ese pensamiento hizo que se sonrojara. Sabía que no debía permitirse el lujo de imaginarse entre los brazos de John, sintiendo sus caricias. Eso no formaba parte de su acuerdo matrimonial.

Y era mejor así, ya que él tenía previsto librarse de ella en cuanto llegase el otoño. Sólo le quedaban unos seis meses de matrimonio.

Se tomó algún tiempo esa tarde para jugar con Andy y Betsy sobre la alfombra de la sala de estar. Su hijo le enseñaba al bebé a gatear. Betsy aprendía muy rápidamente.

—Muy bien, preciosa —la halagó Debra mientras la tomaba en brazos y besaba—. Eres una gateadora de primera.

—¡Ma... ma! —dijo Betsy dando grititos de alegría.

—Sí, cariño, pero no creo que a tu papá le guste esa palabra.

—¿Por qué no? —preguntó Andy—. Dijiste que Betsy era mi hermana, entonces tú eres su mamá.

—Lo sé cariño, pero John no cree que sea así.

—¿No estáis casados?

Debra no quería contestar a su hijo, que era demasiado listo.

—Sí, pero... Bueno, todos tardamos un poco en acostumbrarnos a las nuevas

situaciones, cariño. Mira, Betsy está intentando levantarse –añadió para intentar cambiar de tema.

–¡Yo le puedo enseñar! –exclamó el niño entusiasmado.

–Aún no. Necesita gatear durante un tiempo. ¿Puedes darle otro ejemplo de cómo se gatea?

–¡Claro! –se ofreció Andy poniéndose a cuatro patas de inmediato..

Betsy lo siguió enseguida, gateando igual que el niño.

Después de un rato, Debra dejó a la niña en el parquecito.

–Ahora tengo que preparar la cena, Andy. Así que ¿por qué no veis los dibujos un ratito?

–Quiero cenar con todo el mundo, como Betsy. ¿Puedo, mamá? –le pidió el niño.

Debra suspiró. Sabía que Andy iba a quejarse de tener que irse a la cama tan pronto.

–Cariño, creo que es mejor así.

–Por favor, mamá...

Debra acabó dando su brazo a torcer.

–Muy bien, probaremos esta noche. Pero si veo que estás muy cansado, tendrás que volver a ir a la cama temprano.

–¡No, no lo estaré! –exclamó el niño abrazándola–. ¿Podré sentarme al lado de John?

–No, creo que te sentarás entre el tío Bill y yo.

–Pero yo quiero...

–¡Andy!

–Vale, mamá –concedió por fin el niño.

Tenía la cena casi lista cuando oyó un motor en la parte de atrás. Se asomó y vio a Bill, yéndose en su furgoneta. No entendía adónde podía ir justo antes de la cena. Esperaba que todo estuviese bien. Pensó en preguntárselo a John cuando llegara.

Cuando oyó la puerta abrirse, fue hasta allí, ansiosa por saber qué era lo que estaba pasando. Pero John no estaba con ellos. Sólo aparecieron Jess, Mikey y Darrell.

–¿Dónde están Bill y John? –les preguntó.

–Verás... No te disgustes, Debra, pero... –comenzó Mikey.

–¿Sobre qué?

–John se ha caído del caballo –intervino Jess.

–¿John? ¿Qué ha ocurrido?

–Una serpiente espantó al caballo.

–¿Está malherido?

Jess asintió mientras la miraba con detenimiento, como si temiera que fuera a ponerse a llorar en cualquier momento.

–Creemos que se ha roto la pierna, eso es todo. Mikey ha hecho que sonara peor de lo que es.

–Así que ¿Bill lo ha llevado al médico?

–Eso es. Volverán pronto.

–Gracias, chicos –les dijo con una sonrisa forzada–. Pasad, por favor, ya tengo la cena preparada –añadiendo intentando sonar normal.

Lo cierto era que no podía pensar en otra cosa que no fuera John y en lo que debía de estar sufriendo. Tal y como ellos esperaban, sentía deseos de llorar, pero no iba a hacerlo.

–¿Qué tal tu primer día, Darrell? –le preguntó al nuevo.

–Bien, señora Richey.

–Llámame Debra. Perdonadme un momento, por favor. Voy a por los niños. Los dos van a comer con nosotros esta noche.

Volvió con Betsy en brazos y Andy de la mano.

–Caballeros, les presento a mi hijo Andy. Tiene tres años y le encantan los vaqueros. Y todos conocéis ya a Betsy, por supuesto.

Los tres hombres saludaron calurosamente al niño, que estaba aún agarrado a su madre.

–Cariño, ¿por qué no te sientas al lado de Jess, junto a la trona de Betsy? –le sugirió ella.

Andy miró a su alrededor.

–¿Dónde está John? ¿Y el tío Bill?

Los hombres miraron a Debra.

–Bueno... –vaciló ella un segundo–. Tenían que hacer un recado de última hora.

Pensó que no tenía sentido disgustar a su hijo hasta que tuvieran todos más información.

En cuanto los niños estuvieron sentados, Debra comenzó a servir la cena. No dejó de mirar por la ventana ni un segundo mientras daba de comer a la niña.

–Estoy seguro de que el jefe y Bill volverán pronto –comentó Jess al ver lo nerviosa que estaba.

–Supongo que... –comenzó ella antes de que el teléfono interrumpiera sus palabras.

Fue corriendo a contestar.

–¿Diga?

–Cariño, soy Bill.

–¿Qué tal está John?

–Supongo que los chicos ya te han informado. Se va a poner bien, pero se ha roto la pierna por varios sitios. El médico dice que va para largo. El problema es que aquí no tiene el personal adecuado para ocuparse de él y dice que si tú pudieras cuidarlo y asegurarte de que no se mueva, no tendrán que enviarlo a un hospital. Sólo serán un par de días. La pierna está tan inflamada que no pueden ponerle una escayola hasta que baje la hinchazón.

–Claro que puedo ocuparme de él, Bill. Tráelo a casa ahora mismo.

–¿Estás segura? Es un paciente horrible, se pone imposible.

–¿Crees que notaré la diferencia? –le preguntó con una sonrisa triste.

–Supongo que no. Muy bien. Llegaremos en una media hora. Pídele a los chicos que se queden para ayudarnos a llevarlo hasta la cama.

–Buena idea.

Colgó y les dijo lo que le había pedido Bill. Ellos accedieron encantados.

–¿Podéis cuidar de Andy y Betsy un momento? Quiero preparar la habitación de John antes de que lleguen.

Los hombres asintieron y Mikey incluso intentó seguir dándole la papilla a la niña.

Debra fue hasta el dormitorio. Abrió la cama. Había cambiado las sábanas el día anterior. No creía que usara pijama, por lo menos no había lavado ninguno. Rápidamente miró en sus cajones y encontró un pantalón solitario y una camiseta.

Después volvió al comedor y terminó de darle la cena a Betsy. Estaban acabando cuando oyeron la furgoneta de Bill. Los tres hombres salieron para ayudar a John.

–Mamá, ¿qué le ha pasado a John? –le preguntó Andy.

–Se ha caído del caballo, cariño, y se ha roto una pierna.

–¿Y le duele?

–Sí, un montón. Así que necesito que vayas arriba y te pongas el pijama deprisa. Después subo a taparte y a darte un beso, ¿de acuerdo?

–Pero no me he bañado.

–Ya lo sé, pero hoy no vamos a hacerlo. También tengo que acostar a Betsy. Venga, ve. Betsy y yo subiremos ahora mismo.

Le cambió el pañal al bebé, le puso el pijama y la metió en la cuna tan

pronto como pudo. Por suerte, la niña no protestó y se quedó contenta en su habitación.

Después entró en el dormitorio de su hijo y le dio las buenas noches. Bajó las escaleras corriendo. Los hombres metían a John ya en la habitación, éste gemía y parecía estar bajo los efectos de algún potente analgésico y otros tranquilizantes. Ni siquiera se enteró de que ella estaba allí.

–He pensado que estaría bien que le pusiéramos ese pantalón de pijama y la camiseta, para que esté más cómodo –dijo ella.

–Vale –repuso Bill–. Pero puede que empiece a decir palabrotas cuando lo intentemos...

–Ya he oído palabrotas otras veces, tío Bill.

–Creo que no deberías estar aquí –le susurró él.

–¡Tonterías! ¿Quién crees que va a cuidar de él durante el día, cuando vosotros estéis trabajando como locos en campo, para poder cubrir su puesto?

–Es verdad. Procura mover la pierna lo menos posible. La abrazadera que le han puesto no la sujeta demasiado bien.

–¿Aún nos necesitas, Bill? –preguntó Jess.

–No, Debra y yo nos apañaremos bien. Gracias por vuestra ayuda.

–Bueno, yo tiraré de los vaqueros hacia abajo mientras tú lo levantas de la cama. Tenemos que hacerlo lo más rápidamente posible para minimizar el dolor.

–Muy bien, venga –dijo Bill deslizando las manos bajo el cuerpo de su jefe.

Debra desabrochó los pantalones de John y los hizo resbalar bajo sus caderas tan rápidamente como pudo. Después, con cuidado, tiró de ellos para sacarlos del todo. Él gimió. Debía de haberle causado algún dolor, pero al menos lo había conseguido. Acto seguido le puso los pantalones del pijama.

–Creo que deberíamos dejar lo de la camiseta para cuando él esté despierto y pueda colaborar –sugirió Bill.

–Buena idea. ¿Dónde están sus analgésicos? ¿Puede tomar más ahora? –le preguntó ella.

Debra leyó las instrucciones de la botella que le entregó su tío.

–¿Cada cuatro horas? ¿Tomó el último antes de salir de la clínica?

–Sí, sobre las siete y media. Así que no puede tomar otra pastilla hasta las once y media. Estarás en la cama mucho antes. No te preocupes, seguro que puede esperar hasta la mañana –dijo Bill yendo hacia la puerta. Ya no me necesitas, ¿verdad?

–No, pero te he reservado algo de cena, si quieres. Está en el frigorífico.

–Gracias, cariño. Estoy muerto de hambre.

En cuanto estuvo a solas con John, tomó dos almohadones y los colocó bajo su pierna, para que estuviera elevada. Después tapó su cuerpo con la sábana y la manta y apagó la luz antes de salir de la habitación. Esperaba que pudiera dormir un poco.

Subió escaleras arriba para ver qué tal estaba su hijo. La lámpara estaba aún encendida y el libro que le había dado para que viera había caído ya al suelo. Le dio un beso en la frente y salió del dormitorio. Después fue a ver a Betsy, que también dormía plácidamente.

Pensó que ahora tenía tres niños. John iba a estar tan indefenso como su hija y mucho más difícil y malhumorado. Lo único bueno de esa situación era que iba a conseguir conocerlo un poco mejor porque, hasta entonces, sólo lo había visto durante las comidas. Se había convencido de que era mejor así, pero lo cierto era que tenía ganas de llegar a comprender cómo era y por qué era como era.

Quería estar despierta hasta las once y media para poder darle su medicación, así que fue a la cocina, limpió y se puso a trabajar en la colcha.

Tres horas más tarde, volvió al dormitorio con un vaso de agua y dos pastillas en la mano. Él gemía y se movía agitadamente, intentando encontrar una posición confortable.

Debra se sentó a su lado en la cama y le colocó la mano en el pecho, sintiendo el constante latido de su corazón.

–¡John! John, despierta. Tengo unos analgésicos para ti.

–Me duele... –murmuró él.

–Ya lo sé –le dijo ella con voz relajante–. Intenta incorporarte un poco y te daré las pastillas y un poquito de agua. Venga, John.

Lo convenció para tomar las pastillas y siguió allí sentada hasta que vio que la medicina empezaba a actuar y se relajaba un poco. Pensó que era un hombre mucho más guapo cuando estaba relajado. Con mucha suavidad, tocó sus cejas, después trazó la línea de su mandíbula. Era fuerte, como esculpida. Bajo hasta su barbilla y subió hasta su boca. Se detuvo sobre sus labios, firmes y rosas, y tuvo que contener el deseo de averiguar a qué sabían.

De mala gana, como un niño en una tienda de golosinas, se levantó y, suspirando y con una última mirada, apagó la luz y salió de allí arrastrando los pies.

Se dijo que era mejor así, que no podía permitirse el lujo de besar a su marido.

John se despertó. Aún era de noche, pero no le importaba. Lo único que quería era algo que detuviera el dolor que sentía. No había relacionado la pierna con la procedencia de ese dolor, no hasta que intentó moverla.

Casi al momento oyó una suave voz diciéndole que se incorporara y tomara unos analgésicos. Sin abrir los ojos, hizo lo que la voz sugirió y tragó las pastillas con agua. Después cayó de nuevo sobre la almohada. Una mano de nube le acarició la cara y él se giró hacia ella. Le gustaba aquello.

Poco a poco perdió de nuevo el conocimiento.

–Mamá, ¿adónde llevas esa comida? –le preguntó Andy mientras jugaba con Betsy al lado del parquecito del bebé.

–¿Te acuerdas de que anoche durante la cena te dije que John se había roto una pierna? Pues no puede venir a la cocina a comer, así que yo le llevo la comida.

–¿Puedo ayudarte?

–No, cariño. Quédate aquí y vigila a Betsy.

Llegó a la puerta del dormitorio a tiempo de oírlo gemir de dolor.

–John, te traigo algo de desayuno –anunció con suavidad.

Él abrió los ojos de par en par y la miró mientras dejaba la bandeja en la cama.

–Lo que necesito es algo que me calme el dolor.

–Estoy de acuerdo, pero también tienes que alimentarte. Come un poco y te doy tus analgésicos –dijo levantando el tenedor con un poco de huevo para intentar convencerlo.

No esperaba que él abriera la boca y dejara que ella llevara el tenedor hasta su destino. Quizás hubiera perdido la cabeza.

–Creo que será mejor que ponga un par de almohadas a tu espalda para que puedas sentarte y comer con más comodidad. ¿Puedes incorporarte un poco?

John hizo un esfuerzo, pero no era fácil.

–Estoy tan... Tan débil.

–Un accidente como el tuyo acaba con la energía de cualquiera –le dijo ella intentando animarlo mientras lo ayudaba–. Creo que así podrás comer mejor.

Estaba a punto de seguir dándole de comer cuando John tomó su tenedor de las manos. Sin embargo, cuando no pudo seguir haciéndolo, ella volvió a

hacerse cargo. Era extraño estar cuidando de él como lo hacía. Sabía que a él no le gustaría nada, pero a ella le encantaba verlo con las defensas bajas, para variar. Cuando terminó, se inclinó sobre él para retirar los almohadones que tenía a la espalda y que pudiera dormir de nuevo.

–Hueles bien –murmuró John.

El comentario la pilló tan de sorpresa que se quedó parada. Era la primera vez que le decía algo bonito. Se quedó mirándolo, pero ya se había dormido.

Suspirando, tomó la bandeja, y volvió a la cocina; tenía mucho que hacer, entre otras cosas, hornear más galletas, que desaparecían deprisa en esa casa.

John iba a necesitar más pastillas a las doce y media. Pensó en dárselas con la comida de mediodía. Después aprovecharía la tarde para descansar un poco.

Aunque temía que no iba a poder hacer otra cosa que pensar en el monumento con el que se había casado. Empezaba a ser cada vez más difícil de ignorar.

Capítulo 5

EL SOL brillaba con fuerza, reflejando el blanco immaculado de la nieve en el porche delantero. Aunque era marzo, espesos montones de nieves se acumulaban en la barandilla. Parecía como si la casa estuviera rodeada de merengue. Así se lo había descrito Andy a su madre.

Debra sostenía a Betsy en brazos mientras miraba por la ventana y observaba cómo Andy corría por la nieve persiguiendo a los pájaros. Después de estar encerrado en la casa por el mal tiempo, salió como un loco cuando vio que el día era relativamente agradable. Y Debra no pudo decirle que no, sabía que le vendría bien jugar al aire libre un poco y a ella le gustaba verlo así. La enternecía oír sus risas, tanto como el bebé que tenía entre sus brazos.

–Mira, mamá, he hecho un corazón con mis pisadas –le gritó Andy.

–Y, ¿para quién es el corazón? –le preguntó ella con una sonrisa.

Le encantaban esos pequeños juegos. Sabía que los echaría de menos cuando su hijo creciera.

–¡Para ti, mamá! –respondió el niño corriendo hacia ella y abrazando sus piernas.

Debra se estaba agachando para abrazarlo cuando se oyó un grito en el receptor que llevaba en el bolsillo de su chaqueta. Era John, la estaba llamando.

Tomó a Andy de la mano y lo metió en la casa. Los gritos subieron de tono y volumen.

–Límpiate las botas. Voy a ver qué quiere John –le dijo al niño.

–Ya voy –gritó yendo hacia el dormitorio–. Lo siento –añadió mientras abría la puerta–. ¿Llevabas mucho tiempo llamando? Estaba en el porche de atrás.

–¿Dejaste a Betsy sola? –preguntó con una sombra de preocupación cubriendo sus ojos.

–¡Claro que no! Ella estaba afuera con nosotros.

–¿La sacaste afuera? ¿Por qué?

–Porque Andy quería jugar en la nieve y me pareció que lo más razonable era sacarla conmigo –le dijo con algo de impaciencia–. ¿Por qué llamabas?

–Por nada. No quería nada. ¿Cuándo van a volver los hombres?

–No hasta más tarde. Como siempre. Si necesitas algo, dímelo –dijo ella

mirándolo con dureza.

–Es que... Tengo que ir al baño.

–Muy bien. Si te apoyas en mí, ¿podrás ir saltando hasta el baño? –sugirió ella con la esperanza de que su idea funcionara.

–¡No vas a entrar en el baño conmigo!

–Créeme, no quiero hacerlo. Sólo me estoy ofreciendo a llevarte hasta allí. Después puedes hacer lo que tengas que hacer con la puerta cerrada. Cuando termines te ayudo a volver a la cama.

La miró como rumiando lo que acababa de decirle.

–De acuerdo –dijo finalmente.

Debra apartó la manta y la sábana.

–¡Eh! –exclamó John intentando agarrar la sábana para cubrirse de nuevo.

Ella lo miró como si estuviera loco.

–¿Vas a salir de la cama con la sábana y la manta?

–Pero es que no... No tengo mis vaqueros. ¿Dónde están?

–Los acabo de lavar. Te los guardaré hasta que te puedas levantar. Entonces podrás usarlos, pero con las costuras abiertas para que quepa la escayola.

–¿Y éstos? –preguntó señalando los pantalones del pijama.

–¿No recuerdas? Los encontré en un cajón. Pensé que así estarías más cómodo sin tener que estar en ropa interior.

–¡Ah, sí! Se me había olvidado que los tenía.

–¿Puedes poner tu pierna buena en el suelo?

Dejó su pierna derecha en el suelo sin problemas. Ella tomó el brazo de John y lo colocó alrededor de sus hombros.

–Muy bien. Ahora intenta ponerte de pie apoyando todo tu peso en esa pierna. Así podrás levantar la otra pierna de la cama con menos dolor. Eso espero.

Hizo lo que decía, pero, a juzgar por el gesto de su cara, el dolor debía de estar destrozándolo. Después de unos segundos interminables, él respiró de nuevo.

–Muy bien, vamos.

Atravesaron el dormitorio como pudieron, John dando saltos y apoyándose en ella. Cuando llegaron al baño, Debra se quedó allí hasta que él se pudo apoyar en el lavabo, después volvió a la puerta y la cerró tras ella.

Se sintió aliviada, y no sólo por su peso, si no por el efecto que su cuerpo había tenido en ella. Su aroma, masculino y amaderado, la había inundado por completo, impidiendo que pensara en nada más. Hasta sus piernas se sentían

más débiles.

Unos minutos más tarde, él la llamó por su nombre. Debra abrió la puerta, entró a ayudarlo y repitieron la misma operación hasta llegar de nuevo a la cama.

Estaba claro que le había costado un gran esfuerzo, y John se tumbó con los ojos cerrados.

–Debería quitarte esa camisa y ponerte una camiseta limpia, estarás mucho más cómodo. ¿Puedes hacerlo?

Despacio, abrió los ojos y asintió. Comenzó a desabrocharse la camisa y ella se giró a buscar la camiseta que había dejado por allí la noche anterior. Cuando se volvió con ella, John estaba tumbado en la almohada con su enorme torso desnudo. Se encontró de frente con sus impresionantes abdominales y fuertes músculos.

Se pasó la lengua por los labios, levantó la barbilla e intentó apartar la vista. Pero era difícil hacerlo. Intentó concentrarse en la prenda que tenía en las manos. Para colmo de males, se dio cuenta de que tendría que ponérsela ella.

–Si subes los brazos, te ayudo con la camiseta.

Ahora que era cuando quería que estuviera autosuficiente y cabezota, fue cuando más solícito se mostró.

Le deslizó la camiseta sobre la cabeza y bajó por el pecho. Estaba orgullosa de haberlo podido hacer sin titubear, hasta que se dio cuenta de que lo tenía prácticamente entre sus brazos. El corazón le latía con fuerza en el pecho y se apartó deprisa de él.

Se frotó las manos en los vaqueros, como para borrar la sensación de su piel en las manos, mientras iba hacia la puerta.

–¿Quieres comer algo? No puedes tomar más analgésicos hasta dentro de una hora. ¿Y algo de beber? –le preguntó.

Hablaba rápido, como una adolescente histérica. Se notaba que estaba nerviosa. Respiró profundamente para tranquilizarse. Lo miró. Por fortuna, él tenía ya los ojos cerrados.

–Sí, no me vendría mal tomar algo.

Así que le llevó unas galletas y un vaso de leche.

–¿Quieres que te ponga unas almohadas tras la espalda para que puedas beber cómodamente? –le sugirió cuando entró de nuevo.

–Vale, está bien.

Esta vez lo hizo intentando no acercarse demasiado a él.

–¿Leche? ¿Por qué me has traído leche? –le preguntó John.

–Porque va bien con las galletas y he pensado que te vendrá bien para fortalecer los huesos.

–Ah, bueno. Supongo que la beberé.

–¿Necesitas algo más? –le preguntó ella sin querer dejar la habitación.

–Me gustaría ver a Betsy –le dijo él con la boca llena–. Estas galletas están buenísimas –añadió mientras ella salía.

–Gracias. Voy a buscar a la niña.

En cuanto tomó a Betsy en brazos, pasó lo que ya se había temido.

–¿Adónde la llevas?

–La llevo a que vea a su papá.

–Yo también quiero verlo.

–Andy, no sé si...

Pensó en todas las razones por las que no era una buena razón que su hijo se encariñara con aquel hombre pero Andy lo miró con ojos de cachorro y no pudo resistirse.

–Muy bien. Pero está comiendo galletas y no puedes pedirle que te dé ninguna, ¿vale?

–Vale, mamá.

Cuando entraron en el dormitorio, John levantó la vista y se sorprendió de ver al niño allí.

–¿Puedo tenerla en brazos? –le pidió a Debra.

–Claro, pero sólo si no estás comiendo galletas o intentará agarrarlas. No quiero que coma chocolate aún.

–¿Andy sí come chocolate? –preguntó John.

–Sí, ¡me encanta! –contestó Andy antes de que pudiera hacerlo su madre.

–¿Qué otras cosas te gustan?

–Me gustan los vaqueros.

–¿En serio? Pues no te hemos visto mucho por aquí.

–Porque mamá me manda a la cama. Anoche me dejó quedarme hasta más tarde, pero no viniste.

–Me hubiera gustado cenar aquí, Andy, pero una serpiente asustó a mi caballo y me caí.

–Y, ¿te mordió la serpiente? –le preguntó el niño con los ojos grandes como platos.

–No, creo que estaba tan asustada como mi caballo y se fue deprisa.

–¡Pa... pa! –exclamó Betsy intentando conseguir un poco de atención.

–Hola, pequeña. ¿Cómo estás?

–Ya gatea muy bien. Y se pone de pie y golpea la mesa de centro del salón – le dijo Andy.

–¿De verdad? –preguntó John interesado–. ¿Haces eso, Betsy?

La niña siguió balbuceando sin parar.

Debra, que observaba divertida la interacción entre los tres, decidió intervenir.

–Sí, así es. Y gatea muy deprisa ya.

–Buena niña. ¡Ojalá pudiera verte hacer todas estas cosas tan asombrosas! – le dijo su padre con admiración mientras la acercaba a su cara para darle un beso.

Pero Betsy aprovechó el momento para agarrar una galleta, tirando todo el plato y su contenido por la cama.

Debra se acercó para ayudar.

–Deja que sostenga yo a la niña. Andy, ¿puedes ayudar a John a recoger las galletas?

Andy se entusiasmó tanto en su tarea que perdió el equilibrio, cayendo sobre el estómago de John. Éste soltó un gemido que asustó al niño, que bajó rápido de la cama con lágrimas en los ojos.

–¡Lo siento, mamá! –dijo llorando–. No quería hacerle daño.

–No pasa nada, Andy –repuso Debra con Betsy en un brazo y agachándose a consolar a su hijo.

–Andy, estoy bien –le dijo John con una sonrisa–. No llores. Estabas haciéndolo muy bien. Gracias por ayudarme con las galletas. Lo que pasa es que has perdido el equilibrio, no pasa nada.

Debra no podía creerse lo sensible que John estaba siendo con su hijo y le sonrió por primera vez desde que se lo presentaran en la iglesia. La había preocupado cómo iba a ser la relación entre su hijo y él, desde aquel primer comentario tan inapropiado. Pero ahora estaba siendo tan dulce con Andy como lo era con su hija.

–¿Estás bien? –le preguntó Andy con timidez.

–Claro que sí –respondió John–. Excepto por esta pierna tonta que se me ha roto.

–Bueno, Andy, ahora que está claro que todo el mundo está bien, será mejor que volvamos al salón. Betsy va a jugar un rato en el parquecito mientras yo preparo la cena.

–Debra, ¿puedes decirle a Bill que venga a verme cuando lleguen todos? –le

pidió John.

–Por supuesto, pero ya sabes que aún tardarán algún tiempo.

–Sí, lo sé. Sólo quería decírtelo ahora que estás aquí.

–Te toca tomar la medicina en media hora. Volveré entonces.

–No, no la quiero.

–¿Por qué no?

–Porque me duerme –dijo apartando la vista.

–Pero también te ayuda a relajarte y así tu cuerpo puede recuperarse antes.

¿Estás seguro de que no la quieres?

–Estoy seguro.

–Muy bien. Pero te sugiero que te tomes una pastilla después de la cena. Te ayudará a dormir mejor –le dijo sin esperar a que le contestara.

Cuando llegaron los otros hombres para cenar, le dijo a Bill que fuera a verlo y que lo convenciera para tomarse el analgésico. Cuando éste volvió a la cocina, todos los demás estaban ya cenando.

–Me he asegurado de que dejen comida suficiente para ti, tío Bill –bromeó ella–. ¿Cómo has visto a John?

–Bueno, parece que está mejor. No le gustan los analgésicos porque lo duermen. Pero le he dicho que tiene que tomarlos. Dice que lo hará cuando puedas llevárselos.

–Lo haré ahora mismo.

–¿No vas a cenar?

–No, ya cené antes con los niños.

Fue hacia el dormitorio de John con las pastillas en una mano y un vaso de agua en la otra. El corazón le latía más deprisa sólo de pensar en estar unos minutos con él de nuevo. Le había llevado la cena una hora antes y había sido bastante agradable con ella, era como si ya no la odiara.

Cuando llegó, se dio cuenta de que había estado fuera de la cama, se imaginó que su tío lo había llevado al baño. Era mejor así. Cuantos menos contactos físicos tuvieran mejor, aún recordaba su cuerpo contra el de ella desde esa mañana.

–¿Qué tal estás, John? –le preguntó al entrar.

–Bien. Me gustó la comida que me trajiste.

Por otro lado, cada vez le dedicaba más halagos, lo cual era de agradecer.

–Me alegro. Aquí tienes las pastillas y un poco de agua.

–Es un poco temprano, ¿no?

–Bueno, para cuando te duermas, serán más o menos las nueve, que es

cuando te sueles acostar, ¿no?

–A veces no me acuesto hasta las diez.

–¿Quieres que los hombres te traigan el televisor?

–No... Eso sería demasiado lío...

–Estoy segura de que no les importaría.

–Bueno, si no les importa...

–Voy a preguntárselo.

Estaba contenta de que le hubiera gustado su idea.

Cuando llegó a la cocina, los tres jóvenes habían terminado ya y esperaban a que Bill acabara.

–¿Os importaría llevar el televisor al dormitorio de John para que pueda entretenerse allí? –les pidió.

–No, claro que no –respondió Jess poniéndose en pie.

–Espera, Jess –le dijo Bill–. Yo tengo uno portátil en el barracón, que no uso. Si vas a por él, puedo conectarlo en un momento.

–Claro, jefe. Ahora mismo vuelvo.

Debra le dio un beso a su tío en la mejilla.

–Eres un encanto –le dijo.

–Nunca pensé que fuera a querer ver la televisión.

–Supongo que se aburre estando en la cama todo el día.

–Debería aprovechar para adelantar todo el papeleo que tiene atrasado, claro que odia hacer ese tipo de trabajo.

Cuando Jess volvió, llevaron el televisor al dormitorio y lo instalaron. Para cuando terminaron, ella ya había limpiado la cocina. Tomó de nuevo las pastillas y el agua y fue hasta el dormitorio.

–¿Listo para tu analgésico?

–No, aún no. Acabo de ponerme a ver este programa.

–John, no puedo venir cada poco tiempo con un medicamento que no quieres tomarte.

«Porque cada vez que vengo es una tentación más difícil de superar», pensó.

–Entonces siéntate unos minutos. A lo mejor me canso del programa pronto y quiero dormirme.

Debra suspiró exageradamente y se sentó en la silla más cercana a la cama.

–¿Qué es lo que estás viendo?

–No lo sé exactamente. Creo que es una serie de misterio. ¿La has visto alguna vez?

–No, solía acostarme muy pronto porque me levantaba a las cuatro y media.

–¿No estabas mintiendo cuando me dijiste que te levantabas a las cuatro y media?

Debra lo miró tan sorprendida como él la miraba a ella.

–No. ¿Por qué iba a mentir? –repuso mirándolo tan sorprendida como él la observaba.

–Porque estaba siendo muy desagradable contigo. Pensé que te lo habías inventado para hacerme sentir mal.

–Pero no te hizo sentir mal, ¿verdad?

–No, porque me imaginé que te lo habías inventado.

Los dos rieron y Debra se echó hacia atrás en el respaldo para ver la televisión. En pantalla, una atractiva rubia entraba en una habitación en penumbra. Se acercaba a una cama y se quitaba el abrigo mientras hablaba con un hombre tendido en ella. Entonces lo tocaba, se daba cuenta de que estaba muerto y gritaba fuera de sí.

–¿Estás seguro de que no es una comedia? –le preguntó ella.

Él puso los ojos en blanco.

–¿Es eso lo que pensarías si encontraras a alguien muerto?

–Me voy a la cama, John. Te dejo las pastillas y el agua en la mesita.

–¿Te he molestado?

–No, es que estoy cansada, así que será mejor que me acueste. Acuérdate de tomarte las pastillas –dijo apagando la luz–. Buenas noches.

–Buenas noches –respondió él–. Debra.

–¿Sí? –dijo ella girándose ya en la puerta.

–Quería... Quería agradecerte que me ayudaras hoy.

Ella asintió y salió de allí. Corrió escaleras arriba como alma que lleva el diablo. Temía que incluso en la oscuridad de la habitación John pudiera ver en sus ojos lo atraída que comenzaba a sentirse por él.

Por algún motivo, le resultó más fácil levantarse a la mañana siguiente. Sabía que aún tenía que estar preparada para el futuro, pero al menos tenía claro que John ya no iba a ser un enemigo en esa casa y que le iba a hacer la vida más fácil. Pero al mismo tiempo iba a ser más difícil. Ya no iba a tener que luchar contra él sino contra ella misma y lo que sentía por él.

Abrió la puerta del dormitorio de John sin encender las luces, sólo para ver qué tal estaba. No se movía ni retorció de dolor, pero se acercó más y vio que tenía el ceño fruncido. Tuvo que resistirse para no besarle la frente y tratar de

borrar las arrugas con un beso. Después de unos segundos, fue a la cocina a por sus pastillas.

Cuando volvió de nuevo al dormitorio, dejó la puerta abierta para que entrara algo de luz del pasillo. Se sentó a su lado en la cama.

–John, es hora de tomar el analgésico.

–¿Qué? –masculló él.

–Abre la boca para que pueda darte las pastillas. Vamos –insistió ella.

Él abrió automáticamente la boca y ella le metió las pastillas.

–Muy bien. Ahora incorpórate para que puedas beber un poco de agua.

Él lo hizo, pero debió de despertarlo.

–¿Qué estás haciendo?

–Acabo de darte tus pastillas para que pudieras seguir durmiendo sin dolor.

–¿Qué hora es?

–Las cinco. No tienes por qué madrugar.

Se dio cuenta de que aún tenía su brazo bajo los hombros de John y lo apartó con cuidado.

–Quiero hablar con Bill antes de que se vayan al campo.

–¿Por qué?

–Tengo que saber cómo van las cosas.

–Ya lo averiguaré yo por ti –le dijo intentando calmarlo–. Tú vuelve a dormirte –añadió acariciando su frente e intentando hacer desaparecer las arrugas de preocupación.

Cuando pareció dormirse de nuevo, Debra suspiró aliviada. Aliviada de poder dejar de tocarlo, estaba dejándose llevar demasiado por lo que empezaba a sentir por él y estaba entrando en terrenos resbaladizos. Sobre todo cuando sabía que iba a deshacerse de ella en cuanto contratara a una asistente.

–¡Espera! –gritó John en cuanto regresó a la cocina.

Volvió corriendo a su lado, temiendo que hubiera pasado algo malo.

–¿Qué pasa, John? ¿Te duele mucho? –preguntó ansiosa esperando a que le contara lo que ocurría.

–No, no. Necesito... –comenzó.

Pero pareció dormirse de nuevo.

–John, ¿qué es lo que necesitas?

–Necesito...

Debra se acercó más a él.

–John, dime lo que necesitas, para que pueda hacerlo.

Él rodeó su cuello con la mano. Ella intentó moverse pero la sujetaba con firmeza.

–John, ¿qué...?

Entonces se lo dijo. Fue sólo un susurro, pero lo entendió con claridad.

Y no le dio otra opción.

–Necesito un beso –le dijo justo antes de atraer la boca de Debra hacia la suya.

Capítulo 6

DEBRA TUVO el desayuno listo a tiempo y no cometió ningún error. Se sentía completamente desconcertada por lo que había pasado con John, pero había decidido intentar no darle importancia, olvidarse de ello, entre otras cosas porque estaba segura de que él no lo iba a recordar. Pero sabía que no iba a ser fácil.

Cuando llegaron los hombres, le pidió a su tío que le escribiera una nota a John en la que le contara cómo iban las cosas.

–Creo que se siente excluido –explicó ella.

–¿Tengo que escribirlo? ¿No puedo simplemente contárselo?

–Bueno, le di unas pastillas cuando me levanté. Tenía bastantes dolores.

–¿No te costó convencerlo?

Ella se sonrojó y se giró para que no la vieran.

–No, porque no se despertó del todo. Fue fácil.

–¿Así que no crees que vaya a despertarse pronto?

–No, Bill, puede que no se despierte hasta las diez.

Jess acudió al rescate de Debra.

–Jefe, yo puedo escribir lo que tengas que decirle. Debra, ¿tienes lápiz y papel?

–Sí, voy a por ello.

Cuando los hombres se fueron a trabajar, dejando detrás una nota para John, Debra aprovechó para tomarse un descanso, algo impropio en ella. Se sirvió un café y comió un par de tortitas. Llevaba unos días saltándose algunas comidas y trabajando más de la cuenta. Pero esa mañana, necesitaba más energía que de costumbre.

Su marido la había dejado antes de que naciera su hijo y, desde entonces, no había estado con ningún hombre. Hacía más de tres años que no la besaban y pensó que probablemente pasara otro tanto antes de que volviera a ocurrir algo parecido. Se convenció de que lo de esa mañana había sido un accidente. John probablemente pensó que estaba besando a su difunta esposa.

Al parecer, él la había amado de verdad. Desde el punto de vista de Debra, la mujer había sido una estúpida al dejarlo, abandonando a un buen hombre y a un precioso bebé. Cerró los ojos, imaginándose cómo sería que un hombre

fuerte, admirable y de fiar como John la amara. Pensó en cómo sería que alguien así quisiera compartir la vida con ella. Vio una imagen de John abrazándola y ese retrato la llenó de felicidad y alegría, haciendo que todo su cuerpo se estremeciera. Pero abrió pronto los ojos, volviendo a la realidad al oír el llanto de Betsy.

Fue escaleras arriba y la tomó en brazos.

–Buenos días, Betsy –le dijo–. ¿Cómo estás, cariño?

–Ma... ma –la saludó la niña.

–Sí, mi amor. Soy mamá –le contestó echándola de nuevo para cambiarle el pañal.

En cuanto estuvo lista, fueron a despertar a Andy.

–Andy, ¿listo para levantarte? El desayuno está casi a punto.

–Vale –dijo el niño abriendo los ojos y cerrándolos de nuevo.

–Cariño. Es hora de levantarse. Voy a darte la ropa.

Estaba sacando unos pantalones para el niño cuando vio que la ropa se le estaba quedando ya pequeña. Iba a necesitar vender una colcha sólo para comprarle ropa nueva a Andy.

En cuanto bajaron a la cocina, preparó papilla para Betsy y tortitas para Andy. La niña miró su desayuno y luego el del niño y se lanzó a por el de Andy.

–No, Betsy, tú tienes que comerte tu papilla –le dijo Debra–. Te daré un trocito de tortita después de que termines.

Entonces oyó la voz de John.

–Andy, ¿puedes decirle que le llevaré el desayuno en cuanto termine de darle la papilla a Betsy?

–Claro, mamá.

Debra se temía que necesitara ir al baño porque eso implicaba que iba a tener que tocarlo de nuevo y quería evitar todo contacto con él. Intentó escuchar lo que decían, pero desde la cocina no se oían nada más que susurros.

–¿Qué te ha dicho John? –le preguntó a Andy cuando volvió a la cocina.

–Que vale.

–¿Sólo eso? ¿No dijo que necesitaba ir al baño?

–No dijo nada –respondió el niño mirando a su madre con curiosidad.

Y entonces oyeron un fuerte golpe.

Debra dio un salto.

–Andy, quédate aquí y vigila a la niña. Que no se salga de la trona.

Corrió a la habitación. Tal y como esperaba, se lo encontró en el suelo, de camino al baño.

–¡John! ¿Te has hecho daño?

–No creo que ayude a la recuperación de la pierna... –le dijo con sarcasmo.

Debra levantó la barbilla.

–Estaba dándole el desayuno a Betsy. Si no podías esperar, deberías habérselo dicho a Andy.

–Es verdad, es verdad –reconoció John–. Pero pensé que podía conseguirlo sólo.

–Deja que te ayude. Después te llevaré hasta el baño como hicimos ayer.

–Gracias.

Pero su tono no era de agradecimiento. Le sugirió que se apoyara en su rodilla buena y lo ayudó a levantarse. Consiguieron que se pusiera en pie. Ella colocó el brazo de John sobre sus hombros y llegaron hasta el baño. Podía sentir su calor.

–¿Estás bien? –le preguntó él–. Pareces estar sin aliento.

–Estoy bien. Es que... Temía que te hubieras hecho daño.

–Estoy bien.

–Fenomenal. Te espero aquí.

Respiró aliviada cuando la puerta se cerró. Pensó que si no le ponían la escayola pronto, a lo mejor acababa atacándolo allí mismo en su cama. Se preguntaba si de verdad estaba tan desesperada por conseguir el amor. Pero sonrió ante su propia locura; aquello no era amor, no era más que lujuria.

Cuando John abrió la puerta, lo acompañó de vuelta a la cama.

–Voy a terminar de darle la papilla a Betsy, después te traigo el desayuno. ¿Quieres más pastillas? Puede que sea buena idea por si la caída hace que la pierna se resienta.

–No, no quiero más analgésicos. ¿Me diste esta mañana? De otra forma no entiendo cómo he dormido hasta tan tarde.

–Sí, lo hice, porque tenías dolores. Bueno, me voy.

Salió de la habitación antes de que siguiera hablando. Lo último que quería era seguir hablando de su encuentro de esa mañana.

Cuando llegó a la cocina se encontró a Andy al lado de la trona de Betsy, dándole de comer.

–Andy, cariño, muchas gracias.

–Mira, mamá, puedo hacerlo igual que tú. Pero tiene tanta hambre que intenta quitarme la cuchara.

–Lo sé. Trae, yo termino de darle. Tú come las tortitas.

–¿Está bien John?

–Sí, creo que sí. Se ha caído, pero dice que no se ha hecho daño. Tengo ganas de que le pongan la escayola.

–¿Una escayola? ¿Crees que me dejará que firme en ella?

–¿Cómo sabes que se firma en las escayolas?

–Lo he visto en la televisión.

–Bueno, no lo sé. Y tampoco sé cuándo le pondrán la escayola. Pero mi vida será más sencilla.

Además así ya no tendría que tocarlo. Era un hombre grande y fuerte. El tipo de hombre que podía sostenerla entre sus brazos y hacerla sentirse segura. Ella nunca se había sentido así, pero era algo con lo que soñaba.

–Andy, ¿te gustaría ir a saludar a John? –le preguntó a su hijo después de preparar el desayuno al convaleciente vaquero.

–Sí, mamá. Así le preguntaré si puedo firmar en su escayola.

–Muy bien –concedió ella.

Cualquier cosa con tal de no enfrentarse a él estando sola. No quería que le preguntase nada sobre lo que había pasado esa mañana.

–Llevaré a Betsy y tú puedes venir con nosotros. Creo que a John le gustará.

–¿Quieres ver a papá? –le preguntó a la niña.

La pequeña empezó a balbucear y a llamar a su papá de inmediato.

–¡Buena niña! –susurró ella.

Cuando entraron en el dormitorio, él estaba viendo la televisión.

–¡Hola, John! –lo saludó Andy con una gran sonrisa.

–Hola, Andy. ¿Cómo estás hoy?

–Bien. ¿Puedo firmarte la escayola cuando te la pongan? –preguntó el niño yendo al grano.

Debra sacudió la cabeza divertida.

–Claro, sería genial, ¿ya puedes escribir tu nombre?

–Casi todo. Mamá me está enseñando –dijo él mirando a su madre por encima del hombro.

John siguió la mirada del niño y se dio cuenta de que ella estaba allí con Betsy en brazos.

–¡Betsy! ¡Has venido a verme! ¡Qué suerte tengo!

–Eso parece. ¿Puedes sostenerla un momento mientras voy a por la bandeja de tu desayuno?

–Claro. Además, estoy muerto de hambre –le dijo mientras alzaba los brazos

para tomar a su hija.

Debra se aseguró de que la tenía bien sujeta antes de salir de allí, no quería que hubiera más accidentes. Le trajo la bandeja de desayuno con la nota de Bill en ella. La dejó en la mesita y fue a por la niña.

–¡Mamá! –exclamó la niña al verla.

Debra miró a John. Tenía el ceño fruncido.

–No se lo he enseñado yo. Es que se lo ha oído decir a Andy...

–Ya me lo imagino.

Algo incómoda, Debra le señaló el desayuno.

–Ahí tienes la nota de Bill. Le dije que querías saber lo que pasaba.

–¿Estás segura de que es de Bill?

–¿Por qué me lo preguntas?

–Porque Bill no sabe escribir muy bien –le dijo John mientras desdoblaba la nota.

–No tenía ni idea.

–Sí, yo te escribí casi todas las cartas que mandaba a ti y a tu madre. Pensé que lo sabías.

–No, nunca vi esas cartas.

–Pero recibías el dinero, ¿no? –le preguntó él.

–No –le contestó–. Tómame el desayuno antes de que se enfríe.

Probó un bocado pero siguió con las preguntas.

–¿Por qué no recibiste ese dinero? Sé que Bill te lo enviaba cada mes.

–Se lo enviaba a mi madre y ella nunca me lo dijo.

–¿Tu propia madre te hizo algo así?

–No todas las madres están preparadas para serlo, John. Ella es muy egoísta. También se quedaba con mi salario. Yo sólo me quedaba con las propinas que me daban y eso porque nunca le dije que las recibía. Pero no era mucho.

–¿Trabajabas tan duro como lo hacías y se quedaba con todo tu salario? ¿Y por qué?

–Andy y yo vivíamos en su apartamento y ella cuidaba de él mientras yo trabajaba. Ésa era su excusa.

–Ya...

–Tómame el desayuno, John.

Antes de hacer lo que le decía, le hizo otra pregunta.

–No vas a irte, ¿no?

Ella se quedó mirándolo. Era la primera vez que le pedía algo así.

–Supongo... Supongo que podemos quedarnos unos minutos, si es lo que

quieres.

–Bien. ¿Has leído la nota?

–No tuve que hacerlo. Bill se la dictó a Jess.

–Jess es un buen chaval. Supongo que sabe que Bill no sabe escribir bien, pero se le da fenomenal llevar un rancho.

–Me alegro.

–¿Fuiste tú a la universidad?

–No, me quedé embarazada de Andy durante el último año en el instituto. Para cuando me gradué, ya me había casado y quedado viuda.

–¿Qué le pasó a tu marido?

–Se sentía confinado en el matrimonio y agobiado en el trabajo. Así que me abandonó a mí, dejó el trabajo y se dedicó a vender drogas.

–Un trabajo no demasiado seguro. ¿Es que no le importaba su hijo?

–No, era demasiado joven para pensar en esas cosas.

–¿Cuántos años tenías tú?

–Dieciocho.

–Supongo que no recibiste un seguro cuando murió...

–No, nadie asegura a un traficante.

–Lo siento, Debra. No tenía ni idea. Lo que quiero decir es que sabía que Bill te enviaba el dinero que podía, pero imaginaba que llevabas una vida más o menos agradable. No tenía ni idea de que tu vida había sido tan complicada. Fue culpa mía que Bill dejara de enviarte dinero, me dijo que podía quedarme con la mayor parte de su salario hasta que me recuperara.

Ella se encogió de hombros.

–No importa. Sobrevivimos. Y no me arrepiento de nada, sobre todo no de mi hijo.

–Sí. Supongo que tenemos mucho en común.

–Supongo. ¿Quieres más comida? –le preguntó.

Intentaba distraerlo para que no le hiciera más preguntas sobre su vida. No le gustaba hablar de su pasado. Había tomado algunas decisiones de las que se arrepentía, pero no cambiaría nada si ello significaba que Andy no iba a estar en su vida. Lo quería más que a nada en el mundo.

–Tiene gracia, ¿no? Mi mujer tuvo una vida muy fácil, pero no era bastante. Gastaba mucho dinero intentando encontrar la felicidad y aun así sintió que tenía que irse. Supongo que realmente no me quería.

Sonaba triste. Debra no pudo evitar acariciarle el hombro.

–Creo que seguramente te quería tanto como podía pero, por lo que me

cuentas, se debía de parecer mucho a mi madre. Estaba muy centrada en sí misma y ni siquiera Betsy fue suficiente como para hacerla quedarse.

Él tomó un sorbo de café y después la miró con una sonrisa.

–Gracias, Debra. Gracias por intentar que me sienta mejor. He pasado una época muy mala maldiciendo mi mala suerte. Me resistía a hacer lo que Bill me sugería, pero parece que tenía razón. Estás siendo de gran ayuda.

Ella pensó con amargura que así era, de momento era de ayuda, pero en el otoño contrataría a una asistente. Empezaba a darse cuenta de lo doloroso que le sería irse de allí.

–Tengo que limpiar la cocina. Andy, ¿estás listo?

–Vale, mamá. Adiós, John.

Se acercó a por Betsy, pero él no la soltó.

–¿Qué vas a hacer con la niña mientras limpias la cocina?

–Iba a dejarla en el parquecito con Andy al lado y viendo dibujos animados. Le gusta mucho ver *Barrio Sésamo*, y a ella también.

–Tengo un televisor aquí. Podrían quedarse conmigo.

–¿Estás seguro de que quieres ver un programa infantil?

–Sí. Así puedo ver lo que le interesa a Betsy. Y si tengo problema entendiendo algo, seguro que Andy me lo puede explicar. ¿Verdad, Andy?

–Claro, ¿podemos, mamá?

–Bueno, supongo que sí. Voy a por el parquecito de Betsy.

En cuanto los dejó a todos colocados le pidió a Andy que no se subiera a la cama. Salió de allí con la sensación de que la imagen familiar que tenía ante sus ojos era demasiado atractiva como difícil de soportar.

John estaba tumbado sobre un par de almohadones. A pesar de la pierna rota, se sentía bien. Podría decir que incluso feliz. Los niños estaban allí con él y no tenía que ir a ningún sitio. Podía relajarse y tenía el estómago lleno.

–¡John, mira! ¡Es el monstruo de las galletas!

–¿Te da miedo? –le preguntó John con curiosidad mirando a una marioneta azul.

–No. Él no asusta a nadie. A él le encantan las galletas, como a mí –rió el niño.

–Si sigo comiendo las galletas que hace tu madre, yo también voy a convertirme en el monstruo de las galletas –le dijo.

El niño rió con ganas.

–¿Por qué no vienes y te sientas en la cama, Andy? Es más cómoda que el suelo. Si no lo haces te va a doler el cuello.

–Pero mamá me dijo que...

–Le diré a mamá que te invité yo a sentarte en la cama. A ella no le importará.

Andy asintió y subió a la cama. John lo colocó a su derecha para evitar que accidentalmente saltara sobre su pierna malherida. Después compartió almohada con él y se acomodaron para seguir viendo juntos su programa favorito.

Pero John no estaba realmente concentrado en la televisión sino pensando en la madre del niño y en la dura vida que había tenido. Le parecía muy triste que su propia madre se hubiera quedado con el dinero que Bill le había estado enviando. Se imaginó que quizá hubiera acabado embarazada porque había buscado en algún tipo el afecto que no tenía en casa. Entonces pensó en su propia hija. Si Elizabeth hubiera vivido, habría sido como la madre de Debra. Ella, sin embargo, era más cariñosa con la niña que su madre biológica.

–¡Papá! –exclamó Betsy intentando tocarlo desde donde estaba en el parquecito.

Quizá estuviera celosa de que Andy estuviera en la cama y ella no.

–¡Debra!

Andy se sentó de inmediato.

–¿Por qué llamas a mi mamá?

–Porque creo que Betsy quiere estar aquí arriba con nosotros.

–Será mejor que me baje.

–No, Andy, no pasa nada, lo prometo.

–¿Sí, John? –dijo Debra entrando en el dormitorio–. ¡Andy! Te dije que no te subieras a la cama.

–Lo siento, mamá. Pero es que...

–Debra, es culpa mía. Yo le dije que se subiera y no me ha molestado en absoluto.

–Entonces, ¿para qué me has llamado?

–Me preguntaba si podrías traernos a Betsy. Parece celosa de que Andy esté aquí y ella no.

–Creo que lo más sencillo sería que Andy se sentara otra vez en el suelo.

John sonrió.

–No me gusta esa idea. Es agradable tener a alguien en la cama contigo. Comenzaba a sentirme un poco aislado aquí.

Debra tuvo que morderse la lengua para no ofrecerse voluntaria y meterse en la cama con él. Sin niños, por supuesto.

–Muy bien, pero sólo un ratito –dijo por fin suspirando–. Dentro de nada es la hora del baño. ¿Estás seguro de que vas a poder con los dos?

–Sí. Además, Andy me echará una mano.

–Muy bien, pero no la sueltes o puede caerse de la cama.

–Lo prometo –dijo añadiendo una gran sonrisa.

Ella lo miró con extrañeza antes de pasarle a la niña.

–Cuidado con la niña, ¿vale, Andy?

–Sí, mamá.

–Si se le olvida porque está viendo la televisión, recuérdaselo, ¿de acuerdo?

–No pasa nada, Debra. Estaremos bien –dijo John sonriendo de nuevo.

Le parecía interesante que sus sonrisas no parecían conseguir que Debra se relajara; si acaso todo lo contrario, parecía tensarse más. Sabía que habían empezado mal, pero pensaba que las cosas estaban mejorando. Quizá ella no pensara así.

Estaba pasando tiempo con Andy y le gustaba, no sabía qué más esperaba de él.

Pensó que quizá estuviera simplemente exhausta. Tenía demasiado trabajo. Tenía que encontrar la manera de aliviar su carga, porque quería hacerla feliz.

Pero sus propios pensamientos lo sorprendieron. Había intentado hacer a su primera mujer feliz y fracasado miserablemente, no entendía por qué pensaba que iba a poder conseguirlo entonces con Debra. Era una locura.

Capítulo 7

DEBRA estaba bañando a Betsy cuando sonó el teléfono. No se preocupó por contestarlo. John tenía un aparato en la mesita.

La niña la salpicó de agua.

–¡Eres muy traviesa! –le dijo con una sonrisa–. Mientras se limpiaba la cara.

–¡Debra! –la llamó John.

Estaba empezando a desear que John no se acordara de su nombre.

–¡Estoy bañando a Betsy! –le gritó desde el baño.

Siguió a lo suyo, enjabonando el pelo de la niña. Mientras lo hacía oyó pasos en las escaleras. Estaba segura de que era Andy. ¿Quién si no? Era el mensajero oficial de la casa. Estaba secando a Betsy en una toalla cuando el niño entró corriendo.

–¡Mamá! ¡Ha llamado el médico, quiere que John vaya para ponerle la escayola en la pierna esta misma mañana!

–No sé si podremos, Andy. Iré a hablar con John en cuanto vista a Betsy.

–Vale, iré a decírselo –dijo el niño saliendo por la puerta como si llevara un mensaje especial para el rey.

Cambió a la niña y le puso ropa limpia y un prendedor en el pelo. Ya lo tenía bastante largo. Pensó que iba a necesitar pronto un corte de pelo, pero no sabía si a su padre le haría gracia la idea.

–Vamos, Betsy. Vamos a ver otra vez a papá.

–Papá, papá –repitió la niña escaleras abajo.

Cuando llegaron al dormitorio, Andy estaba en la cama con John, charlando como dos viejos amigos.

John la miró cuando entraron.

–¿Quién es Eileen?

–¿Por qué? –preguntó ella quedándose helada.

–Andy la ha mencionado y tenía curiosidad por saber quién era.

–Es mi madre. ¿Quieres sostener a la niña un minuto? Acabo de darle un baño.

–Claro. Ven aquí, Betsy.

Algo que le encantaba de él era que siempre estaba dispuesto a estar con su hija.

–Me ha dicho Andy que el médico quiere que vayas ahora mismo a ponerte la escayola, ¿es verdad?

–Sí. Esta misma mañana o después de comer. Cree que la hinchazón habrá bajado ya lo suficiente como para hacerlo y que lo mejor es colocar la escayola lo antes posible. Así puedo ir solo al baño –añadió con una sonrisa.

–¿Quieres que avise a Bill para que venga?

–¿Por qué? ¿No puedes llevarme tú hasta la clínica?

Debra se quedó mirándolo.

–Bueno, tendríamos a otros dos con nosotros –dijo mirando a los niños–. ¿Crees que es buena idea?

–Si puedes cuidar de ellos mientras me ponen la escayola, creo que podremos hacerlo. Mi furgoneta tiene una segunda fila de asientos. Además, si necesitas hacer algo de compra, podré ayudarte cuidando de ellos.

Debra asintió.

–Muy bien, entonces creo que podremos.

–¿Puedes darme mis vaqueros descosidos y una camisa?

–Sí, claro. Te los dejaré en el baño.

Abrió el armario. Tomó los vaqueros y eligió una camisa azul, una que hacía juego con sus ojos.

–Muy bien –dijo después de dejar a Betsy en el parque–. Vamos a acercarte al baño.

–¿Es que hay prisa? –le preguntó John al ver que ella se acercaba a la cama a por él.

–Sí, los niños tienen que comer y dormir la siesta en cuanto volvamos a casa.

–Ya, claro. Muy bien.

–Mamá. ¿Yo también voy? –preguntó Andy con los ojos brillantes.

–Sí, cariño, pero tienes que portarte muy bien. No voy a poder llevarte en brazos porque voy a tener a Betsy conmigo.

–Yo ya soy mayor, mamá. Puedo andar.

–Gracias, mi amor. Te lo agradezco.

John abrió la puerta del baño con el ceño fruncido.

–¿Por qué elegiste esta camisa?

–No sé. Me gustó el color. ¿Por qué? ¿No te gusta? –preguntó extrañada sin entender la cara de John–. Si quieres voy a por otra...

–Mi primera mujer me la compró, eso es todo –explicó él–. Pero no pasa nada, está bien. Venga.

Un par de minutos después salía saltando del baño.

–Estoy listo.

–Muy bien, espera aquí hasta que meta a los niños en el coche.

Deprisa, colocó los dos asientos de los niños en la furgoneta de John, que estaba en el garaje. Sentó a los niños en sus sitios. Corrió a la habitación de Betsy a por la bolsa de los pañales, le preparó un biberón para más tarde y después fue a por John.

Se dio cuenta que era la última vez que iba a tener que tocarlo. Después de esa visita a la clínica, iba a tener la escayola puesta y volvería a ser el hombre independiente y autosuficiente de siempre. Casi saboreó la experiencia mientras él colocó su brazo sobre los hombros de Debra y se levantó sobre su pierna sana.

–¿Estás listo? –le preguntó ella mientras rodeaba la cintura de John con su brazo.

Lo sostuvo con firmeza hasta que llegaron a la furgoneta.

–Cuando cierre la puerta, puedes apoyarte contra ella y extender la pierna en el asiento.

Hizo lo que Debra le aconsejó, pero la cercanía de la pierna de John contra su propio cuerpo la distraía constantemente. Tampoco ayudaba el hecho de que él no dejara de mirarla ni un segundo durante todo el trayecto. Podía sentir sus ojos recorriendo su cuerpo. Quería decirle que parara, pero también le gustaba que le prestara atención. Así que intentó simplemente concentrarse en la carretera. Al final decidió que las miradas de él eran peores que las preguntas incesantes con las que su hijo solía acribillarla desde el asiento de atrás.

Quince minutos después llegaron a la consulta del médico. Estaba en las afueras de Westlake. Betsy estaba dormida, así que decidió ayudar a John antes y salir después a por los niños. Dio la vuelta al coche para ir hasta su lado, pero él ya tenía las piernas fuera.

–Saldré solo –insistió–. Después puedes ayudarme a entrar.

Pero su pierna buena era menos estable de lo que pensaba y Debra se acercó justo a tiempo de que él se apoyara y pudieran llegar a salvo hasta la puerta de entrada de la clínica.

La enfermera de recepción acudió inmediatamente a ayudarlos.

–Nos alegramos tanto de que pudieras venir hoy, John... El doctor sale de viaje mañana. Puedes pasar directamente a la consulta, si no le importa, señorita...

Debra estaba a punto de presentarse cuando John intervino.

–Ellen, quiero que conozcas a mi mujer, Debra.

–Entonces es cierto. Había oído el rumor, pero como te había oído jurar y perjurar que nunca jamás te casarías, no estaba segura... –dijo Ellen–. ¿Puedes usar tu pierna buena para subirme a la camilla? Vaya, eres muy buena ayudante –añadió mirando a Debra–. John tiene suerte de tenerte.

–Gracias –respondió ella con una tímida sonrisa–. Bueno, voy a sacar a los niños del coche.

–¿Niños? ¿No sólo Betsy? ¿Tú también tienes niños?

–Sí, un hijo de tres años.

–Eso es fantástico. Ahora tenéis la parejita.

–Sí... Bueno, si me perdonáis.

–Por supuesto.

Debra salió a por los niños. Betsy estaba algo llorosa. No le hacía gracia ser despertada de su siesta. Pero se tranquilizó cuando llegaron a la sala de espera y Debra le dio el biberón. Andy se sentó en la silla de al lado y observó con curiosidad cada movimiento de la enfermera, cuando entraba y salía para responder el teléfono.

–¿No debería estar cuidando de John? –le preguntó a su madre.

–Seguro que el médico está ahora con él –le susurró ella.

–Vaya, Betsy ha crecido un montón –dijo la enfermera al ver a la niña–. ¿Qué tal está?

Debra le sacó el biberón de la boca y la sentó sobre su regazo. La niña comenzó a balbucear.

–¡Y mira cómo habla ya! Crece tan deprisa, ¿verdad?

–Supongo que sí.

–Y éste debe de ser tu hijo.

–Sí, se llama Andy.

–Hola, Andy. Yo soy Ellen. Bienvenido a Westlake. ¿Te gusta este sitio?

–Creo que sí –contestó el niño con una sonrisa.

–Sólo llevamos aquí una semana –añadió Debra.

–Claro, es verdad. Es extraño, porque no tenía ni idea de que John estuviera prometido y, de repente, está casado –dijo Ellen girándose de nuevo hacia Andy–. No te preocupes, te encantará este pueblo cuando lleves aquí algún tiempo. Ya lo verás.

Debra no estaba segura de que fueran a estar el tiempo suficiente como para que el niño descubriera si de verdad le gustaba. Pero empezaba a temer que iban a estar el tiempo suficiente como para que el corazón del niño se

rompiera cuando tuvieran que irse de la casa de John. También se iba a romper el suyo.

Media hora después, el médico salió de una consulta en la parte trasera de la clínica. Era alto y llevaba una barba muy bien recortada.

–Quería conocer a la nueva señora Richey. ¿Cómo está, señora? Soy el doctor Hams. Bienvenida a Westlake.

–Gracias, doctor. ¿Cómo está nuestro paciente?

–Saldrá pronto. Pero yo quería adelantarme y salir a conocer a la mujer de la que John me ha estado hablando tanto.

Debra no podía creer que John hubiera estado hablando de ella. Habría dado un montón de dinero por saber qué era lo que le había dicho.

El hombre se inclinó sobre el bebé y sonrió.

–Tiene buen aspecto. Parece que lo que estás haciendo está bien, Debra. Espero que no te importe que te llame así.

–Por supuesto que no, doctor.

–Por favor, llámame Tom. Todo el mundo lo hace. Es un pueblo pequeño. Contesto todo tipo de preguntas y dudas por teléfono. Y no siempre son problemas médicos.

Debra se rió.

–Lo recordaré, Tom.

–Ya que estáis aquí, voy a aprovechar para ponerle un par de vacunas a Betsy. ¿Podemos hacerlo ahora?

–Supongo que sí, si a John le parece bien.

–Sí, él está de acuerdo. ¿Puedes traerla a mi consulta?

–Claro. Andy...

–Él puede venir y dejaré que le haga compañía a John, que está muy aburrido. ¿Qué te parece, Andy?

–Sí, me encantaría –dijo el niño.

Las vacunas no llevaron mucho tiempo, pero la niña lloró mucho. Debra le dio las gracias al médico mientras tranquilizaba a Betsy.

–Tenemos suerte de que la niña haya permanecido saludable –le dijo Tom–. Creo que ha sido porque no ha estado en contacto con otros bebés.

–Creo que tienes razón, Tom. Pero bueno, ahora estará más protegida. ¿Cuándo debo traerla de nuevo?

–Cuando cumpla el año –dijo abriendo la puerta de la consulta–. Ahora será mejor que vaya a ver a tu marido. Estará listo muy pronto. Voy a ir a felicitarlo, porque, en lo que se refiere a elección de esposas, ha mejorado

muchísimo.

–Gracias –repuso ella sonrojándose.

Debra se sentía fatal, no había pensado en la posibilidad de conocer a los residentes de Westlake, gente que conocía y apreciaba a John. Todos la estaban acogiendo con mucho cariño. No podía evitar pensar en qué diría esa gente si supiera de verdad el tipo de matrimonio que tenían en realidad y lo extraño que iba a ser cuando la echara de su casa en otoño. Claro que él iba a ser el que tuviera que dar explicaciones, no ella.

Mientras pensaba en él, John apareció en la puerta de la sala de espera, con una enorme escayola que iba desde los dedos de su pie hasta el muslo.

Debra se sintió aliviada al verlo. Ya no tendría que volver a apoyarse en ella para andar, no tendría que sentir su cuerpo.

–¿Qué te parece? –le preguntó John parándose frente a ella–. Bastante guay, ¿no?

–Muy guay. Espero que se lo hayas agradecido a Tom como se merece. Desde luego a mí me va a hacer la vida mucho más fácil.

John levantó las cejas.

–¡Lo dices como si te hubiera hecho la vida imposible estos últimos días!

Debra sonrió.

–Pesas unos cincuenta kilos más que yo y tenía que llevarte a cuestas cada vez que te levantabas de la cama. ¿Crees que era fácil hacerlo?

John le puso las manos en la cara, se agachó y la besó, dejándola sin palabras.

–Supongo que no. Pero nunca te quejaste. ¿Lista para irte?

Claro que estaba lista. Pero Debra pensó que lo que estaba era lista para echarse a sus brazos allí mismo y no responder de lo que viniera después. Estaba guapísimo. Su sonrisa hacía que sus ojos se arrugaran. Completamente irresistible.

–Yo... Sí... Estoy lista.

–Yo también –dijo Andy apareciendo detrás de John–. ¡Y estoy muerto de hambre!

–Y yo, Andy. Vayamos a comer al café –sugirió John.

Debra miró a John sin comprender. No conocía al hombre que la observaba con una sonrisa de oreja a oreja y que la estaba invitando a comer en un sitio público. Parecía un hombre distinto al sombrío cascarrabias con el que se había casado.

–No sé si es buena idea, John –susurró.

–¿Por qué no?

–Lo hablaremos en el coche –le comentó–. Gracias de nuevo, Tom.

–Llama si necesitas algo.

–Gracias, lo haré.

Al salir de la clínica, Debra fue a darle la mano a Andy, pero John la detuvo.

–Andy me da la mano a mí, así me ayudará a mantener el equilibrio.

Cuando llegaron a la furgoneta, John le pidió que le diera sus razones.

–¿Por qué no quieres ir al café?

–No estoy segura de que sea buena idea conocer a más residentes de Westlake ahora mismo.

–No va a haber mucha gente ahora a mediodía, no es como si fuera un sábado por la noche. Seguramente seamos los únicos que estemos allí para comer.

–Entonces, ¿por qué está abierto?

–Tienen mucho negocio durante los desayunos y cenas –le dijo–. Sus hamburguesas y patatas son geniales –añadió mirando a Andy–. ¿Qué te parece?

–¿Como en McDonald's? –exclamó el niño entusiasmado.

–Igual de bien, lo prometo.

–Por favor, mamá.

–Vale, pero tienes que pagar tú –dijo ella rindiéndose–. Yo no tengo dinero.

–Claro que pagaré. Soy el papá. ¿Verdad, Andy?

–¡Sí!

Cruzó con la furgoneta al otro lado de la carretera, aparcó y salió. Fue a por Betsy.

–Ya la tengo yo –le dijo John–. Tú saca a Andy.

Debra sacó de prisa al niño. No estaba segura de que John fuera a ser capaz de sostenerse sin perder el equilibrio. Sería horrible que se cayera con la niña en brazos.

Cuando llegó al otro lado de la furgoneta, John se estaba riendo de ella.

–No creías que fuera a ser capaz de hacerlo, ¿verdad? Venga, Debra, confiesa.

–Tienes razón. No pensé que... Pensé que ibas a tener problemas. No quería que Betsy se hiciera daño.

–Yo tampoco –repuso John mientras cambiaba a Betsy de brazo y rodeaba los hombros de Debra con el que le quedaba libre–. Andy, ¿dónde estás?

–Aquí, John.

Entraron así en el restaurante, como una familia feliz de cuatro miembros.

–¿Esperamos a que nos sienten? –preguntó ella.

John rió.

–No si quieres comer. Escoge una mesa.

Debra eligió una para cuatro al lado de la ventana. Encontró una trona para Betsy y la sentó.

John, antes de sentarse, fue hasta el mostrador y golpeó una campana.

–¡Hola! ¿Hay alguien en casa? ¡Tenéis clientes!

Un hombre robusto con la cabeza llena de rizos blancos apareció por una puerta lateral.

–¡John! ¿Qué haces en el pueblo a mediodía?

–Intentando que me den de comer, Baldy. Venimos del médico, me acaban de escayolar. Y te traigo a mi familia para que la alimentes.

–¿Tu familia? ¿Todos éstos son tuyos? –preguntó Baldy.

Antes de que pudiera responder, el hombre metió la cabeza por la puerta de donde había salido.

–¡Lucy! ¡Aggie! ¡Venid a conocer a la familia de John!

Y Debra supo que había sido un error entrar en ese sitio.

Capítulo 8

JOHN LES presentó a su nueva familia. Estaba más orgulloso de lo que se había imaginado. Por supuesto, los tres ya conocían a Betsy, pero no habían esperado conocer a Debra y Andy tan pronto.

Debra estuvo encantadora, sonrojándose cada vez que la halagaban. No pudo evitar pensar en la única vez que llevó a Elizabeth al café. Lo había dejado en ridículo y se había reído de sus amigos. Con Debra, en cambio, todo era mucho más fácil. Hacía todo el trabajo que le pedía y más. Cuando necesitaba ayuda, nunca dudaba en acudir, incluso cuando estaba de mal humor. Y trataba a Betsy como si fuera su propia hija.

Elizabeth había sido preciosa, pero sólo en el exterior. Su belleza se había extinguido cuando supo cómo era de verdad. Debra no lo impresionó cuando la vio en la iglesia, pero le parecía más bella con cada día que pasaba, porque su belleza procedía del interior.

Tras charlar con los amigos un rato, pidieron la comida.

–Podemos hacer crema de guisantes –sugirió Aggie–. Es nuestra especialidad.

–Sería genial. Si no te importa –dijo Debra a la mujer.

–Para mí también, Aggie. Y patatas fritas para Andy y para mí.

–Por supuesto, son lo mejor –repuso Baldy.

Lucy, en vez de seguir a los otros dos a la cocina, se quedó con ellos.

–Bueno, ¿cómo os conocisteis?

Debra se puso roja como un tomate.

–Por correo. Intercambiamos cartas durante algún tiempo –intervino John.

–¿Cartas? ¡Dios mío! ¡Qué arriesgado, John! Pero supongo que has tenido suerte –añadió guiñándole un ojo a Debra.

–Venga, Lucy. Podías haber dicho que ella ha tenido suerte de acabar con un hombre como yo.

–Sí, claro, lo podía haber dicho... Pero no lo he hecho –dijo riendo.

Y con esas palabras los dejó y se fue a la cocina.

–¿Nos escribimos cartas? –preguntó Debra con las mejillas aún coloradas.

Miró a su hijo, pero estaba distraído jugando con Betsy.

John se encogió de hombros.

–Tenía que pensar en algo deprisa. Fue lo primero que se me vino a la cabeza. Además, es casi verdad. Yo escribía las cartas que Bill mandaba a tu madre.

–Las que nunca vi.

–Cariño, si hubiera dicho la verdad, entonces sí que te habría avergonzado.

–Creo que te habrías avergonzado tú también.

–Puede que sí –asintió él con una sonrisa.

Pero no se sentía avergonzado, de hecho el orgullo llenaba su pecho mientras miraba a su familia. Empezaba a darse cuenta de que era un hombre con suerte.

Algún tiempo atrás había creído que era el hombre más desdichado del mundo. Lo único bueno era Betsy. Pero la verdad era que gracias a la niña ahora tenía a Debra y a Andy en su vida.

–¿En qué estás pensando? –le preguntó ella pillándolo por sorpresa.

–En lo afortunado que soy.

Lo miró, pero no dijo nada. No hablaba mucho, otro aspecto en el que era muy distinta a Elizabeth. Su anterior esposa hablaba sin parar y siempre de ella misma y de lo que quería hacer. Había estado tan enamorado de ella que había asumido que acabaría cambiando, pero se había equivocado.

Y tampoco era buena en la cama. Había pensado que hacer el amor con ella sería una experiencia inimaginable, pero acabó siendo una amante egoísta y con bastante poco interés en el tema. Usó el sexo para mantenerlo interesado hasta que se casaron. Después, sintió que ya había cumplido lo suficiente durante la noche de boda y que eso sería suficiente.

Mientras Debra bebía de su vaso, John la miró. No había pensado que iba a estar interesado en acostarse con su segunda mujer. Otra equivocación más. Una en la que no había dejado de pensar durante los últimos días.

Se preguntó en qué pensaría ella.

Debra levantó la vista y lo miró con suspicacia. No era una buena señal. Tenía que decirle lo que agradecía todo lo que estaba haciendo. Pensaba que era muy buena idea quitarle algo de trabajo.

–Deberíamos ir a la tienda después de comer –le dijo.

–¿Por qué? –preguntó ella sorprendida.

–Tengo que ver algunas cosas. ¿Necesitas algo?

Sabía que Debra no tenía mucha ropa. Sólo llevaban allí una semana y ya había repetido todo lo que llevaba.

–No, nada.

–¿Y para los niños?

–Betsy necesita algún conjunto nuevo. Está creciendo y pronto vendrá el buen tiempo.

–Muy bien. ¿Y para Andy?

–No. Él está bien.

–¿No está creciendo?

–Ya me ocuparé yo de él más adelante.

–Andy, ¿puedes venir aquí? –le pidió John.

El niño se puso delante de John.

–¿Qué pasa?

–Quería enseñarle una cosa a tu madre.

–¿El que?

–Lo alto que te estás poniendo.

–Sí, me estoy haciendo muy mayor. Mamá dice que los vaqueros se me están quedando pequeños, ¿verdad, mamá?

–Sí, es verdad –dijo sonriendo.

Cuando el niño volvió a jugar con Betsy y se distrajo, Debra fulminó a John con la mirada.

–Ahora mismo no tengo el dinero, pero lo tendré y entonces será cuando le compre pantalones, ¿de acuerdo?

–¿Cómo vas a ganar ese dinero?

–Eso no importa, tú sólo preocúpate de que haga todo lo que me pides –le dijo.

La cálida expresión que tenía en su rostro cuando estaba con los niños había desaparecido.

–Debra, puedo comprar ropa para vosotros tres. No hay por qué esperar.

Ella lo ignoró.

Llegaron entonces Lucy, Baldy y Aggie con la comida.

–¡Andy, esa hamburguesa es casi tan grande como tú! –exclamó Debra–. Y mira todas esas patatas. No sé cómo vas a poder comerte todo eso.

Andy tenía los ojos abiertos como platos.

–Yo tampoco –murmuró.

–No te preocupes –le dijo John–. Te ayudaré yo si lo necesitas.

–Gracias, John.

Quería abrazarlo, pero tenía miedo de lo que su madre fuera a pensar. El chico tenía la dulzura de Debra. Y también su encanto.

Con ella haciendo de madre de Betsy, pensaba que había una gran

posibilidad de que la niña acabara desarrollando la misma personalidad. Al menos, eso esperaba.

Debra estaba dando de comer a Betsy y aún no había tocado su ensalada.

–¿No vas a comer? –le preguntó.

–Lo haré en cuanto termine la niña.

John acabó con la mitad de su hamburguesa y Debra estaba aún alimentando a su hija.

–Deja que le dé de comer un rato y así puedes comer tu ensalada.

–No, casi he terminado.

–Debra, quiero darle de comer –dijo acercando su silla a la trona y quitándole la cuchara–. Toma tu comida, venga.

Vio frustración en sus ojos.

–Ya sé que estás disgustada conmigo, pero te mereces comer con todo el mundo.

–Esto es parte de mi trabajo –respondió ella con cabezonería.

Lo miró mientras daba de comer a su hija, como si estuviese segura de que no iba a ser capaz de hacerlo.

–¿Es que crees que Betsy no comía antes de que tú llegases al rancho? –le preguntó con humor intentando que se relajara.

–Bueno, no comía nada sólido. Tengo miedo de que le des cucharadas demasiado grandes y que se atragante.

–Tienes razón. Le has cambiado la dieta y sus hábitos de sueño. Pero eso no quiere decir que yo no pueda echar una mano. No quiero que se olvide de mí.

–No va a hacerlo.

–Puede que sí. Pero ahora, venga, come algo o vas a herir sus sentimientos – le dijo señalando con la cabeza hacia la cocina–. Van a creer que no te gusta cómo cocinan.

Pensó que si no podía convencer a Debra de que hiciera algo por su propio bien podría hacerlo diciéndole que corría el peligro de ofender a alguien. No le importaba dejar de comer un rato si con ello Debra descansaba y podía comer. Acababa de darse cuenta de que parecía algo más delgada que cuando llegó al rancho. Decidió que iba a tener que vigilarla en ese aspecto para que no fuera a más.

Lucy se acercó a la mesa para ver cómo iban y vio que John estaba dando de comer a Betsy.

–¿Qué estás haciendo, John?

–Alimento a mi pequeña. Parece tener el mismo apetito de su padre.

–Termina tu comida. Yo no tengo nada que hacer y Betsy y yo siempre nos hemos llevado muy bien, seguro que le gusta que le dé de comer –dijo Lucy echando a John de su silla–. Trae una silla de otra de las mesas.

–Yo seguiré dándole la comida, Lucy –intervino Debra.

–¡Tonterías! John tiene razón. Vosotros tenéis que alimentaros. Criar niños consume mucha energía. Yo lo sé muy bien, tuve que atender a seis.

–¡Dios mío! –exclamó Debra–. Entonces eres una experta. Tenía miedo de que John le diera cucharadas demasiado grandes, pero sé que tú lo harás a la perfección.

John puso los ojos en blanco.

–Gracias, querida esposa, por tu voto de confianza.

Debra agachó la cabeza y él temió que hubiera sido demasiado duro con ella.

–Vamos, Debra, no quise herir tus sentimientos.

–No lo has hecho –aseguró ella.

Pero no lo miró a los ojos sino que continuó comiendo su ensalada.

–Los hombres no se dan cuenta de todo lo que las mujeres tenemos que hacer –dijo Lucy–. Mi marido pensaba que era todo muy simple.

–¿Y lo entiende ahora?

–No, hija, murió hace ocho años y aún tenemos tres hijos en casa. Pensaba que nacían ya vestidos y listos para ir al colegio.

Debra se rió.

–Espero que sea una exageración.

–Un poco. Pero tú no tienes de qué preocuparte con John. Él y Bill hicieron un trabajo fantástico cuidando de Betsy. Por cierto, ¿es verdad que eres pariente de Bill?

–Sí, soy su sobrina.

–Bueno, entonces eres doblemente bienvenida aquí. Bill es un viejo amigo de la casa. Y dile a tu marido que te traiga un sábado por la noche. Es nuestra gran noche. Dínoslo y te reservaremos una mesa.

–Eres muy amable, Lucy. Pero hacer la cena es parte de mi trabajo, no creo que John...

–A John le encantaría –la interrumpió él–. Puedes ponerte tu vestido más bonito y saldremos esa noche.

–Ya veremos... –repuso ella agachando la cabeza de nuevo.

No sabía qué le pasaba. No la entendía. Pensaba que antes la había disgustado, pero ahora que intentaba ser amable y le ofrecía una noche de

diversión en el pueblo ni siquiera aceptaba la invitación.

–Creo que ya no quiere más, Lucy –le dijo Debra a la otra mujer–. Dale un poco de pan y ya está.

Betsy se entretuvo mordisqueando el pan y los demás aprovecharon para comer. Debra le preguntó a Lucy sobre sus seis hijos y sobre el café. Pero cuando Lucy le preguntó sobre su vida anterior, ella evitó responder.

John se levantó para rellenar su vaso de refresco de cola.

–Ya lo hago yo, John –se ofreció Lucy–. Y tú, Andy, ¿quieres más?

Andy miró a su madre y ésta negó con la cabeza.

–No, gracias –respondió obediente el niño.

–¡Vaya, Andy, eres todo un caballero! Tu madre debe de estar muy orgullosa de ti.

Andy miró de nuevo a su madre.

–¿Es eso algo bueno, mamá?

–Sí, mi amor, lo es.

–Gracias –le dijo Andy a Lucy.

–Te dan ganas de abrazarlo, ¿verdad? –repuso Lucy sonriendo.

–Sí, es un gran chico –asintió John.

Minutos después terminaron de comer y se despidieron de Aggie, Baldy y Lucy, prometiendo volver muy pronto, aunque a John le pareció que Debra sólo lo decía por compromiso.

–¿No te ha gustado el café?

–¿No he dicho que me ha gustado? –le preguntó mirándolo.

–Sí, pero a lo mejor sólo lo has dicho por educación.

–No, me ha gustado de verdad.

–Entonces, ¿por qué no querías venir el sábado por la noche?

–Porque te avergonzaría.

–¿Cómo?

–No tengo nada que ponerme.

–Bueno, menos mal que vamos ahora mismo de compras, ¿no?

–No puedes comprarme ropa.

–Lo siento, Debra. Puedo comprarte lo que me dé la gana. Soy tu marido.

–Te veo a la entrada dentro de unos minutos –le dijo Debra cuando entraron en la tienda.

–Muy bien, tengo que hablar con Charlie –repuso John.

Debra llevó a los niños a la sección infantil.

–Andy, hoy sólo vamos a comprar algunas cosas para Betsy porque no tengo dinero aún, ¿vale?

–Vale, mamá.

Le pareció triste, pero no podía hacer otra cosa. Hasta que terminara y vendiera una colcha, no iba a tener dinero. Eligió cuatro conjuntos para la niña y una bolsa de pañales. Después fueron a la entrada, donde estaba la caja.

John estaba aún hablando con el propietario.

–¿Tienes todo lo que necesitas? –le preguntó.

–Sí –le dijo ella dejando todo sobre el mostrador.

John vio lo que había escogido y, sin decirle nada, se giró hacia Charlie.

–¿Puedes buscarme unos vaqueros para Andy? Está creciendo deprisa.

Cuando Charlie se alejó hacia la sección de niños, Debra miró furiosa a John.

–Ya te dije que le compraría los pantalones cuando pudiera.

–¡Se los compraré ahora!

Debra lo miró con la barbilla levantada. Parecía muy enfadada.

Charlie volvió con dos pares, para que pudieran elegir.

–Nos llevamos los dos –le dijo John–. Y también necesitamos un par de sudaderas –añadió yendo con Andy hacia la zona infantil.

Su hijo parecía entusiasmado, Debra no podía culparlo, sólo era un niño. Volvieron con tres camisas y John intentó tomar a la niña de sus brazos.

–Ahora ve a comprarte algo para ti –le dijo.

–No, gracias –le contestó ella.

–Debra, vas a necesitar ropa para ir a la iglesia, aunque sólo sea para eso. En este pueblo, es importante ir a la iglesia.

–Ya se me ocurrirá algo –murmuró ella sin dar su brazo a torcer.

John suspiró.

–Muy bien. Charlie, esto es todo.

Pagó y salieron de la tienda. Esperó a que entraran en la furgoneta para expresarle cómo se sentía.

–¡Estoy muy enfadado contigo, Debra! ¿Por qué no puedes aceptar la ropa y ya está?

–He intentado explicarte que necesito ser yo la que pague lo que compre –le dijo ella sin alterarse.

–¿Y cómo vas a ganar ese dinero? Trabajas como una esclava para mí, no tienes tiempo de tener otro trabajo. Con lo que trabajas, no creo que sea un

problema aceptar un vestido o dos. Te has ganado mucho más que eso.

No dijo nada.

—Entonces, ¿cómo vas a ir a la iglesia el domingo? —le preguntó él—. ¡Explícamelo!

Ella siguió sin hablar.

Él resopló y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Espero que no le enseñes a los niños a ser tan testarudos como tú.

Permanecieron callados durante el resto del camino. Cuando llegaron al rancho, ella metió a los niños dentro de la casa. John tomó la bolsa y entró tan deprisa como podía tras ella.

—¿No vas a dejar que Andy se quede con la ropa? Espero que no tengas la intención de...

Se giró para mirarlo.

—Claro que no, John. No podría ser tan cruel con mi hijo. Pero te pagaré su importe cuando pueda.

John rápidamente arrancó las etiquetas de la ropa, con la intención de que no pudiera saber cuánto habían costado.

—No seas infantil, John —le dijo—. Andy, es hora de acostarte a dormir la siesta —añadió en un tono más dulce a su hijo.

—No, mamá... —comenzó a quejarse el niño.

Pero la mirada dura de su madre hizo que se parara en seco. Se giró hacia John.

—Gracias por mis nuevos vaqueros y las camisas.

—De nada, Andy.

—Y ahora arriba, a tu habitación. Voy a acostar a Betsy, y después iré a ver qué tal estás.

El niño corrió escaleras arriba, y detrás iba Debra con la niña en brazos.

—¡Eh! ¿Y qué pasa conmigo? —exclamó John.

—Tú también deberías descansar. Me imagino que debe de ser bastante cansado andar con la escayola —dijo ella mientras seguía subiendo.

Pero estaba decidido a no hacer lo que le dijera, así que se sentó en el sofá para ver la televisión. Casi se había quedado dormido, cuando oyó que Debra bajaba de nuevo las escaleras. Se incorporó un poco más y fingió interés en el programa.

—¿Decidiste no descansar?

—No necesito una siesta. ¡No soy de la misma edad que Andy!

—Sí, eso parece. Pero no habías estado de pie tanto tiempo desde el

accidente.

–Estoy bien. Mañana será cuando necesite descansar de verdad.

Debra se detuvo y lo miró.

–¿Por qué ibas a necesitar descansar mañana y no hoy?

–Porque mañana voy a volver a salir al campo, voy a volver a montar.

–¿Qué? –exclamó atónita.

–Que voy a volver a montar.

–Quieres decir durante una hora o así, para volver a acostumbrarte.

–No, quiero decir que saldré con el resto de los hombres por la mañana, como cada día.

Capítulo 9

DEBRA FUE a la cocina y comenzó a trajinar haciendo tanto ruido como pudo con los cacharros. No sabía por qué le importaba que volviera a hacerse daño en la pierna. Sabía que no debía importarle ese hombre, después de todo iba a dejarla tirada después del verano, pero la idea de que volviera a salir a trabajar al día siguiente le parecía estúpida.

–Debra... –le dijo John desde el umbral de la puerta.

Parecía tener miedo de entrar en su propia cocina.

–¿Sí?

–Cariño, no quería disgustarte, pero necesito salir a trabajar. Ahora que somos cinco, gracias a tu gran idea de vender el Cadillac, creo que seremos capaz de encargarnos de todo el trabajo. En eso estoy pensando.

–¡Lo de menos es hacer más dinero! No puedes volver al trabajo hasta que estés preparado. Si estás cansado, vas a cometer errores que pueden incluso poner en peligro a los otros hombres. ¿Por qué no sales sólo hasta mediodía? Entonces podrías volver y almorzar aquí.

–Si hiciera eso tendría que traer a todos a comer. Cuando eres el jefe, no te mimas tú y dejas a los demás fuera.

–¡Los demás no se han roto una pierna!

–Es verdad, pero...

–¡Ah! ¡Sal de mi cocina! –exclamó exasperada–. ¡Tengo mucho que hacer!

Debra ya tenía carne adobada para la cena, pero quería hacer tarta de melocotón con una de sus recetas favoritas. Cualquier cosa que la mantuviera ocupada. Por un lado debería estar contenta de que John se fuera por la mañana y de que las cosas volvieran a la normalidad.

No sabía si estaba enfadada con él porque le había comprado ropa para su hijo, por la escena que había montado cuando casi la obliga a comprarse un vestido o si simplemente estaba preocupada por él. Estaba loco, todo era una locura.

Había protestado por lo del vestido, pero tenía que admitir que era un problema. Era miércoles, con lo que tenía cuatro días para encontrar algo que ponerse para ir a la iglesia ese domingo.

Por lo visto, la mente de John debía de haberse ido por los mismos

derroteros. Porque, al poco rato, volvió a la cocina.

–En cuanto a lo de la ropa... Quizá podrías mirar en el armario de Elizabeth y encontrar algo que ponerte. Porque, bueno, tienes más o menos la misma talla. No tendría sentido dejar toda esa ropa ahí.

–Una mujer llamada Adele llamó el otro día para hablarme de la feria de la Sociedad Westlake que se celebrará el próximo mes. Sugirió que vendieras allí la ropa de tu mujer. Dijo que podrías hacer mucho dinero.

–¿Por qué no escoges lo que quieras y el resto lo donas a la caridad? De todas formas, ya era hora de que me deshiciera de todo eso. ¿Podrías hacerlo por mí? Y no te preocupes, nadie la había visto con esa ropa por aquí, no solía salir por Westlake y nunca fue a la iglesia conmigo.

Sus amargas palabras hicieron que quisiera acercarse a abrazarlo. El primer matrimonio de John no había sido fácil, se imaginó la desilusión que debía de haber sufrido. No le extrañaba que hubiera sido tan brusco con ella al principio.

–Yo me ocupo de todo –le dijo sin levantar la vista de la masa que estaba preparando.

–Gracias, te lo agradezco mucho –repuso él suspirando antes de volver frente al televisor.

Debra se recordó que no debía sentir demasiada compasión por ese hombre, su propia vida tampoco había sido fácil. Sólo tenía veintidós años y a veces se sentía como una anciana de ochenta. Se concentró en lo que estaba haciendo. Cuando le pareció que la masa estaba a punto la deslizó en el horno.

–¡Qué buena pinta! –exclamó John a sus espaldas.

–Gracias –dijo algo sobresaltada–. ¿No estabas viendo la televisión?

–No hay nada bueno. Sólo telenovelas e informativos. No sé qué es más deprimente.

–Podrías simplemente cerrar los ojos y descansar –sugirió ella.

–¡No quiero dormir! Por eso me he levantado.

–Si quieres puedo despertarte antes de que vengan los hombres –dijo ella.

–No, gracias. Voy a mirar en el congelador a ver si tenemos suficiente helado de vainilla para acompañar la tarta de melocotón. A los chicos les va a encantar el postre –anunció John.

Debra agradeció el respiro que le ofrecía. En su viejo trabajo de Kansas City, había trabajado con otros, pero John en la cocina era una distracción constante.

–Tenemos de sobra –le dijo en cuanto volvió–. Casi demasiado, si eso es

posible.

–Bueno, intentaré no recurrir tanto al helado.

–No te preocupes. Desde que llegaste al rancho, los hombres no hablan de otra cosa que no sea de cómo cocinas. Cuando volvemos hacia la casa cada tarde, intentan averiguar qué hay esa noche para cenar.

–¿En serio? No lo sabía. La verdad es que son muy amables y se lo agradezco, pero no tenía ni idea de que...

John se miró los pies.

–Supongo que olvidé decirte que estás haciendo un trabajo increíble. Estaba preocupado de que te llevaras una idea equivocada si decía demasiado.

Le llevó un momento entender lo que estaba diciendo.

–Una idea equivocada... ¡Oh! Yo no... Yo entiendo lo que hago aquí –le dijo.

John se quedó mirándola. Quería preguntarle si estaba dispuesta a cambiar las exigencias de su trabajo para incluir las verdaderas obligaciones de una esposa, pero no creía que Debra estuviera preparada para eso.

Él, en cambio, sí lo estaba. Para su sorpresa, la idea de compartir su dormitorio con ella dominaba la mayor parte de sus pensamientos. La miró de nuevo y frunció el ceño. Empezaba a tener un aspecto casi frágil. No entendía qué ocurría.

Recordó que había decidido observar si ella estaba comiendo lo suficiente y se sentó a la mesa.

–¿Qué estás haciendo ahora?

–Estoy sacando la cubertería para poner la mesa.

–Pero tienes tiempo de sobra hasta que lleguen los hombres.

–No pasa nada por poner la mesa temprano.

–Yo lo haré –le dijo John intentando tomar los cubiertos de sus manos.

Pero Debra se apartó.

–¿Nunca te sientas y descansas?

–Claro que sí. En cuanto limpio la cocina, tengo el resto de la noche para mi –le dijo poniéndose a pelar patatas.

Pero siguió sintiendo los ojos de John clavados en ella. No podía soportarlo.

–John, tienes que irte y encontrar alguna otra cosa que hacer –le dijo después de un rato–. Me estás volviendo loca.

–¿Por qué?

–Porque no me quitas la vista de encima. ¿Qué pasa con todo el papeleo del que hablaba Bill? Dijo que lo llevabas muy retrasado.

–Sí, supongo que podría trabajar en eso –dijo poniéndose en pie–. ¿Te quedan galletas? No me importaría tomar algo.

Desesperada, le preparó un plato de galletas y un vaso de leche.

–No había tomado tanta leche desde mi adolescencia –comentó él.

Alargó la mano para retirarle la leche pero él lo evitó.

–No me quejaba, sólo era un comentario. Va bien con las galletas.

–Vale. Ve a trabajar y disfruta de tu merienda.

John sonrió a salir de la cocina. Le pareció interesante saber que la molestaba que la mirara. No le importaba, quería molestarla, inquietarla. Así se quedaría pensando en él.

Era un primer paso para conseguir que fuera su esposa. Su esposa en todos los sentidos.

A la mañana siguiente, Debra sirvió el desayuno a los hombres como siempre. Betsy estaba más llorona que de costumbre y le fue algo más complicado darle la papilla. John aprovechó para sermonearla mientras desayunaba.

–¿Recuerdas lo que dijo ayer Lucy? Las madres necesitáis energía para criar a los hijos. ¿Y sabes lo que tienes que hacer para conseguirla? Comer.

–Ya comeré más tarde, John. Yo no voy a salir hoy a montar a caballo –le dijo ella mirándolo desafiante a los ojos.

–¡Venga, Debra! No puedo hacerme daño con la pierna dentro de una escayola.

–Lo que tú digas –contestó ella ignorándolo durante el resto del desayuno.

Después, cuando los hombres salían de la cocina, Debra les dio como cada día su almuerzo en una bolsa. Se sorprendió cuando John, que era el último de la fila, alargó la mano para tomar la suya.

–¿Vas a llevarte tu comida? –le preguntó ella.

Siempre se la preparaba por si cambiaba de opinión y ella y los niños acababan comiéndola a mediodía.

–Sí, pensé que hoy sí que me haría falta.

–Muy bien –repuso ella entregándosela.

Esperaba que John fuera a seguir a los otros por la puerta. Y lo hizo, pero

sólo después de darle un beso de despedida. Lo primero que sintió fue sorpresa, después placer, que le recorrió todo el cuerpo, seguido inmediatamente por un ataque de pánico. No podía permitirse desearlo. No estaba bien, no era apropiado. Él iba a despedirla en cuanto pudiera.

–¡Que no se crea que puede hacer conmigo lo que quiera! –murmuró para sí misma en voz alta.

–¿Qué pasa, mamá? –le preguntó su hijo sorprendiéndola–. ¿No eres feliz con John?

–No, cariño, sólo intento ocuparme de todo.

Pensó que la próxima vez tendría que recordar lo perspicaz que era su pequeño.

–Termina el desayuno, Andy.

–John dijo que tú también deberías desayunar –dijo su hijo mirándola.

Debra puso los ojos en blanco. Tomó un trozo de beicon que había quedado en la fuente y lo mordisqueó.

–Ya estoy comiendo, ¿ves?

Ahora tenía a dos hombres vigilándola. Pensó que a lo mejor Andy estaba pasando demasiado tiempo con adultos. Deseó conocer a alguien con un hijo de la edad del suyo. Quizá cuando fueran a la iglesia el domingo, conociera a alguna otra madre y pudieran quedar para que los niños jugaran.

Cuando los niños terminaron de desayunar, llevó a Betsy y su parque al dormitorio de John.

–¿Qué haces, mamá? –preguntó Andy siguiéndola.

–Voy a limpiar la habitación de John. Después tengo que limpiar el armario de su esposa.

–Pensé que tú eras su esposa.

–Yo soy la segunda, cariño. Hablaba de la mamá de Betsy.

–¿Su ropa aún está ahí?

–Sí. John me ha dicho que puedo quedarme con lo que quiera.

–¡Ah! ¿Puedo ver la televisión aquí contigo y Betsy?

–Vale, cariño. Deja que quite sus sábanas de la cama.

En cuanto las metió en la lavadora, quitó el polvo a la habitación y limpió el baño. Después abrió el armario de Elizabeth. Era como tener una tienda exclusiva en la que ella era la única cliente. Debra encontró un par de vaqueros de marca bastante prácticos, algunas blusas. Todas de seda, por supuesto.

La mayor parte de la ropa era demasiado llamativa para su gusto, pero

encontró dos trajes que podían servirle para la iglesia. Al final, se quedó más o menos con una décima parte de la ropa. Estaba de acuerdo con Adele, John podría conseguir bastante dinero vendiéndola en la feria.

–Mamá.

–¿Qué, cariño?

–¿Cuántas mujeres llevaron toda esa ropa?

–Sólo una –repuso ella con una sonrisa triste.

–¡Vaya! ¡Son un montón de cosas!

Su hijo tenía razón. Pero muchas de las ropas ni siquiera se habían estrenado.

Llevó toda la ropa hasta un armario vacío en el dormitorio de Betsy y después acostó a los niños para que durmieran la siesta.

En cuanto se quedó libre, fue a la cocina para ponerse a trabajar en la colcha que tenía a medias. La noche anterior se había podido quedar cosiendo hasta tarde, pero no siempre podía y tenía la intención de tener cuatro colchas listas para vender en la feria. Sabía que no iba a tener a menudo otra oportunidad como ésa de vender lo que hacía.

Con determinación de acero, estuvo trabajando hasta que llegó la hora de preparar la cena.

Se estiró y preparó una taza de café, con la esperanza de que la cafeína la ayudara. Se puso a trajinar por la cocina con el piloto automático encendido, hasta que oyó a Betsy despertarse.

Fue arriba a buscarla. Cuando entró en el dormitorio de Andy, éste estaba ya despierto y jugando con dos pequeños camiones que le había dado John.

–¿Estás listo para bajar, cariño?

–Sí, mamá. He intentado no hacer ruido para no despertar a Betsy.

–No lo has hecho, se ha despertado ella sola porque ya era su hora. Venga, vamos a bajar a la cocina.

Acababan de bajar cuando oyeron la puerta abrirse. Debra corrió hacia allí.

–¿Hola? ¿Qué ha pasado?

–Debra. No, no pasa nada –le dijo Bill–. Pero he pensado que John ya había estado tiempo suficiente en el caballo para ser el primer día. ¿Te parece bien que descanse aquí en el sofá hasta la hora de la cena?

–Claro, tío Bill. Andy, ve a por un par de almohadones a la cama de John.

Andy hizo lo que se le pedía sin vacilar.

–No digas nada, Debra. Debería haber sido capaz de terminar el día.

–Claro que sí, Superman –replicó ella entre dientes.

Fue a la cocina y le sirvió una taza de café. Añadió un par de galletas en el plato y se lo llevó al salón. John estaba colocándose algunos cojines tras la espalda.

–Espera –le dijo ella dejando el café en la mesa de centro.

Andy vio las galletas de John. Pero Debra también había traído una servilleta con galletas para su hijo.

–No comas demasiadas, cariño. Tienes que cenar dentro de una hora.

–Sí, señora mamá –repuso Andy con una sonrisa de oreja a oreja.

–¿Y a mí no me vas a decir que no coma muchas? –le preguntó John.

–No, tú necesitas todas las calorías que puedas consumir –le dijo ella.

Intentaba fingir que no le importaba, pero lo cierto era que cada vez pensaba más en él. John siempre hacía lo que pensaba que era lo mejor. Creía que era un hombre bueno de verdad.

De cuanto en tanto, cuando tenía un minuto para pensar, imaginaba lo maravilloso que sería que estuviesen casados de verdad. Sabía que legalmente lo estaban, pero ella soñaba con ser la mujer de John, con poder tocarlo cuando quisiera y donde quisiera.

Aquél era uno de esos momentos y Debra se quedó sumida en sus fantasías.

Cuando volvió a la cocina, Andy se acercó a John.

–¿Está mamá enfadada contigo? –le susurró el niño.

–Sí, creo que sí –respondió John.

–¿Qué has hecho? –le preguntó con la boca llena de galletas.

–Me dijo que trabajara sólo medio día y yo insistí en trabajar todo el día.

Andy asintió.

–Mi mamá siempre tiene razón –le dijo dándole un golpecito alentador en su pierna buena–. Pero no te preocupes, no le suelen durar mucho los enfados. Haga lo que haga, siempre me da un abrazo y un beso antes de irme a la cama.

John no pudo evitar sonreír.

–No estoy seguro de que vaya a hacerlo conmigo, pero gracias de todas formas.

De pronto, imágenes de Debra inclinándose sobre él para taparlo se colaron en su mente. La habitación estaba a oscuras, ella llevaba su bata, que se abría levemente al inclinarse sobre él, dándole la oportunidad de ver su blanca y cremosa piel... Y olía a vainilla. Ese aroma que adoraba...

Sí... No podía esperar a que llegara el momento de irse a la cama.

Capítulo 10

ESA MISMA noche, Debra estaba trabajando en la colcha después de cenar cuando John entró de nuevo para distraerla.

–Hay un programa bastante bueno en la televisión, ¿quieres venir a verlo conmigo?

–No, gracias, estoy ocupada.

–¿Nunca ves la televisión?

–La verdad es que no –dijo ella sin dejar de trabajar y sin mirarlo.

Casi se muere del susto cuando sintió las manos de John en sus hombros.

–¿Qué se supone que estás haciendo?

–¡Eh! ¡Tranquilízate, Debra! Pensé que te vendría bien un masaje en los hombros. Parecen estar un poco tensos.

Estaba a punto de explotar. Nunca se tocaban, a no ser que fuera imprescindible. Su decisión de masajearle los hombros no iba a ayudarla a que desapareciera su tensión, todo lo contrario.

–John, ¿necesitas que haga algo? ¿Se me ha olvidado alguna cosa?

–No, nada. La cena de esta noche estuvo genial, aunque no me importaría tomarme otro pedazo de tarta, si ha sobrado.

Debra apartó la silla para levantarse.

–No, no hace falta que vayas a por ella, puedo hacerlo yo. ¿Te corto un trozo?

–No, gracias.

–¿Has cenado bastante?

–¿Por qué me preguntas eso? –le dijo Debra.

–Porque no creo que estés comiendo lo suficiente. Apuesto lo que quieras a que si pongo mis manos alrededor de tu cintura, mis dedos se tocan.

Ella sintió cómo se encogía instintivamente, apartándose un poco de él.

–Será mejor no comprobarlo.

–Entonces deja que te sirva un poco de tarta.

–Muy bien, sírveme tarta.

Un par de minutos después, tenía un gran trozo de tarta en un plato frente a ella.

–¿Quieres leche? –le preguntó John.

–No, gracias.

–Yo voy a tomar leche, te serviré un poco.

Y le puso un vaso al lado del plato.

Levantó la vista, esperando verlo desaparecer de camino hacia el salón, pero se sentó en una silla a su lado.

–¿Qué haces?

Estaba cansada y tenía mucho que hacer antes de irse a la cama. No podía olvidar que su estancia en esa casa era temporal. Pero John parecía estar divirtiéndose con un juego muy peligroso. Uno en el que no podía permitirse participar.

–Estoy tomándome un trozo de tarta.

–¿Y qué pasa con ese programa tan bueno que estabas viendo en la televisión?

–No era tan bueno. Prefiero hablar contigo.

–John, ¿cómo puedes ser tan corto de entendederas? ¡Estoy trabajando! No quiero charlar contigo. ¡Tengo trabajo que quiero que terminar!

–Lo entiendo, pero no comprendo por qué –le dijo John mirándola–. ¿Puedes decirme por qué es tan importante?

–Sí. Estoy haciendo estas colchas para venderlas en la feria el mes que viene. Así podré ganar algo de dinero.

–Cariño, si necesitas dinero sólo tienes que pedirlo. Te lo has ganado de sobra.

–No, gracias. Ahora vete y déjame sola.

Él tomó su plato y el vaso, se levantó y salió de la cocina sin abrir la boca de nuevo.

Debra lo miró y los ojos se le llenaron de lágrimas. No recordaba cuándo había llorado por última vez, pero lo hizo entonces.

Porque en ese momento se dio cuenta de cuánto había llegado John a importarle. Y eso no iba a beneficiarla en absoluto. Su matrimonio había estado abocado al desastre desde el principio. Recordó el día que se casaron, en la pequeña iglesia, cómo ella había sido desagradable con su tío y John con ella.

Las lágrimas cayeron con más fuerza aún, rodando por sus mejillas. Lloró porque sentía cariño por él. Lloró porque lo deseaba. Pero sobre todo porque nunca podría tenerlo.

Por eso no entendía por qué seguía torturándola como lo hacía.

John se levantó temprano a la mañana siguiente. La luz de la cocina era la única que estaba encendida en toda la casa. Se preguntó si Debra se habría quedado dormida sobre la mesa y no había llegado a acostarse.

Cuando fue hasta allí, descubrió que ya estaba levantada y preparando el desayuno. Carraspeó tras ella, para que supiera que no estaba sola. Debra se giró al oírlo.

—¡John! ¿Qué haces en pie tan temprano?

—Temía que no fueras a poder levantarte. ¿Necesitas ayuda?

Ella lo miró con una cara que no era precisamente de gratitud. Se dio la vuelta y siguió preparando la mezcla para las tortitas.

—No, gracias.

—Debra, me preocupas. Quiero que te relajes un poco y disfrutes de la vida.

Quería que se sintiera en casa, en su casa. Quería que comenzara a formar parte de su vida.

Ella dejó a un lado la mezcla y comenzó a preparar la cafetera.

—El café estará listo dentro de unos minutos.

—Vale.

Después sacó la sartén y empezó a freír beicon y salchichas. John vio que ya había preparado los almuerzos.

—Debra, ¿a qué hora te has levantado esta mañana?

—Hace media hora.

—¿Sólo hace media hora? —repitió mirando su reloj—. Trabajas muy rápido.

—Sí. Es pura rutina. No es difícil —dijo ella mientras comenzaba a batir huevos.

—¿También nos vas a dar huevos revueltos?

—Sí, les gusta a algunos de los hombres.

—A mí también. De hecho, me gusta todo lo que haces.

—Gracias.

—Por cierto. Tengo que pedirte un favor.

Debra se giró para mirarlo.

—¿En serio?

—Sí. Van a traer una lavadora y una secadora esta tarde para el barracón. ¿Puedes decirles a los transportistas dónde dejarlas y asegurarte de que funcionan antes de que se vayan? Y también traerán un televisor para allí.

Debra lo miró atónita.

—¿Por qué? ¿Qué estás haciendo?

–Pensé en que estaría bien quitarte un poco de trabajo. Los hombres pueden hacer su propia colada. No tienes por qué hacerlo.

–Pero yo...

–No quiero que te agotes –la interrumpió–. Tienes que comer y dormir más.

–¿Quieres decir que no estoy haciendo bien mi trabajo?

–¡No! ¡Haces el trabajo de dos personas juntas! Pero nunca pretendí que trabajaras tanto. Sólo intento mejorar un poco tu vida, ¿de acuerdo?

–Los hombres van a pensar que he estado quejándome.

–No. Les diremos que ha sido culpa mía. Soy un hombre celoso y no quiero que mi mujer esté cansada por culpa de estar todo el día doblando la ropa interior de otros hombres.

–¡Eso es ridículo! ¡Nunca te creerán!

–No sé por qué no. Es la verdad.

–¡No, no lo es!

La agarró por los hombros.

–Quiero toda tu atención centrada en mi y en Betsy. Eso es lo normal. Lo que no es normal es que no sea así –dijo antes de besarla.

El primer pensamiento de Debra fue que se estaba aficionando demasiado a besarla. Después reflexionó sobre por qué la besaba y lo empujó.

–¡Estate quieto! –le dijo.

–¿Por qué? Me gusta –contestó él intentando besarla de nuevo.

–¡Algo se está quemando! –exclamó ella.

Se giró y apartó la sartén del fuego, dónde un trozo de jamón se había tostado más de la cuenta.

–Debra... –comenzó él.

Pero ella lo detuvo.

–Tengo que tener el desayuno listo dentro de diez minutos. ¿Por qué no vas a levantar a los niños?

John no podía negarse, después de que acababa de ofrecerse a ayudarla en lo que quisiera. Subió escaleras arriba, despacio y desalentado.

–¿Por qué no le he dicho que lo que quería era quedarme con ella a solas y besarla? –murmuró entre dientes.

Debra cerró los ojos un momento en cuanto se quedó sola en la cocina. Tenía que asegurarse de que dejara de besarla. Era demasiado.

Después miró el reloj y siguió preparando el desayuno para tenerlo listo

para cuando llegaran los hombres.

Se preguntaba cómo iban a aceptar la noticia de que desde ese día tendrían que hacer su propia colada. Esperaba que no pensarán que había sido un problema para ella hacerla hasta entonces. Porque ellos habían sido siempre muy amables con ella y agradecidos con todo lo que hacía.

Se imaginaba que si les había comprado un televisor era para que no se quedaran después de cenar en el salón. No sabía de dónde había sacado el dinero para comprar todas esas cosas y por qué no había contratado aún una asistenta. De repente, se dio cuenta que a lo mejor no le quedaba tanto tiempo allí como pensaba.

Justo entonces, entró John en la cocina con Betsy en brazos. La niña alargó los brazos hacia ella.

–Mamá –la llamó.

–Buenos días, cariño –dijo acercándose para darle un beso.

John la colocó en la trona.

–Andy bajará en un minuto. Es un chico estupendo –le dijo.

–Gracias. Toma, dale la leche mientras le preparo la papilla.

Aparecieron entonces los otros hombres. Todos saludaron a Debra. Como era jueves, Darrell le dijo que había dejado su bolsa de la colada en la habitación de la plancha.

Antes de que John pudiera intervenir, Debra le aseguró que tendría todo limpio y doblado para cuando volvieran esa noche.

–Bueno, pero ése será el último servicio –intervino John–. Debra tiene demasiado en su plato intentando cuidar de todos nosotros. Así que he comprado una lavadora y secadora para el barrancón. Los traerán esta tarde y os podréis hacer vuestra propia colada.

Todos estuvieron de acuerdo, sobre todo cuando les dijo que también les había comprado un televisor.

–Así podéis ver la televisión mientras dobláis la ropa.

Mientras los hombres reían, Andy entró en la cocina y se sentó en su asiento. Debra lo saludó con un beso y le sirvió tortitas.

–Pero, Andy, también tienes que comer huevos –le dijo.

–No... Mamá... –protestó el niño.

–Hijo, tienes que hacer lo que te dice tu madre. Eso es lo que hacen los vaqueros –le dijo John con seriedad.

Andy lo miró con curiosidad.

–¿En serio?

–Pregúntaselo a cualquiera de ellos –repuso él señalando a los otros hombres.

Uno a uno le aseguraron que obedecían a su mamá.

Debra sufrió lo suyo para ocultar una sonrisa. No se creía nada, pero si conseguían que su hijo la obedeciera, se imaginaba que era buena idea. Levantó la vista y se encontró con los ojos de John.

Había intimidad en su mirada, como si compartieran secretos, como algunas parejas que llevan mucho tiempo viviendo juntas. Le pareció ridículo pensar así. A ella, como mucho, le quedaban otros seis meses allí. Apartó de prisa la mirada.

Cuando los hombres terminaron y comenzaron a salir, ella les dio sus comidas. De nuevo, John se quedó atrás, esperando a que los otros desfilaran. Cuando se acercó a ella, Debra se echó hacia atrás y le alargó la bolsa estirando el brazo tanto como pudo.

John se quedó allí en pie, pero fue Andy el que le preguntó.

–¿Qué pasa, mamá? ¿No quieres darle un beso de despedida a John como ayer? Es lo que hacen las mamás y los papás. ¡Lo he visto en la televisión!

John sonrió al oír el comentario del niño, pero sus ojos no dejaron de mirarla. Y ella también lo observaba. Se acercó a Debra, tomó la bolsa y, cuando pensaba que nunca podría volver a respirar de nuevo, la besó.

Oyó la puerta cerrarse tras ella y se acercó a su hijo.

–Creo que ves demasiada televisión –le dijo revolviéndole el pelo con cariño.

–Has tenido una idea estupenda –le dijo Bill a John mientras cabalgaban juntos.

–¿A qué te refieres?

–A la lavadora y secadora que has comprado para que nos encarguemos de nuestra propia colada. Eso le quitará mucho trabajo a Debra. Me imagino que se sentiría muy agradecida.

–La verdad es que no.

–¿En serio? ¿Por qué? No puede gustarle lavar nuestra ropa sucia.

–Se sintió como si estuviera acusándola de no hacer bien su trabajo –le explicó él quedándose callado un momento–. Hace el trabajo de al menos dos personas y nunca se queja. Y ahora se queda hasta muy tarde cada noche para hacer colchas que quiere vender para poder conseguir dinero. He intentado

que me diga para qué necesita dinero pero no lo consigo. ¿Tienes idea de qué le pasa?

–Me dijo que estaba haciendo colchas. Mi madre le enseñó. Pensé que lo hacía porque le gustaba.

–Piensa un poco, Bill. Después de cocinar, limpiar, lavar y cuidar de dos niños. ¿Crees de verdad que tiene tiempo para dedicar a una labor como esa sólo porque le gusta? Me gustaría que pudiera salir un poco, que tuviera algo de tiempo libre.

–Eso estaría bien –dijo Bill–. Pero ella parece estar bien así.

–¿No crees que ha perdido algo de peso?

–A lo mejor un poco, pero está bien.

–Estoy preocupado por ella.

–Bueno, ése es tu trabajo y me alegro de que lo estés haciendo. Porque no la recibiste precisamente con los brazos abiertos, ¿verdad?

–¡Claro que no, Bill! Sabes que no quería casarme. Pero Debra es todo lo que me dijiste y mucho más. Pero los dos la defraudamos con la boda. ¡Ni siquiera tuvo un ramo de flores!

–No tendréis mucho que contarle a vuestros hijos, ¿eh?

–Si es que llegamos a tenerlos.

–No veo por qué no, si los queréis.

–A lo mejor porque no compartimos el mismo dormitorio, ¡por no hablar de la misma cama!

–¿Aún no?

–¡Bueno, Bill! Sólo lleva aquí un par de semanas. ¿No crees que debería dejar que se acostumbre al sitio? ¿Que descubra siquiera si le gusta? Gasté tanto dinero y tiempo con Elizabeth para que tuviera la boda que quería y ella lo tiró todo por la borda. Y ella no hizo nada para merecerlo. En cambio Debra...

Miró al horizonte mientras pensaba en su segunda mujer. Era completamente distinta, algo por lo que daba gracias a Dios. Pero quería más.

Quería ser su marido de verdad, cuidar de ella y sus dos hijos. Quería hacer más niños, crear un legado que durara varias generaciones. Quería sentir su cuerpo en la cama, acurrucarse a su lado en las noches frías. Y en las calientes... Quería compartir con Debra los tiempos duros y los felices.

–¿En qué estás pensando, chico? ¿Es para todos los públicos? –le preguntó Bill con un guiño.

John se sonrojó.

–¿Por qué me preguntas eso?

–No sé. Por algo que he visto en la expresión de tu cara, supongo. Venga, vamos a ver cómo está el ganado y a asegurarnos que ninguna mamá vaca está mal. Si necesitas ayuda, dispara al aire.

Se dispersaron por todas las tierras. John tenía que prestar mucha atención, estar alerta, para ayudar donde fuera necesario. Vio varios terneros que debían de haber nacido la noche anterior. Después encontró una vaca tumbada, sacó las cadenas de la bolsa de su silla de montar, quizá tuviera que usarlas para sacar al ternero. Aquello podría significar la diferencia entre vivir o morir tanto para la madre como para la cría.

Estaba claro que el parto no iba bien. Pudo enganchar las cadenas a los cuartos traseros del ternero y sacarlo de su madre. La cría tardó un momento en ajustarse al nuevo medio y John le desatascó la nariz para ayudarlo a ventilar. Empezó a respirar un par de minutos más tarde y se puso de pie, aunque con alguna dificultad.

John montó de nuevo en su caballo, se dispuso a buscar otra vaca que se encontrara con problemas para parir y repetir de nuevo el proceso.

Recorrieron el rancho hasta casi oscurecer. Entonces se reunieron y cabalgaron de vuelta a la casa, con la certeza de que Debra tendría una deliciosa cena preparada para ellos. Cuando John entró en la casa, mientras los otros se duchaban en el barracón, pudo oler el delicioso aroma de la comida. Se le hizo la boca agua.

Ella le había dejado la ropa limpia preparada en el banco donde siempre se sentaba a quitarse las botas. Se desvistió y duchó. Después se cambió rápidamente y pensó en los días, ya casi olvidados, en los que tenían que prepararse su propia comida después de un duro día de trabajo. No sabía cómo no habían acabado envenenados.

Fue hacia la cocina y los niños lo saludaron. Besó y abrazó a los dos. Debra estaba de espaldas a él y no se giró cuando lo oyó. John fue hacia ella, deslizó los brazos a su alrededor, sintiendo cómo se sobresaltaba, y la besó en la mejilla.

–¿Qué tal tu día? –le preguntó soltándola.

–¡Bien! –exclamó ella aún algo atónita–. Todo bien. ¿Y el tuyo?

–Bastante bueno. Tenemos un montón de nuevos terneros.

–¡Yo quiero verlos! –exclamó Andy.

John se sirvió una taza de café y se sentó a la mesa.

–Ya lo arreglaremos para que puedas venir un día, Andy. No te importará ir

conmigo en mi caballo, ¿verdad?

–¡No! ¡Me encantaría hacerlo!

–Es demasiado joven, John –intervino Debra.

John y Andy la miraron sorprendidos.

–Te prometo que mi caballo es seguro, Debra. Está muy bien domado y no lo dejaría galopar.

–¡Es seguro a no ser que vea a una serpiente!

–Los accidentes ocurren, Debra. Pero no va a pasar dos veces.

–No creo que sea buena idea.

–¡Mamá, otros niños montan a caballo! –protestó Andy.

–Pero no tan pequeños como tú.

–¿Cuándo cumples cuatro años, Andy? –le preguntó John.

–No sé. Mamá, ¿cuándo es mi cumpleaños?

–En octubre, cariño. Queda mucho tiempo para eso.

–Intentaremos convencer a tu madre antes de octubre. Pero, si no podemos, podrás hacerlo en tu cumpleaños, ¿de acuerdo?

–¡Sí! –exclamó el niño con entusiasmo–. ¿Vale, mamá? –le preguntó el niño al ver a su madre pensativa.

–Vale, cariño... Si aún estamos aquí en octubre.

Capítulo 11

QUÉ QUIERES decir con eso, Debra? –le dijo John poniéndose en pie para que no eludiera su pregunta.

Pero la puerta de atrás se abrió justo entonces y supo que había perdido su oportunidad de preguntarle nada hasta después de la cena. Los hombres estaban allí ya.

–Hola, Debra, te juro que podíamos oler tu cena desde el barracón –le dijo Mikey sentándose a la mesa e ignorando el clima de tensión presente en la cocina.

–Espero que fuera un aroma apetitoso, Mikey –contestó ella con una sonrisa.

John la miró con el ceño fruncido. Ella nunca lo miraba con esas sonrisas tan cálidas.

–Claro que sí –intervino Jess.

Ella le dedicó una sonrisa al otro joven, lo que no hizo sino enfurecer aún más a John. Parecía que todos le gustaban más que él.

–Debra, ¿qué vamos a comer hoy? –le preguntó observándola con detenimiento.

Ella le contestó sin ni siquiera mirarlo.

John intentó pensar en otra pregunta, pero Bill se le adelantó.

–¿Y qué hay para postre?

De nuevo, Debra sonrió a su tío con dulzura mientras le contestaba. John pensó que debía de ser el único por quien sentía aversión.

Su frustración casi acaba con su apetito. Casi. Pero también recordó que se había prometido fijarse en cuánto comía ella. Debra sirvió la cena, dio de comer a Betsy, vigiló que Andy cenara, pero no comió nada. Después de cenar, había que limpiar y acostar a los pequeños.

–Esta noche le daré yo el biberón a la niña –le dijo John.

–Puedo hacerlo yo.

–No, yo le doy el biberón y tú bañas a Andy. Así irán antes a la cama.

–Voy a cambiarle el pañal...

–Puedo hacerlo yo, Debra. No puedes encargarte tú de todo.

–¡Vale! –repuso ella enfadada y yendo escaleras arriba con Andy.

Con una sonrisa irónica, subió a su hija al dormitorio y le cambió el pañal.

Después bajaron, le calentó el biberón y fueron a un sofá del salón. Allí recordó las noches en las que trataba de alimentar a su hija antes de cenar, cansado y abatido después de un duro día de trabajo.

Esa noche, tenía el estómago lleno y estaba limpio y podía disfrutar de tener a su pequeña en los brazos. La vida le sonreía. Pero aún tenía que descubrir por qué Debra había dicho que a lo mejor no estaba allí ya en octubre.

Intentó hablarlo con Betsy, pero ella no tenía nada que decir sobre el tema. Sólo pestañeó y él se quedó contento. Con voz suave, le comentó a su hija lo que había hecho ese día, los terneros que había visto y cómo sus piernas temblaban cuando intentaban levantarse y andar. La mirada de Betsy no se movía de los labios de su padre mientras bebía la leche.

Debra bajó las escaleras antes de que terminara.

–¿Quieres que acabe yo? –le ofreció.

–No, gracias. Ya le queda poco.

Fue a la cocina y pudo oírla limpiando. Intentaría convencerla para que comiera antes de que recogiera todo lo de la cena. Quizá estuviera comiendo algo entonces, pero nunca lo sabría si la niña no terminaba pronto con el biberón. Dos minutos más tarde, la leche había desaparecido y Betsy estaba dormida.

La llevó a la cuna y fue, tan deprisa como su pierna lo dejaba, a la cocina. Debra estaba poniendo el lavavajillas en marcha.

–Debra, ¿has comido?

Ella se giró y lo miró con el ceño fruncido.

–Sí.

–¿El qué?

–Varias cosas. Probé de aquí y allá mientras preparaba la cena. No sé.

–Eso no es lo mismo que sentarse y tomar una comida en condiciones. Estás perdiendo peso. ¿No recuerdas las palabras de Tom?

–Soy lo bastante fuerte como para hacer mi trabajo, John. Dime si piensas que no lo estoy haciendo bien e intentaré mejorar.

–No se trata de eso. Haces más de lo que te pido, Debra. Lo que me preocupa es tu salud.

–No necesito que vigiles mi salud. Ya soy mayorcita y puedo cuidar de mí misma.

–Muy bien. Cambiemos de tema. ¿Qué quisiste decir antes cuando le comentaste a Andy lo de «si aún estamos aquí en octubre»? ¿Por qué no ibas a estar aquí? ¿Por qué ibas a decirle algo a Andy que puede disgustarlo, hacerle

sentir que no puede echar raíces aquí?

–Andy estará bien. Sabe que yo cuidaré de él.

–Dime lo que querías decir.

–Nada, que la vida cambia, que no sé lo que me depara.

–Debra, hay algo que no me estás diciendo.

Estaba aprendiendo a interpretar su lenguaje corporal mejor que sus palabras y sabía que le ocultaba algo.

–Sabes todo lo que sé. Ninguno de los dos puede leer el futuro. Ahora, si no te importa, tengo trabajo que hacer.

–¿Vas a ponerte a coser las colchas?

–Sí, a no ser que necesites que haga algo.

–¿Y si necesito que me hagas compañía y veas una película conmigo?

–No, gracias. Prefiero coser.

John salió cojeando de la cocina, deprimido y disgustado. Algo pasaba y ella no quería decírselo. Pensó que quizá pudiera convencer a Bill para que hablara con ella.

Por otro lado, se le ocurrió que si pudiera vender las colchas cuando quisiera en vez de esperar a la feria, se libraría de parte de esa presión. Pensó en llamar a Charlie por la mañana y preguntarle si necesitaba algo así para vender en la tienda.

Tenía que pensar en alguna excusa para quedarse en casa hasta la hora en la que Charlie abría la tienda. Podía fingir algo de dolor. Ella no dudaría en creerlo. Con un plan en mente, pudo por fin relajarse y se quedó dormido frente al televisor.

Cuando se despertó, pasaba ya de medianoche, pero Debra seguía en la cocina cosiendo sin parar con la máquina. Se levantó del sofá y fue hacia allí.

–Debra, ¿no te parece que deberías acostarte?

–¿Qué hora es? –preguntó sorprendida.

–Casi la una –respondió él.

–No tenía ni idea. Vale, recojo todo y me acuesto –le dijo–. Y tú, ¿qué haces levantado tan tarde?

John hizo una mueca.

–Me quedé dormido en el sofá hacia las ocho y media. Acabo de despertarme.

–¡Ah!

–Déjame que guarde yo la máquina –dijo él acercándose y agarrando el asa del aparato.

–No, puedo hacerlo yo.

–Ya sé que puedes, pero déjame que te ayude. Aunque sólo sea una vez.

Lo miró con desconfianza, pero acabó accediendo.

–¿Por qué no duermes hasta tarde y yo preparo el desayuno? –sugirió John.

–¡De eso nada! ¡Es mi trabajo! –respondió ella con firmeza.

–Vale, pero no es como si te fuera a despedir si descansas un día, Debra.

–Me levantaré a la misma hora de todos los días –insistió ella yendo escaleras arriba con decisión.

John se quedó mirándola, deseando que hubiera ido directa a su propio dormitorio, donde podría mimarla y hacer que se relajara hasta que se sintiera mejor y más fuerte. Maldijo su mala suerte. Le hubiera gustado conocer a Debra antes que a Elizabeth. Ella era exactamente lo que buscaba en una esposa. Pero, años atrás, cuando su padre murió y él andaba perdido buscando a alguien con quien establecer una conexión, ella no estaba allí. Y se dejó cegar por la belleza de Elizabeth en el rodeo donde la conoció.

Debra era el tipo de mujer que cualquier hombre con dos dedos de frente elegiría como esposa. Pero tenía que hacerle entender que no iba a dejar que se fuera a ninguna parte en octubre, como mucho de luna de miel con él.

John volvió a levantarse temprano a la mañana siguiente. A Debra no le sorprendió, sabía que no confiaba en que fuera a hacer bien su trabajo, pero estaba determinada a demostrarle que estaba equivocado. Ya tendría tiempo para dormir una siesta esa tarde, cuando acostara un rato a los niños.

Le sirvió una taza de café y la colocó donde solía sentarse a la mesa.

–Podía habérmela servido yo mismo –le dijo John.

–No hace falta –repuso ella añadiendo incluso una sonrisa.

Pero era una sonrisa forzada. Esa mañana todo le costaba algo más esfuerzo. Pensó que debía de tener un poco de gripe, pero no era la primera vez que tenía que trabajar a pesar de estar algo enferma.

Cuando los hombres llegaron, todo estaba ya en la mesa excepto por una segunda hornada de magdalenas. Le gustaba meterlas justo al verlos entrar, así estaban listas hacia la mitad del desayuno, cuando la primera hornada ya había desaparecido de la mesa.

Se puso a dar de comer a Betsy. Estaba orgullosa de sí misma, por ser capaz de hacerlo todo como si hubiera dormido ocho horas en vez de cuatro. Era consciente de que no estaba durmiendo lo suficiente, pero se justificaba

pensando que el día no tenía suficientes horas para todo lo que había que hacer. Casi había terminado la segunda colcha; si se daba prisa, podría hacer cuatro antes de la feria.

–No agarres la cuchara, Betsy –le dijo a la niña mientras le daba la papilla.

Betsy estaba creciendo muy deprisa y aprendía cosas nuevas cada día.

Sonó la alarma del horno. Debra se puso en pie deprisa para sacar las magdalenas. De repente, el mundo se puso al revés y ella cayó al suelo. Todo quedó en silencio.

John dio un salto de la silla donde estaba, pero Bill llegó antes al lado de Debra.

–Bill, llama al médico a ver si puede venir. Jess, tú encárgate de Betsy y tú, Mikey, de Andy. Darrell, tú saca las magdalenas del horno –dijo John deprisa haciéndose cargo de la situación.

Después, fue con ella en brazos hasta su dormitorio y la dejó con suavidad sobre su cama. En el baño, humedeció una toallita para pasársela por la cara. Cuando volvió a su lado en la cama, Debra estaba entreabriendo los ojos e intentando incorporarse.

–Túmbate –ordenó él.

–¿Qué... qué hago aquí?

Hizo lo que le decía, lo que agradó a John.

–Te desmayaste cuando te levantaste de la silla deprisa para sacar las magdalenas del horno.

Debra se intentó incorporar de nuevo.

–De eso nada. Túmbate de nuevo. Ya ha sacado las magdalenas Darrell.

–Pero Betsy...

–Jess está cuidando de ella.

–Andy...

–Mikey está con él.

–Pero no me pasa nada.

–Yo creo que sí. Bill está llamando al médico para que venga a verte. Hasta que venga, no vas a moverte de esta cama.

–¡Pero no es mi cama!

«¡Vaya! Pensaba que no iba darse cuenta», pensó John.

–No quería tener que llevarte en brazos hasta la tuya en el piso de arriba, podía haberme caído –le dijo.

–Iré a sentarme en el sofá hasta que venga el médico –insistió ella–. ¿De verdad hace visitas a domicilio? Quiero decir, no quiero causarle ninguna molestia. Puede que sólo sea un poco de gripe. No necesito un médico –añadió incorporándose de nuevo.

John colocó una mano en su hombro.

–Cariño, tienes que permanecer aquí tumbada hasta que Tom averigüe qué ha pasado –dijo recordando que sólo hacía cosas por los demás, nunca para ella misma–. Imagínate que te hubieses desmayado mientras llevabas a Betsy en brazos...

Ella se quedó en silencio y John se dio cuenta de que su argumento había funcionado. No volvió a moverse.

–¿Puede Andy venir a verme? Seguro que está preocupado.

–Claro, pero sólo si prometes no moverte.

Ella asintió y John volvió a la cocina.

–Andy, tu mamá está despierta y quiere que vayas a verla.

–Sí, por favor.

John estaba asombrado de que el niño no olvidara su educación ni un momento como aquél. Le dio la mano y lo llevó hacia el dormitorio.

–Pero el dormitorio de mamá está arriba.

–Sí, pero no se lo comentes, haría que se sintiera mal por estar usando prestada mi cama.

–¡Ah!

Entraron y encontraron a Debra tumbada de lado.

–¡Andy! ¿Estás bien?

–Claro, mamá. Yo no me caí. Tú sí.

Bill entró en el dormitorio en ese instante.

–Tom está de camino.

–No sé por qué tiene que venir hasta aquí sólo para mí. Os prometo que sólo es un poco de gripe, un pequeño resfriado o algo así.

Bill le acarició el hombro.

–Creo que John tiene razón. Tenemos que estar seguros de que estás bien. Podrías hacerte daño de verdad.

–¿Cómo está Betsy?

John suspiró.

–No vas a estar contenta hasta que tengas a todo el mundo aquí, ¿verdad? Muy bien, iré a por ella. Bill, será mejor que tú y los chicos salgáis ya al campo. Yo me reuniré con vosotros si Debra está bien.

–Bill, las bolsas de los almuerzos están en el mostrador ya listos –le dijo Debra antes de que su tío saliera de la habitación.

–No te muevas –le advirtió John antes de ir a por la niña.

Él tenía bastante claro qué era lo que le pasaba a Debra, pero quería que fuera el médico el que se lo dijera. Sabía que a él no iba a escucharlo.

Betsy estaba en la trona, lloriqueando.

–¿Qué le estás haciendo a mi hija, Jess?

–Intentó darle de comer, pero creo que está disgustada porque ni tú ni Debra estáis aquí.

La niña empezó a mover los brazos y llamar a su papá en cuanto lo vio entrar en la cocina.

–Ya estoy aquí, Betsy. Deberías darle las gracias a Jess, pero supongo que aún es pronto para pedirte eso, ¿verdad? –dijo besando a la niña–. Así que te lo diré yo. Gracias, Jess. Darrell, ¿apagaste el horno?

–Sí, jefe –repuso Darrell bajando la vista–. Y nos comimos casi todas las magdalenas. Bueno, te guardamos dos.

–No pasa nada. Voy a quedarme aquí con Debra y los niños hasta que venga el médico y nos diga qué le pasa.

–Nosotros nos encargamos de todo, jefe. Tú cuida de Debra –dijo Bill mientras él y los otros hombres salían de la cocina.

John llevó la niña al dormitorio. En cuanto vio a Debra, intentó tocarla.

–¡Mamá! –la llamó.

Debra se incorporó para tomarla en brazos.

–Prometiste no moverte.

–Sólo quería que Betsy se sintiera bien... –dijo tumbándose de nuevo.

–¿Qué te parece si tú y Andy os echáis a un lado y Betsy y yo nos metemos en la cama con vosotros? –sugirió John.

Los niños estaban encantados. Debra no parecía muy contenta, pero hizo lo que se le pidió. Betsy, en cuanto se acercó a Debra, se soltó de los brazos de su padre, para tocarla.

–Es como si supiera que estás enferma –comentó John observando a la niña.

–No estoy enferma. Al menos, no mucho. Estoy segura de que sólo es un poco de gripe. Lo empecé a notar esta mañana cuando me levanté.

–¿Y no dijiste nada? ¿Qué es lo que te pasa? –preguntó mirándola con intensidad–. ¿Es que piensas que puedes trabajar y trabajar aunque estés enferma?

–Es lo que siempre he tenido que hacer.

–¿No tenías baja por enfermedad?

–¿En un restaurante? No. Si no puedes ir, te sustituyen enseguida con otra.

Cuanto más sabía de su pasado, más se daba cuenta de lo dura que había sido su vida y más se arrepentía de lo mal que se había portado con ella cuando llegó al rancho.

–Aquí no funcionan así las cosas. Si estás mala lo dices y nos encargamos de tu trabajo hasta que estés mejor.

Debra lo miró, pero no dijo nada. Se distrajo mirando a los niños, que estaban jugando entre ellos. Andy enseñaba a la niña a taparse los ojos con las manitas. Después se los destapaba e intentaba asustar al niño. Andy estaba muerto de risa y ella también se reía. Era la primera vez que la veía reírse a carcajadas.

–Betsy ha avanzado muchísimo desde que llegaste. Todo es gracias a ti. No estoy segura de que mi pequeña hubiera aprendido a reír si no hubierais llegado a su... a nuestras vidas.

Debra apartó la vista.

–Entonces me alegró de estar aquí. Betsy tiene que poder reír.

–¿Y yo? –preguntó él despacio.

–Todo el mundo tiene que poder reír.

–Bien, me alegro de oírlo.

Había algo entre ellos y, John, por mucho que lo intentara, no sabía qué era. Ella ni siquiera parecía querer ser su amiga. Él, por supuesto, quería más que eso, pero al menos podía ser un comienzo.

Se debatía entre dejar que el médico la examinara sin darle ninguna información o hablar en la puerta con él, antes de que la visitara, para explicarle lo que pasaba.

–¿Qué pasa? –le preguntó Debra sacándolo de sus pensamientos–. Pareces estar tomando una gran decisión. Si me afecta, quiero saberlo. Si no quieres que Andy y yo nos quedemos, ¡haremos la maleta y nos iremos! –añadió enfadada.

Andy miró a su madre.

–Pero, mamá, dijiste que viviríamos aquí durante mucho tiempo. ¿Ya ha pasado mucho tiempo?

–No, no ha pasado mucho tiempo, Andy –le dijo John al niño mientras le frotaba la espalda–. Tú y yo tenemos que montar e ir a ver a los terneros muy pronto. Creo que puedo convencer a tu madre.

–¿En serio?

–Sí. Sé que tu madre quiere que seas feliz, ¿verdad, Debra?

Ella apartó la vista. En ese momento oyeron la puerta de atrás abrirse.

–Estamos aquí, Tom –gritó John sin moverse de donde estaba.

El médico apareció en el umbral del dormitorio y los vio en la cama.

–¿Qué estáis haciendo? ¿Aumentando la familia?

Capítulo 12

JOHN SE PUSO en pie y saludó al médico.

–Gracias por venir, Tom.

–No hay de qué. ¿Qué es lo que pasa?

–Mi mujer se desmayó esta mañana durante el desayuno.

Tom se giró para mirar a Debra.

–Estás pálida. ¿Cómo te encuentras?

Ella intentó incorporarse pero, aún algo mareada, cayó de nuevo sobre la almohada.

–John, ¿por qué no te llevas a los niños mientras la examino?

–Muy bien.

En cuanto se cerró la puerta, Tom se sentó en la cama.

–Primera pregunta, ¿podrías estar embarazada?

–No –respondió poniéndose colorada y apartando la vista.

–¿Cómo lo sabes?

Debra lo miró entonces a los ojos.

–Porque nuestro matrimonio es de conveniencia y no compartimos el dormitorio.

Tom levantó las cejas, pero no dijo nada más.

–Bueno, voy a auscultarte.

Intentó sentarse, pero la habitación daba vueltas a su alrededor.

–¿Por qué estoy tan mareada?

–¿Cuántas horas dormiste anoche?

–Cuatro. Normalmente duermo más, pero últimamente he estado intentando terminar unas colchas y me suelo quedar hasta tarde.

–¿Qué has desayunado hoy?

–Creo que no llegué a tomar nada. Estaba dándole la papilla a Betsy y...

–¿Y la cena de anoche?

–Yo... Yo estuve...

–Debra, ¿cuándo fue la última vez que comiste en condiciones?

Se quedó callada.

–¿Has perdido peso?

–A lo mejor un par de kilos.

—A mí me parece que ha sido algo más. Lo que quiero saber es por qué ha ocurrido esto. ¿Te está presionando John de algún modo? ¿Necesitas más tiempo para ti?

—¡No! ¡Puedo hacer mi trabajo!

—No si no comes. Eres una mujer inteligente, Debra. Si empiezas a saltarte comidas y duermes poco, estarás débil y mareada. Deberías haberlo sabido.

—No me di cuenta, estaba obsesionada intentando terminar las colchas...

—¿Por qué son tan importantes las colchas?

—Quiero venderlas en la feria.

—¿Te lo ha pedido John?

—No, no tiene nada que ver con él.

Tom asintió. Le parecía que no estaba satisfecho, pero al menos dejó de interrogarla.

—Bueno, tienes que quedarte en la cama. Le diré a John que te traiga el desayuno y que vigile que te lo comas todo. No te muevas hasta la hora de la comida. Si después de una siesta te encuentras mejor, puedes levantarte a cenar. ¿Lo entiendes? Si no haces lo que te digo, puedes ponerte enferma de verdad y entonces no vas a poder ayudar a nadie y menos a ti misma.

—Gracias, Tom. Pensé que a mi no me creería si le decía lo mismo.

—¿Sabías lo que pasaba?

—Vi que había perdido peso y que estaba más pálida.

—¿Por qué no hiciste algo?

—No tenemos ese tipo de relación. Además, es un poco testaruda.

—Me ha dicho que ha estado trabajando mucho para terminar las colchas. Perdona que te lo pregunte, pero ¿estáis en la ruina?

—No. Lo hemos pasado mal, pero desde que vendí el Cadillac tenemos suficiente para vivir bien hasta que venda los terneros este otoño. Ya sé lo de las colchas pero no sé por qué lo hace.

—Bueno, será mejor que lo averigües. Adiós, Tom. Cuídate.

Cuando el médico se fue, Tom preparó el desayuno para Debra y se lo llevó. Le puso unos cojines a la espalda para que pudiera incorporarse un poco.

—Gracias, John. Puedo comer yo sola.

—No, no puedes. Hasta que tengas algo de comida en el estómago y duermas un poco, no puedes hacer nada. Voy a darte de comer y hablaremos en serio sobre lo que ha pasado.

Ella apartó los ojos.

–Toma un poco, ahora puedes criticar cómo cocino yo –bromeó él.

Poco a poco, Debra fue relajándose. John insistió en que comiera todo lo que había en la bandeja. Tenía ganas de hablar con ella, pero no quería agobiarla y vio sueño en sus ojos.

Le quitó las almohadas y la besó en la mejilla. Estaba dormida antes de que saliera de allí.

John pasó todo el día con los niños. Andy lo ayudó a bañar a Betsy, era un niño estupendo.

Visitaron a Debra a la hora de la comida y se aseguraron de que se lo tomara todo. Después, los niños durmieron la siesta con ella.

John preparó la cena como pudo, usando algunas latas que encontró en la despensa, y esperaba que los hombres no se quejaran mucho. Aún no había hablado con Debra, quería que estuviera fuerte antes de hacerlo.

Durante la cena, nadie se quejó y todos ayudaron a limpiar mientras Bill acostaba a los pequeños. John llevó a Debra una bandeja con su cena, había comido bien y dormido casi todo el día. Se imaginó que estaría mejor pronto.

Cuando entró en la habitación, ella se sentó en la cama.

–¿El mundo ya no da vueltas? Debes de estar mejor, entonces.

–Sí, estoy mejor. Pero también me siento fatal por dejar que las cosas se me fueran de las manos.

–No te preocupes, todos cometemos errores. Te he traído la cena, espero que no esté muy mal.

–Seguro que está bien. Podía haberme levantado y haberte evitado así el paseo.

–No. Quiero que estés todo el día en la cama. Además, así tenemos tiempo para hablar. Pasa algo y quiero saber qué es.

–No, todo está bien –repuso ella sonando poco convincente.

–Escucha, Debra. Sé que me porté mal contigo cuando llegaste. No creía que pudiera haber una mujer que fuera generosa, trabajadora y dulce. Pero tú eres todo eso.

–No es verdad.

–Creo que sí –dijo tomando la mano de Debra entre las suyas–. ¿Podemos empezar de nuevo?

–¿Aún piensas contratar una asistente en otoño?

–Sí, creo que podremos hacerlo.

–Entonces no hay nada de lo que hablar –dijo ella apartando la mano y

bajando la vista.

John intentó pensar en lo que acababa de decir. No entendía nada.

–¿Es ése el problema? ¿Si dejo que sigas trabajando como una loca estarás contenta?

–Si no trabajo aquí, tendré que buscarme trabajo en algún otro sitio –repuso sin mirarlo.

–¿Qué? ¿Pensabas que era una cosa u otra? ¿Que si contrataba a la asistenta te echaba a ti?

Ella lo miró rápidamente y volvió a apartar la vista.

–¿Estás loca?

Debra pensó que debía de estar loca. No acababa de entender lo que John le estaba diciendo.

Había trabajado muy duro y todo se había ido al traste ese día.

–Debra, aunque contrate a una asistenta no quiero que te vayas. Quiero que te quedes, pase lo que pase. Nos casamos. Eres mi esposa.

–No, no lo soy. No estamos... Nosotros no... Lo que quiero decir...

Él se agachó y la besó y, sin saber por qué, ella dejó que lo hiciera.

–No te has apartado cuando te he besado –le dijo John–. Odiaba la idea de casarme contigo, pero sólo porque pensé que serías como mi primera mujer, aunque Bill me dijo que tú eras distinta. No tardé mucho en darme cuenta. La primera noche, durante la cena, no podía creerme todo lo que habías hecho en un solo día. Pero no quería admitir que estaba equivocado. Lo siento.

–No pasa nada.

–Yo creo que sí, pero al menos está en el pasado. No puedo cambiarlo, pero quiero que nuestro matrimonio funcione. Quiero que sea real. Quiero... Quiero que me ames como yo te amo a ti. Pero estoy dispuesto a darte tiempo y quería contratar una asistenta para hacerte la vida más fácil, no para librarme de ti.

–¡Ah! –exclamó Debra sin poder decir más.

–Entonces, ¿te quedarás?

–Quiero quedarme, pero somos dos, John. Andy también cuenta.

–Andy no es problema. Es fabuloso. Al principio, fue lo único que me pareció positivo de este matrimonio porque nunca pensé que pudiera tener un hijo propio.

–¿Y qué pasa con Andy si tú, si alguna vez tenemos un hijo?

–Entonces Andy tendrá un hermanito. Si tú no te vas, él tampoco. Será mi

hijo mientras viva. ¿Crees que le gustará?

–Sí. Le encantará. No me has preguntado por Betsy –le dijo ella con el rostro aún serio.

Se inclinó y la besó de nuevo, esta vez durante más tiempo.

–No tengo que preguntarte por ella. La tratas como si fueras su verdadera madre. Te llama mamá. Lo mejor que he podido hacer por ella ha sido casarme contigo.

–La quiero muchísimo. Me alegro de que no te preocupe.

–Échate a un lado –le pidió.

Ella hizo lo que le decía y John la rodeó con su brazo.

–¿Cuántos niños crees que deberíamos tener? –le preguntó.

–No sé.

–Creo que otros cuatro más. ¿No crees que podríamos con seis?

–¿Seis? –replicó sentándose de un salto–. Bueno, ¡entonces sí que necesitaremos esa asistenta!

–¡Ésta es mi chica! –dijo él riéndose–. Sabía que no te amilanarías –agregó besándola de nuevo.

No le iba a costar acostumbrarse a sus besos. Sintió el deseo crecer dentro de ella. Alargó los brazos y lo rodeó con los brazos, gesto que él interpretó como una invitación para profundizar en el beso. Cuando se separaron, los dos respiraban con dificultad.

–¡Vaya...! Debra Richey, estoy tan contento de que seas ya mi mujer...

–Yo también –respondió ella con una sonrisa tímida.

–Ahora sólo me queda una cosa por saber, ¿por qué estás tan obsesionada con las colchas?

–Bueno, dijiste que ibas a contratar a una asistenta en otoño. Me imaginé que iba a necesitar dinero para mí y el niño. Intentaba hacer cuatro colchas para vender en la feria.

–¡Dios mío! Te matabas a trabajar y ¿aun así pensabas que iba echarte y además no darte ni un céntimo? Debías de pensar que era un monstruo.

–No, John, pero sabía que eras un hombre resentido.

–Es verdad, pero no soy un desagradecido. Y te debo mucho, cariño. Si las cosas no hubieran funcionado, al menos te habría pagado.

–No quería tu dinero –susurró ella.

–Dime qué es lo que querías.

–A ti, eso es todo. A ti y a Betsy.

–Ya conozco la respuesta de la niña y a mi me tienes por completo. No sólo

te valoro, también te quiero. Me encanta tu espíritu generoso, tú empuje, tu talento en la cocina, tu preciosa sonrisa y, más que nada, tu enorme corazón. Aceptaste a Betsy con los brazos abiertos. Estoy muy contento de poder unirme a ella.

–También hay sitio para ti en mi corazón. Quiero que seamos una familia y construir un futuro juntos.

La besó de nuevo, mientras que sus manos comenzaban a acariciar su cuerpo. Cuando se separaron, John se apartó y levantó de la cama.

–¿Qué haces? –le preguntó ella sorprendida.

–Voy a uno de los sofás del salón.

–Pero ésta es tu cama. Yo puedo ir arriba y...

–¡No! No quiero que te vayas tan lejos. Me quedaré en el sofá tanto tiempo como quieras, pero aquí es donde quiero que te quedes de ahora en adelante.

–Pero...

–Debra, te quiero. Pero esperaré hasta que estés lista, te debo eso y mucho más. Quiero que estés segura. Tómate tu tiempo y dime cuándo quieres que vuelva –dijo yendo hacia la puerta.

Ella sólo dijo una palabra, pero lo dejó paralizado.

–Ahora.

John se giró de golpe. Casi perdió el equilibrio.

–¿Qué has dicho?

–Te deseo ahora, John. No quiero estar sin ti.

–¿Estás segura? –preguntó mirándola con intensidad.

–Lo estoy. Te ganaste mi corazón cuando vi cuánto querías a Betsy.

–Nunca pensé que la paternidad pudiera traerme tanta felicidad –respondió él volviendo a la cama con una gran sonrisa de satisfacción.

Epílogo

EL SONIDO de la marcha nupcial llenó la iglesia. Debra, vestida con un precioso traje blanco, entró despacio por el pasillo central, llevando en sus manos un gran ramo. Aún le parecía increíble que John la hubiera convencido para seguir adelante con esa segunda boda.

Cuando llegó al altar, John la besó y se volvió hacia el público que llenaba el templo.

–Señoras y caballeros, os pedimos que nos acompañarais hoy aquí para celebrar nuestra boda. Nos casamos el pasado mes de marzo, pero fue una ceremonia muy triste. Lo cierto es que me casé con esta mujer enfadado y no fui demasiado agradable con ella. Ya me había casado una vez y fue un rotundo fracaso. En parte por mi culpa, aunque entonces no me daba cuenta.

Miró a Debra y le apretó la mano con cariño.

–Dios me envió un ángel y yo lo menosprecié. Hoy, quiero que sepáis que renovamos nuestros votos de matrimonio por amor. No queríamos que nuestros hijos recordaran la boda anterior. Tenemos dos niños maravillosos, que son parte de esta unión. Andy, ¿podéis tú y Betsy acercaos también?

Andy, a quien su nuevo papá había entrenado para ese momento a espaldas de su madre, se bajó del banco donde estaba sentado y tomó la mano de Betsy. Los niños caminaron hasta sus padres. John tomó a Betsy y se la entregó a Debra, alzando a Andy en sus brazos.

–Queremos que celebréis con nosotros nuestra unión y anunciaros la llegada de un hermano para estos dos.

Debra se sonrojó, ya le había dicho que no le parecía apropiado casarse de nuevo cuando era obvio que estaba embarazada de su primer hijo en común, pero él le había asegurado que era lo mejor. Todo el mundo aplaudió.

Después, John y Debra se giraron y repitieron la ceremonia del matrimonio. Esta vez, John besó a la novia cuando el reverendo Jackson los declaró marido y mujer.

Tras la ceremonia, todos se reunieron en el café para compartir un montón de comida y un delicioso pastel de boda para vecinos y amigos.

–Soy tan feliz por vosotros... –dijo Lucy rodeándolos con sus brazos.

–Gracias, Lucy. Y yo de que aceptaras ser nuestra asistente –le dijo Debra.

–Sólo tenías que pedirlo, querida. Estoy encantada de trabajar con vosotros.

–Pero si no paras. Te prometo que intentaremos no sobrecargarte.

John se acercó a ellas.

–¡Eh! ¿Estáis tramando algo contra mi?

–Nunca –contestó Debra con una sonrisa que sacudió a John de arriba abajo.

–¿Cómo te encuentras cariño? ¿No quieres sentarte un rato? –le preguntó él.

–No, estoy bien. Lucy y yo comentábamos lo felices que estamos.

–¿Y tiene eso algo que ver contigo y el tío Bill? –le preguntó John a Lucy con un pícaro guiño.

Lucy se sonrojó.

–John, por favor. No deberías burlarte de esa manera.

–No, pero reconozco que me encanta ver a Bill enamorado como un quinceañero.

–¡John! –protestó Debra.

–Vale, vale... Cambiaré de tema –dijo John levantando su copa de champán y haciendo que chocara con el vaso de zumo de su mujer–. Hablemos de cuánto te quiero...

Y le demostró cuánto con un dulce beso.